

SAI
VISIONES INTERNAS
E
INSPIRACIONES

TREINTA AÑOS CON EL AVATAR

HOWARD MURPHET

TRADUCCIÓN DE HERTA PFEIFER
SANTIAGO, OCTUBRE DE 2005

DEDICATORIA

Este libro está dedicado, con devoción y gratitud,
a Bhagavan Sri Sathya Sai Baba, quien
desde mi primer encuentro con Él en 1965
hasta ahora en 1995,
me ha proporcionado las experiencias y el discernimiento
que han transformado mi vida,
y también la inspiración para compartirlas con otros.

“Existe un solo Dios y Él es Omnipresente”

Baba

RECONOCIMIENTO

Quisiera mencionar ante todo y en primer lugar a mi muy buena amiga Frances Pearce de Australia del Sur. Su asistencia fue tanto práctica como vital. Sería ciertamente apropiado decir que, dadas las circunstancias, no podía haber prescindido de ella. Para explicarlo, debo decir algo acerca de mi vista. Se ha deteriorado tanto durante la última media docena de años que soy incapaz de leer o escribir. Por una serie de razones, lo acepto como una dolencia kármica de la que debo aprender alguna lección esencial para mi progreso espiritual. He aceptado la situación y espero con paciencia el momento en que el juicio divino traiga mi liberación. Mi último libro "*En Donde Termina el Camino*" fue producido hablándole a un dictáfono, y hacia el final, me había acostumbrado a este método. Incluso ya antes que el libro se fuera a los editores, sentí una urgencia por empezar otro – había más incidentes, visiones internas e inspiraciones de la vida con el Avatar que sentía la necesidad de traspassarle a mi creciente público en todo el mundo. Para mi gratitud y alegría, encontré que Frances Pearce, quien había sido el nexo esencial entre las grabaciones y la página escrita en el libro anterior, se mostraba muy dispuesta a hacer el mismo trabajo. Según sé, lo considera como un servicio a Sai Baba. Ni siquiera los reveses de salud que ha estado sufriendo la hacen desistir de este trabajo. Debido a que ella misma es escritora, es capaz de descubrir y eliminar errores básicos, mientras transcribe de la grabación al papel. A continuación, hay algunos amigos que me ayudan a pulir el texto y Fran lo reescribe, produciendo el borrador final y el disco que la mayoría de los editores de hoy prefiere. Verán que no es difícil entender el por qué van mis sinceros agradecimientos para ella.

Otra valiosa ayuda la recibí de mi ya fallecida mujer, Iris. En realidad, escribí unos pocos capítulos iniciales mientras ella estaba aún en la tierra. Al igual que con todos mis libros anteriores, recibí su importante ayuda en asuntos como investigación literaria y la grabación de pasajes apropiados para mis referencias y citas. También conté siempre con su especial estímulo, no sólo antes de su fallecimiento, sino también después. Como lo intento explicar en el capítulo apropiado de este libro, se estableció un canal de comunicación, por la gracia de Dios y la ayuda de un moderno Swedenborg, entre mí mismo en mi estudio terrenal e Iris en la esfera espiritual a la que había ido. De esta manera me hacía saber, por ejemplo, cuando el dolor parecía inhibirme de seguir escribiendo, que Swami quería que avanzara con el libro. Hago lo posible por expresar lo que ella llamaba "la Verdad dentro de la verdad". También me brindó una ayuda telepática acerca de sí misma, para el capítulo que dediqué a su labor y la parte de desempeñó como mi compañera. Espero que a través de ello haya podido exponer en su más verdadera perspectiva nuestros treinta y cinco años como pareja.

Amigos que son demasiado numerosos como para mencionarlos por sus nombres, han brindado y continúan haciéndolo, un apoyo tanto práctico como moral en su compasivo entendimiento de las necesidades de alguien que ha perdido tanto la visión como a la compañera que era su brazo derecho. Así, estos verdaderos amigos hacen posible que yo pueda seguir escribiendo – lo que entienden como el rol que me corresponde desempeñar como mi servicio en la magna misión del Avatar para el género humano. El asistir a un hombre casi ciego para editar su versión original no constituye una tarea fácil, por lo cual un agradecimiento especial va para quien hiciera el grueso de este trabajo para mí, Radu Serban.

También me gustaría agradecer a Jo Yohay en los Estados Unidos por la corrección posterior de mi original.

PREÁMBULO

Algunas de las experiencias que describo o a las que hago referencia en este libro, datan de una época anterior a que hubiera encontrado a Sri Sathya Sai Baba o incluso oído hablar de Él. Entiendo y acepto ahora el hecho, por palabras Suyas, que Sai Baba sabía de mis actividades anteriores y, que cuando era necesario, las dirigía y me daba protección antes – sólo Él sabe cuánto tiempo antes – que apareciera para mí como mi guía y guru. En momentos de extremo peligro, por ejemplo, durante la II Guerra Mundial, yo sentí que algo me protegía. Ahora sé de dónde provenía esa protección.

Duante los meses y años que han transcurrido desde que mis ojos vieran por vez primera Su graciosa forma humana, sé que ha cuidado de mí con la amorosa preocupación y solicitud de, al menos, un millón de madres. Lo he sentido cada día. Lo siento ahora cada día y cada noche.

La última vez que Iris y yo visitáramos juntos a nuestro bienamado Sathya Sai Baba, a comienzos de los años 90, nos dijo en privado que, como estaba ciertamente en nuestros corazones, como asimismo alrededor de nosotros en dondequiera que nos encontráramos, no había en realidad necesidad alguna para que sufriéramos las austeridades, incomodidades, rigores y gastos del viaje entre Australia y Puttaparthi en la India, para verle. Como yo ya tenía más de ochenta años y mi salud se resentía con los viajes aéreos muy largos – no solamente durante el viaje mismo, sino por varias semanas después – me sentí muy agradecido y aliviado al escuchar esas compasivas observaciones de nuestro Señor Sai. Iris, quien era casi diecisiete años menor que yo, no aceptó tan rápidamente, noté, la idea de no ver de nuevo a Baba. Sé que sintió, como también yo, que nos esperaba algún tipo de compromiso al respecto.

Cualquier compromiso habría sido mejor que aquel que realmente se produjo. Antes de que volviera a surgir la cuestión del viaje a la India, estuve sentado junto a su lecho de enfermedad y dolor cuando salió de su cuerpo para caer en los brazos abiertos de Swami y, así, hacia los ámbitos de bienaventuranza en los que Dios está siempre “más cerca que manos y pies”. Ahora, devastadoramente solo, aparecía otra razón por la que no debía emprender el viaje al *ashram*. Iris y yo habíamos pasado tantos celestiales momentos juntos allá que me habría resultado demasiado doloroso estar allá solo. No obstante, menos de dos meses después de la partida de mi mujer, recibí una invitación de Swamiji para ir a la India a verle. Mi primera reacción fue la de que no quería ir. Mas, a los dos días, Su mensaje e invitación se sumieron profundamente en mi corazón y se convirtieron en un divino gancho que me arrastraba con fuerza hacia Él. Su omnipresencia sin forma conmigo en Australia no me entregaba lo que necesitaba ahora – Su presencia física, la mirada de Sus ojos, el toque de Su mano y el sonido de Su voz. Estos eran los consuelos divinos, el profundo alivio que tanto necesitaba. La Navidad de 1994 me encontró de nuevo en Prasanthi Nilayam. Y la presencia física de Swami en verdad me entregó el consuelo, la paz y la perspectiva que requería. Hubo una bonificación inesperada también – yo no había hecho el viaje con la intención y ni siquiera la esperanza de reunir nuevo material para este libro, el quinto mío sobre el Avatar. Mas uno no puede visitar el centro espiritual del mundo, con la mente y el corazón abiertos, sin conseguir importantes experiencias e intuiciones.

La mejor y más reveladora de esta ráfaga de material Sai fue sin duda la historia que me relatara un joven médico, el Dr. Naresh Bhatia, del famoso hospital de Swami, próximo a Prasanthi Nilayam. La entrego gustoso en las siguientes páginas.

1

¿QUIÉN ERES?

Las preguntas de quién eres o de dónde vienes no parecen representar grandes dificultades para un ciudadano común; mas, de hecho, presentan un enigma que muy pocos pueden responder. Las preguntas calan más profundamente que el nombre que lleve el certificado de nacimiento de uno o la dirección de su actual residencia, en verdad, cualquier residencia que uno haya tenido alguna vez en esta tierra. Recuerdo, en un período en que estaba con Sai Baba en los años 60, que Él pasó por una fase en que le preguntaba a las personas : “¿Quién eres?” Mientras me encontraba presente, sólo una persona dio la respuesta correcta. Se trató de un Teósofo y sacerdote católico liberal llamado Charles White. Dijo, “Yo soy yo”. “Correcto”, dijo Swami muy contento, aunque no era la forma en que Swami Mismo daba usualmente la respuesta. Otro día, mucho tiempo después, luego que Sus escuelas se establecieron en Prasanthi Nilayam, Le oí preguntarle a los alumnos de la escuela básica : “¿De dónde son?” Con confianza y orgullo, cada uno fue indicando la dirección de su hogar en la India. Finalmente, un pequeño de luminosa mirada y unos seis años de edad, se paró frente a Swami con una expresión de entusiasta veneración en su carita y respondió, “Soy de Ti, Swami”. Sai Baba le dio una palmadita en la cabeza y lo envió a su asiento y, luego, le comentó a los niños reunidos frente a Él, “Él fue el único que ha dado la respuesta correcta”. Cabría decirse que o el chico tenía una asombrosa percepción de las verdades espirituales o sus padres le habían enseñado muy bien. Por supuesto que nuestros padres podrían habernos enseñado, como a muchos niños, que provenimos de Dios. Además, podrían habernos enseñado que Sai Baba es un Avatar de Dios o, más simplemente, que Él es Dios en la tierra en un cuerpo humano, pero nada de ello podría habernos llevado a la respuesta que diera Charles White a la pregunta de “¿Quién eres?”, vale decir – “Yo soy yo”.

Para responder así con una seguridad inmediata, debemos tener conciencia que el ‘yo’ con que solemos identificarnos, se refiere a nuestro ‘yo mismo’ interno verdadero, el cual es Dios dentro de cada uno de nosotros. Existe, empero, un largo camino antes de este entendimiento de lo que usualmente queremos significar mediante el pronombre personal cuando decimos cosas como : “Yo soy joven” o “soy viejo” o “soy rico” o “estoy enojado” o “voy a visitar Rusia”. Al decir estas cosas, nos referimos al pequeño ‘ego’, al pequeño ‘sí mismo’ individual que anda por el mundo en un cuerpo físico. Una vez que hayamos hecho el viaje desde el pequeño ‘yo’ al gran ‘Yo’ – y hayamos entendido mentalmente que este gran Sí Mismo, el gran Yo, está en todos y cada uno y que, de hecho, es Dios – aún deberemos realizar la Verdad de esto. Deberemos experimentarlo por medio de alguna profunda conciencia interna y saber, más allá de toda sombra de duda, que los días del pequeño yo han terminado, que este presumido, egoísta y pequeño ego no era sino un personaje en un mal sueño. Él – aquel con el que nos habíamos estado identificando – formaba parte de lo que se ha denominado el sueño mortal. Ahora, en cambio, hemos despertado de ese sueño y estamos viviendo una vida superior en un mundo que, siendo el mismo, es muy diferente. Mas, para llegar a esta maravillosa y trascendental experiencia que cambie nuestra vida, cada uno de nosotros habrá de llegar a una aceptación de la verdad a través de la mente racional. Esto representará el primer paso que, eventualmente, nos llevará al segundo que es el salto por sobre la brecha del *samsara* o el mundo de la ilusión, hasta la ribera de la Verdad o Realidad.

A menos que uno sea una persona muy excepcional, nacida tan cerca de la realización de la gran verdad trascendental como para que el toque de la mano de un maestro pueda romper la delgada cáscara y llevarlo hasta su meta espiritual, uno tendrá que, al igual que lo hiciera yo, emprender el viaje mental, tal vez prolongado o tal vez corto, a lo largo del camino de las filosofías espirituales legadas al mundo por los gigantes del espíritu de todas las edades. Para mí, la más racional y aceptable era aquella conocida como el *Vedanta*, derivada de las realizaciones de los grandes *rishis* de la India antigua y respaldada por el Avatar de esta era, Sri Sathya Sai Baba. Con esto quiero decir que Sus enseñanzas son el antiguo *Vedanta* vertido en un lenguaje moderno e impregnado con el divino amor o *prema* como para que, muy apropiadamente, pueda denominarse

Bhakti-Vedanta. El *Vedanta* mismo, como lo sugiere su nombre, es derivado de los *Vedas* indios, cuyos orígenes se pierden en las brumas del tiempo. ¿Quién podría decir cuándo se empezaron a enseñar, en su forma oral primera, estas revelaciones de la Verdad de los *rishis*?

Aunque los mayores y mejores comentaristas del *Vedanta* puede que difieran algo respecto a ciertos aspectos de sus enseñanzas, todos concuerdan en que revela una verdad fundamental acerca del origen y la naturaleza del Cosmos y del hombre mismo. La verdad número uno que revelan es que existe solamente un Dios. El género humano Le ha dado muchos nombres a través de las centurias, mas como quiera que se Le llame, no existe sino el Ser único, sin un segundo. Este Ser, a quien llamaré Dios, es la causa de todo lo que existe. Tiempo ha, en los días en que yo era un adorador de la lógica, solía hacerme la pregunta: “¿Si Dios es la gran causa de todo, entonces cuál es la causa de Dios?” La respuesta la encontré en el *Vedanta*: Dios, el Ser único, la causa de todo, no tuvo causa, porque Él es eterno, sin principio ni fin. Es comprensible que la mente humana, en su actual nivel de evolución, no sea capaz en verdad de captar conceptos tales como eternidad e infinitud o a un Ser eterno e infinito como Dios.

Hasta un cierto grado, sin embargo, podemos entender y aceptar es idea de un Ser eterno quien, de una u otra manera, sea el Padre de todos los seres. Resulta, por ende, que Él es Padre de ustedes y mío y, puesto que no había nada más – ningún otro ser o existencia al comienzo de la creación – debemos ser de la misma substancia del Padre. Las tres grandes escuelas del *Vedanta* concuerdan en esto, mas no lo hacen respecto al por qué aparecemos en diferentes formas a los demás. ¿Por qué existe esta inmensa diversidad de formas que aparecen en el Cosmos y que, no obstante, derivan y son parte en substancia del Uno?

Poniéndolo de manera muy simple, una escuela de *Vedanta* declara que la multitud de formas en el Cosmos no existe en absoluto. Son sólo una gran ilusión. Un sueño en el que vivimos. Tal vez sea esto lo que se denomina el sueño mortal. Se le ha llamado también el sueño de los prisioneros, implicando que todos somos cautivos dentro de muros de ilusión, o *Maya*. Cuando despertemos del sueño y se disipe la gran ilusión, realizaremos que somos parte del Uno, que en verdad no hubo nunca nada como no fuera la existencia única. Este entendimiento filosófico se denomina usualmente No-dualismo. Según esta forma de entenderlo, la respuesta a la pregunta de “¿Quién eres?” es “Yo soy Dios”. O, si uno fuera un hindú, “Yo soy el *Atman*”. Sai Baba aceptó la respuesta de Charles White de “Yo soy yo”, porque yo, el Sí Mismo, es Dios o *Atman*.

La segunda escuela de *Vedanta*, conocida como la de No-dualismo calificado, también enseña que todas las almas separadas, en realidad, son parte del ser divino único. Mas, aunque son parte integral del ser divino único, del Uno, desde la eternidad, siempre han estado separadas. Podríamos quizás decir, como analogía, que aunque la granada como fruta es una, está conformada por muchas semillas separadas dentro de la cáscara única. Otra ilustración sería la de una gallina con su parvada de pollitos escondidos entre sus plumas. Al mirarla, la vemos como una y, por supuesto, es una ¡aunque por momentos los polluelos se desbanden en todas direcciones! Así es en la creación, cuando las diferentes almas se desbandan por todo el universo. Al final de la gran dispensación o *manavatara*, las almas retornan a Dios del mismo modo en que los polluelos, después de una hora de juegos, vuelven a reunirse bajo las plumas de la madre gallina. En este No-dualismo calificado se mantiene aún la ilusión de los muchos, aunque los muchos sean parte integral del Uno o como las semillas de la granada sean parte integral de la fruta. Sigue no existiendo sino un Dios, nada sino Dios, aunque en nuestra ignorancia podamos considerar a las diferentes almas de los individuos como si fueran algo diferente a Dios. Por ende, según este entendimiento Vedántico, el pequeño niño decía la verdad cuando indicó que era de Sai Baba, puesto que asumía que Sai Baba era Dios.

La tercera escuela de *Vedanta* que es la que parece seguir la mayoría de las grandes religiones de Occidente – como el Judaísmo y el Cristianismo – es que el Ser único, Dios Todopoderoso, Jehovah o Yahweh, creó todas las cosas, todo el universo. Todo debe haber sido creado desde Él Mismo ya que no había nada en existencia. Esto se enfatiza especialmente en la creación del hombre cuando en el Antiguo Testamento se declara que Dios exhaló dentro de Adán Su

aliento, imbuyéndole con el Espíritu Divino de su Hacedor. En esta enseñanza vedántica, todas las almas separadas son hechas por Dios de Su propio Ser. Por ello, como en todas las otras ramas de las enseñanzas de vedánticas, todos somos parte de Dios y seguiremos siendo parte Suya por toda la eternidad, aunque siempre separados en cuanto la forma. En esta manera de entender el Vedanta, los polluelos, por ejemplo, no volverán más a meterse entre las plumas de la gallina para formar una unidad, sino que se quedarán para siempre cerca y en torno a ella. Gozando de la dicha de su presencia que deriva del conocimiento y el sentimiento de unidad.

Resumiendo el concepto de la naturaleza del hombre en base a las percepciones del Vedanta : en una imagen, las almas nunca han sido creadas por separado sino simplemente sueñan que son separadas. Cuando despiertan del sueño, realizan de nuevo su unicidad con lo Divino. En otra imagen, las almas son eternamente separadas, aunque no verdaderamente. Son muchas dentro del Uno. La tercera imagen las muestra creadas por Dios como almas separadas mas de Su propia substancia. Se mantendrán siempre separadas en la forma aunque siempre plenamente conscientes de su unicidad – su unicidad recíproca y con el Creador Todopoderoso. El Dios residente en el centro de cada individuo, que constituye el Sí Mismo verdadero de ese individuo, le es conocido a los hindúes como el *Atman*. Esto, es, en esencia, idéntico con el Gran Atma o *Paramatma* que es el Creador Divino único o Dios. La verdadera respuesta a la pregunta de Sai Baba a diversos de Sus devotos, “¿Quién eres?” fue “Yo soy el *Atma*”, mas Él aceptó la respuesta de “Yo soy yo”, sabiendo, sin duda, que el teósofo estadounidense Charles White estaba consciente de que el ‘Yo’ y el ‘*Atma*’ son lo mismo.

A través del Vedanta, la mente superior, la mente racional, puede conducirnos hacia este más profundo entendimiento de nuestra identidad con nuestro Divino Hacedor y, por ende, al entendimiento que nosotros, tanto como Él, somos seres eternos – sin principio ni fin. Somos parte de la vida única que llena el universo. Por eso, de una u otra forma, viviremos para siempre, en alguna parte. Sin embargo, pese a que este glorioso destino del hombre puede sernos conocido filosóficamente a través de la función de ese gran instrumento : la mente superior, no podemos realizarlo ni experimentarlo hasta que no hayamos subido un peldaño más en la escala de la conciencia, hacia lo que se conoce como la mente intuitiva, la que sabe sin hacer uso en absoluto del proceso pensante. Las grandes verdades de la existencia que se sitúan más allá del alcance de la mente superior, se conocen a través de esta facultad intuitiva, que a veces es llamada el *buddhi*. Hay grandes científicos que la han alcanzado espontáneamente a través del umbral de la mente filosófica y han encontrado así la solución al misterio que les confrontara. Einstein, por ejemplo, fue uno de ellos.

A través de la meditación, este *buddhi* o pozo de la verdad, logra ser alcanzado ya sea brevemente o por períodos más prolongados, mas no llegará a constituirse en nuestro estado permanente mientras no hayamos alcanzado la Autorrealización. Entonces, como dijera San Pablo, veremos así como somos vistos y conoceremos así como somos conocidos, o algo en este sentido. De modo que para que el individuo sepa verdaderamente la respuesta a la pregunta de “¿Quién soy?” deberá dar este salto hacia arriba en la conciencia, hacia donde todas las cosas serán nuevas para él y en donde se encontrará viviendo una vida completamente nueva. Es mucha la gente que cree que un gran número de individuos en el mundo dará este paso ascendente en la conciencia dentro de unos pocos años más, y que este número de los así ‘transformados’ conformará la “masa crítica” que cambiará al total del género humano. Entonces se iniciará la Edad de Oro para la humanidad.

Es grandioso saber del propósito y la meta de nuestro trayecto. Véanlo de esta manera : el viaje evolutivo de la conciencia a través de formas terrenales, desde el reino mineral atravesando el vegetal y el animal hasta el nivel humano, tomó un larguísimo tiempo. Pasaron eones mientras se llevaba a cabo esa lenta peregrinación. Mas el viaje no se ha detenido con el hombre. En sus etapas más tempranas, el hombre, al igual que las formas inferiores de vida antes que él, no sabía del propósito de su vida aquí. No tenía conciencia de encontrarse en un viaje evolutivo y, por ende, no tomó medida alguna para ayudarse a progresar – su progreso dependió del fuerzas externas y del paso del tiempo. Ahora, no obstante, cuando más y más gentes están dándose cuenta del propósito, el significado y la meta última de la vida en la tierra, se pueden ayudar en su avance. Pueden

cambiar de marcha y pasar a una vía más rápida. Sabiendo que se encaminan hacia un lugar de paz y de felicidad supremas, van a querer naturalmente descubrir y hacer uso de los instrumentos que aceleren su avance. Los grandes maestros espirituales están siempre cercanos y dispuestos a entregarle esos instrumentos a todos los que estén preparados para recibirlos. Tales grandes maestros constituyen lo que se denomina en el mundo de hoy el 'campo de fuerza' de la Luz. Hay muchísimos trabajadores, superiores y humildes, en este vasto campo de Luz. Su objetivo es el de llevar la conciencia y por ende la vida del género humano, hacia un nivel más alto y por lo tanto más feliz. Aquellos que se empeñan a través de disciplinas espirituales por su propio autodesarrollo se encuentran entre los trabajadores de este campo. Creo que a la cabeza de todo, conduciendo al gran ejército de Luz en contra de las paralizadoras fuerzas de la ignorancia y la oscuridad, está el Avatar de la Era – Sathya Sai Baba Mismo.

-0-0-0-0-0-0-0-0-

2

LA CRUZ

He escuchado a evangelistas de renombre mundial decirle a inmensas multitudes que el Cristo fue crucificado para salvar a toda la humanidad. Luego declaran que las personas que no acepten esta enseñanza o no sigan la doctrina cristiana, no tendrán oportunidad alguna de alcanzar la elevada morada de Dios que ellos llaman Cielo. Aunque hay veces en que me he llegado a emocionar con la genuina sinceridad de oradores como Billy Graham, no puedo aceptar el dogma de que solamente gentes que crean que el Cristo murió por ellas, tengan la oportunidad de alcanzar el hogar espiritual con Dios. ¿Qué hay de los millones que vivieran antes de Cristo? ¿O de los millones que vivieran en países donde nunca llegara la enseñanza cristiana? El dogma de los oradores cristianos fundamentalistas pareciera ser en verdad muy injusto. No obstante, tal vez haya algún significado simbólico, esotérico, en esta historia de la crucifixión que le resulte aceptable y esclarecedor a la mente moderna.

Le he oído a Sai Baba dar un sentido simbólico que echa luz sobre el misterio. Él dice que la crucifixión de Jesús simboliza la muerte del pequeño ego individual de cada uno. El palo vertical de la cruz, dice levantando el índice, representa al ego del hombre; el madero que lo cruza horizontalmente, representa la raya que lo tacha. Esta tachadura y la muerte final del ego son asaz dolorosas. Una vida humana ha de pasar por mucho sufrimiento antes que el individuo llegue al gran climax – la crucifixión de su (de él o ella) ego ignorante. El sufrimiento aporta los pasos ascendentes necesarios por la Vía Dolorosa hasta el Calvario, en donde, finalmente, el ego encuentra la muerte. Entonces, así como Jesús se levantara triunfante del sepulcro, así también se levanta el Sí Mismo superior, divino y verdadero del hombre desde la sepultura del cuerpo. Esto se conoce como autorrealización. Este evento usualmente se produce antes de la muerte física del cuerpo, mas no antes de la muerte del ego.

La historia del Cristo enseña que Jesús ascendió hasta el Padre; se manera similar, cuando el individuo humano se eleva hacia su Sí Mismo divino, se habrá fundido con el Dios único del universo – Aquel a quien Jesús llamaba el Padre.

Esto constituye una iluminadora explicación del significado simbólico de la historia de la crucifixión. Todos debemos transitar por el estrecho y penoso camino – la Vía Dolorosa de nuestras vidas – para llegar a la gloriosa culminación de nuestra fusión final con Dios. Mas, ¿tuvo que

soportar un hombre puro e inocente los indescriptibles sufrimientos del primer Viernes Santo, con el objeto de enseñarnos la más importante lección acerca del sentido de la vida humana – la razón por la que cada uno de nosotros está aquí en la Tierra? ¿No podía haberse cumplido el mismo objetivo, ya sea simbólica o ceremonialmente, como se demostraba en los antiguos templos de Egipto? Allí, cuando un individuo estaba listo para su iniciación, era tendido sobre una cruz en el piso del templo. Entonces abandonaba su cuerpo físico, viajando hacia las regiones inferiores del plano astral, el submundo, en donde le enseñaba las grandes verdades de la vida a las almas sufrientes. Al tercer día retornaba a su cuerpo, todavía tendido sobre la cruz en el piso del templo, como un hombre esclarecido o autorrealizado. El significado de este antiquísimo ritual egipcio le era revelado únicamente a los pocos preparados para la lección.

¿Cuántas eras deberían haber pasado antes que el hombre aprendiera de esta manera la verdad? El ritual hubo de hacerse real mediante el sufrimiento y la agonía de la muerte de un hombre inocente. Este poderoso drama mundial reveló el divino amor del iluminado Hijo de Dios. Para los muchos sufrientes hijos de Dios que andaban en la oscuridad, el impacto en la mente humana de este magno evento fue tan grande, que se esparció por el mundo y sentó los cimientos para una gran religión nueva – la religión que revelaba la realidad del amor divino y que mostraba el sentido y el valor del sufrimiento humano. Esta inolvidable lección – revelando que el ego ha de morir antes que un individuo pueda alcanzar la unidad con Dios y, además, que sólo el amor divino puede producir esta unidad – estaba ciertamente destinada para todo el género humano.

También hay otra valiosa lección esotérica inserta en la historia de la crucifixión. Siglos atrás el sacerdote-poeta John Donne proclamó una profunda verdad : que ningún hombre es una isla; que bajo las aguas de las apariencias (llamadas *maya* por los hindúes), todas las almas individuales pertenecen al mismo continente. Esto vale también para las islas geográficas : todas son una bajo el océano. Debido a la unidad fundamental en el hombre, cada conducta individual afecta a todo el género humano. En otras palabras, existe un *karma* no solamente para un individuo, sino para la humanidad como un todo. El *karma* de la humanidad puede hundirse y, de hecho, se ha hundido muchas veces hasta un muy bajo nivel en la historia del género humano.

No cabe duda que una de las peores ‘bajas’ existió en los días oscuros del Imperio Romano, en especial en lo que hoy llamamos el Mundo Occidental. Uno de los mayores líderes espirituales de nuestros días, Rudolf Steiner, reveló a través de su visión esotérica que los oscuros egos individuales de aquella época estaban alcanzando poder. Si ese poder hubiera continuado incrementándose, ello habría desbaratado el plan divino para la evolución de la conciencia humana. La crítica lucha entre el bien y el mal – necesaria para esa evolución – se deslizaba peligrosamente sobrepasando el límite hacia las manos de las destructivas fuerzas del mal. Esto podría haber significado la conquista definitiva del bien por el mal que, como lo enseñaba la antigua mitología escandinava, representaba el destino último del género humano.

Los Maestros espirituales, sin embargo – así como los fundadores de todas las grandes religiones – enseñan que el designio del Plan Divino apunta a la victoria final de la Luz sobre las tinieblas, del bien sobre el mal. Fue así que al comienzo de nuestra Era Cristiana, desde donde se inicia la medición de los tiempos modernos, Dios mismo intervino para corregir el desequilibrio. Recorrió la tierra en el cuerpo de Jesús de Nazareth, al igual que recorre la tierra hoy en día en el cuerpo de Sathya Sai Baba.

Los teólogos cristianos han decidido que Jesús era el Hijo de Dios, Jesús mismo, empero, proclamó que Él y el Padre eran uno – por ende, el Hijo es el Padre y el Padre es el Hijo. No hay diferencia. ¿No estamos capacitados, entonces, para decir, con la más profunda verdad : que fue el Dios único del universo el que recorrió la Vía Dolorosa hacia el Calvario en un terrible, aunque glorioso, Viernes antes de la primera Pascua? ¿Qué fue Él Mismo, quien le enseñara la lección crucial a cada individuo? ¿Qué el único camino hacia Dios, nuestro destino divino, es la estrecha senda del sufrimiento que lleva al monte de la agonía en donde ha de crucificarse al ego?

Es seguro que Dios Mismo enseñó la otra gran lección de la cruz. Le dijo a Sus cercanos seguidores que el camino a la salvación que Él había mostrado – el camino del sufrimiento, facilitado y bendecido por el amor de Dios hacia el hombre – conduce hacia la cima de la gloria, cuando el pequeño y egoísta ‘sí mismo’ humano es sacrificado para la unidad, la eterna y bienaventurada unidad entre Dios y el hombre.

Este evangelio, esta buena nueva, fue difundida por las naciones de la tierra por los valientes apóstoles, San Pablo, San José de Arimatea y muchos otros. Ellos enfrentaron la atemorizante y sanguinaria resistencia de los poderosos egos de la época. Los primeros eran los emperadores romanos y sus legiones. Finalmente, después del martirio de cientos de apóstoles y de la muerte de muchos miles en los ejércitos del Cristo, la religión de los nuevos e iluminadores valores humanos salió victoriosa. Jesús reemplazó a Zeus; los hombres, por toda la cristiandad, se esforzaron por vivir ideales más elevados y esclarecidos. ¿No benefició a todo el género humano el que la nueva luz brillara sobre el mundo, el resultado de la crucifixión del Cristo? Mucho del mal se mantuvo – y sigue manteniéndose – mas fue restablecido el equilibrio en la batalla entre ángeles y demonios, Luz y Tiniebla, bien y mal.

¿Por qué esta batalla? Según el mito hindú, se produce en el océano de leche, el velo de las apariencias ilusorias en el que vivimos nuestra vida terrenales. Al igual que en la leche, en la que hay mantequilla oculta que debe extraerse batiéndola, en las apariencias falsas, entre las que vivimos nuestra vida de los sentidos, se oculta la realidad espiritual. Así también hay que extraerla agitando y batiendo. Mientras los dos bandos en la batalla se adelantan y retroceden, van agitando la paleta que va produciendo las cosas buenas desde el océano de leche. De manera similar, la oscilación hacia adelante y atrás del bien y el mal, el dolor y el placer, los deseos y controles en nuestra vida humana, extraen el desarrollo divino en nuestra conciencia y, por ende, en nuestra naturaleza. La gran lucha entre el bien y el mal deberá seguir hasta que cada individuo en la raza humana haya sido divinizado. Entonces, será divinizada la materia terrestre y el Reino de los Cielos llegará a la tierra. Hasta entonces deberá continuar el batido y ello puede suceder únicamente si la mano de Dios mantiene en el debido equilibrio a los bandos opuestos. Si el equilibrio se viera seriamente amenazado, el Divino Mismo intervendrá. Hace dos mil años lo hizo a través del hombre llamado Jesús.

La historia de la crucifixión muestra simbólicamente el camino que cada uno de nosotros deber tomar para alcanzar la meta espiritual de nuestro viaje humano. Mirada a través de gafas esotéricas, podemos apreciar su gran valor histórico al detener el deslizamiento descendente del género humano y al hacer que nuestra peregrinación humana se volviera de nuevo hacia la Luz. Vista desde esta óptica, no cabe duda alguna que Jesús, el Cristo, derramó su sangre en el Calvario para beneficio de todo el género humano.

Sin embargo, ¿hay algo más que considerar en torno al evento que cambiara la historia del género humano y estableciera una nueva escala temporal para todas las naciones? ¿Por qué le dan tanta importancia los sermones y los himnos cristianos a la sangre vertida en el Calvario? ¿Por qué enfatizan el que la sangre del Cristo fue derramada por nosotros? La sangre ¿será sólo un símbolo del real sacrificio que hiciera o tiene otro significado? Algunos grandes maestros de lo oculto entregan una razón, una enseñanza que tal vez no sea fácil de aceptar por las escépticas y pragmáticas mentes de hoy. Aunque puede que no lo aceptemos de buenas a primeras, tampoco debiéramos desecharlo como indigno de consideración. Recordemos que algunas de las grandes verdades que hoy en día aceptamos fueron ridiculizadas hace diez o más años atrás. Debemos mantener nuestras mentes abiertas frente al más incansable de los maestros – el Tiempo.

En breves palabras, la enseñanza oculta – en particular la de Rudolf Steiner – es la siguiente : la sangre del hombre inocente y divino, el Cristo, cayó en gotas sobre la tierra desde las heridas abiertas por la corona de espinas y los clavos, las heridas inferidas por los latigazos y, en especial, por la que dejara en su costado el lanzazo infligido por el legionario Longinus. Esta sangre actuó como un elemento guía que llevó el espíritu del Cristo a la Madre Tierra. De esta manera, la Tierra quedó traspasada por el Cristo Cósmico. Hasta la escéptica mente científica de hoy está comenzando a

entender que la Madre Tierra no es solamente una bola de materia inerte sino que es, de hecho, una entidad viviente y respirante.

Más y más gente realiza hoy que la tierra es un ser viviente y que las acciones del género humano afectan las reacciones de la tierra. Como lo muestra la siguiente historia, Sai Baba lo deja en claro.

Una noche recibí una llamada de larga distancia desde Copenhagen. El nombre de quien me llamaba era Steen Piculell. Llamaba para comunicarme que había sido nominado Coordinador Suplente para todos los países de idioma ruso, y a continuación explicó el por qué del nombramiento. Steen había ido a una librería en Copenhagen y solicitado un libro de tema espiritual para leer durante unas vacaciones en las Islas Canarias. La librera le ofreció una traducción al danés de mi libro “*Sai Baba Avatar*”. Él vaciló, mas ella le dijo que era el mejor libro espiritual que tenía, de modo que Steen lo compró. Unas semanas más tarde estaba tendido en la playa en las Canarias, leyéndolo. “Lo leí de una tirada – me dijo Steen – y sentí como si me hubiera caído un rayo encima. Me sentí seguro de que Dios estaba en la tierra. Esa noche me fui a caminar por la playa para pensar acerca de la revelación en ese libro. Entonces, Sai Baba comenzó a hablarme. Entre otras cosas, dijo : ‘La tierra es un ser viviente. Respira. Actualmente está exhalando aire contaminado hacia el universo, el que también es un ser vivo. El aire contaminado proviene de Europa. Debo cambiar eso. Hay muchas personas ayudándome en esto y tu serás una de ellas.’ Steen siguió contándome que, lo que no era de sorprender, esta experiencia le había llevado rápidamente a Prasanthi Nilyam en la India y desembocó, por último, en que le fuera asignada esta tarea especial.

¿Podría ser, entonces, que nuestra amada Madre Tierra, frente a la cual nos portamos tan insensibles y desconsiderados hoy en día, recibiera una esencia revitalizadora y rejuvenecedora de la sangre del hombre-dios que llevaba en sí el espíritu y el poder del Creador de la Tierra? La Madre Tierra ha soportado mucho de sus hijos en dos mil años y, en especial, en décadas recientes. Tal vez le vendría bien otra inyección estimulante. Pero, al menos, sintamos compasión y consideración por sus sufrimientos.

-0-0-0-0-0-0-0-0-

3

UNA LUZ DEL RENACER Y EL KARMA

Un rabino judío escribió un libro muy ameno, “*¿Por qué las Cosas Malas les Suceden a las Gentes Buenas?*” Muchos son los que han cavilado a este respecto y también sobre una interrogante relacionada : “¿Por qué a los malos les suceden cosas buenas?” El rabino no pudo encontrar respuesta para estas preguntas ni en la teología ni la filosofía. Y sospecho que tampoco la encontrarían la mayoría de los ministros y sacerdotes cristianos. A mi entender, la única respuesta satisfactoria se encuentra en las doctrinas del renacer : la reencarnación y el *karma*. Estas doctrinas eran enseñadas como verdades por filósofos tan eminentes como Platón, los antiguos *rishis* iluminados de la India y el gran Buda. Extrañamente, el Cristo Mismo no difundió estas enseñanzas, aunque parece haber aceptado la verdad de la reencarnación común en Palestina en Su época. [Murphet olvida mencionar que la religión judía sigue aceptando la doctrina de la reencarnación hasta hoy. Por ejemplo, el Gran Rabino de Jerusalem causó un revuelo en 2004, cuando dijo que las

víctimas del ‘holocausto’ podían haber reencarnado para pagar ‘deudas *kármicas* pendientes’... - N. de la T.] Este hecho se muestra en una serie de episodios del Nuevo Testamento. Por ejemplo, cuando Sus discípulos comentaron que las gentes pensaban que Jesús era una reencarnación de Elías, Él les dijo que Elías ya había venido, pero no fue reconocido y muerto por los ignorantes – los discípulos supieron que hablaba de Juan el Bautista. En otro episodio, Jesús cura a un hombre que había nacido ciego y los discípulos Le preguntaron si la ceguera era resultado de los pecados propios del hombre o los de sus padres. Se infiere que, si hubiera sido debido a sus propios pecados, no podían sino haberse producido en una vida anterior. Jesús no contradice a Sus discípulos por una pregunta que no podía sino implicar una reencarnación; cosa que ciertamente habría hecho si la doctrina hubiera sido falsa. Jesús, entonces, o tuvo una buena razón para no enseñar la doctrina de la reencarnación o, lo que dijera sobre el tema no fue incluido en los escritos del Nuevo Testamento. Hay registros que muestran que la temprana iglesia cristiana incluía esta doctrina en sus enseñanzas. No he podido encontrar evidencias que demuestren que haya jugado un rol sustancial en las tempranas enseñanzas de los apóstoles, en los comienzos de su difusión en Bretaña o, más tarde, en Roma. Después de algunos siglos de historia de la iglesia, los líderes Católicos Romanos la prohibieron, aunque algunos Papas siguieron creyendo en ella. [Fundamentalmente, hay registros que indican que las enseñanzas de Origen, de San Clemente de Alejandría y de San Pablo, por ejemplo, incluían esta doctrina y, ahondando en el análisis de los temas que fueron eliminados o alterados en el contexto general de la enseñanza del cristianismo, llegamos a la ingerencia de Constantino quien hizo reestructurar el número de los evangelios –dejando sólo los cuatro que han llegado hasta hoy– y retirar contenidos que, a su juicio, le restaban autoridad a la Iglesia como, en particular, la enseñanza de la reencarnación, puesto que dejaba librada la ‘salvación’ al individuo mismo y le restaba importancia a la ‘mediación’ de sacerdotes, ritos y servicios pagados. – N. de la T.]

Muchos eminentes filósofos, estudiosos y poetas del mundo occidental han aceptado la reencarnación del alma humana a través de muchos períodos de vida como la única explicación justa para la interrogante del por qué algunas buenas personas padecen sufrimientos y tragedias en sus vidas y otras que consideramos como malvadas, prosperan.

Permitámonos echar un vistazo más cercano a esta antigua enseñanza. Ello ilumina algunos sucesos en nuestras vidas, inexplicables desde otra óptica, como también el divino destino que las configura – a menudo a pesar de nuestros propios esfuerzos – y sobre la meta última de la vida humana.

La doctrina ha sido aceptada por millones de gentes a lo largo de incontables siglos. Se refleja en el antiguo axioma bíblico “siembra vientos y cosecharás tempestades”, vale decir, según lo que uno siembre, será lo que coseche, lo que se hará más claro con el paso del tiempo como para que lo que sembremos en una vida lleguemos a cosecharlo en otra. El término sánscrito ‘*karma*’ significa ‘acción’, aunque tendemos a pensar que implica el *resultado* de nuestra acciones. Mientras muchos resultados son bastante obvios en un sentido físico – como el construir una casa, hacer un camino o escribir un libro – hay también resultados ocultos que tienen que ver con nuestros motivos en la acción. Si el motivo fuera totalmente egocentrado sin consideración de los efectos de su desenlace sobre otras gentes, entonces los resultados ocultos serán malos y rebotarán hacia el hechor – ya sea en el desarrollo de su carácter en este período de vida o en infelices resultados más adelante en la vida actual o en una vida futura. Si un filántropo llevara a cabo obras positivas impulsado por motivos puros de darle felicidad y beneficios a otros, se producirá también una cosecha de felicidad y prosperidad para él ya sea más adelante en su vida actual o en las vidas por venir.

Muchos estudiosos de esta gran doctrina espiritual puede que piensen, como solía hacerlo yo, que su debilidad reside en la brecha que se extiende entre la siembra y la cosecha. Ni siquiera recordamos las malas semillas que plantáramos en el pasado, es como si lo hubiera hecho otra persona puesto que no existe una memoria que conecte la vida actual con las anteriores. ¿No sería mejor – se preguntan – que recordáramos nuestras malas obras pasadas y, por ende, supiéramos por qué estamos sufriendo ahora? Es posible que fuera una ayuda, aunque tal vez no. En mi caso, por ejemplo, he estado sufriendo, desde hace ya algunos años, de una casi ceguera debido a hemorragias en ambos ojos. Creo que esta condición es *karma* y que debo aprender alguna lección

a través de sufrirla. Un amigo, que tiene la facultad de ver hacia vidas pasadas, me habló de mis errores de siglos atrás. La información incluía mi nombre en esa época y la naturaleza de mis malas acciones, motivadas por la venganza. Pero mi amigo no aclaró nada más acerca de lo que yo ya había aceptado de manera general o sea que estaba sometido a un efecto kármico y que el reto que enfrentaba era el de aceptar y aprender de dicho sufrimiento.

Sé que he vivido varias vidas en la tierra desde aquel lejano siglo en que los caballeros cristianos expulsaron a los ejércitos moros del sur de las fronteras de Francia. Según este amigo mío, fue en aquel entonces que sembré las simientes para mis actuales serios problemas oftalmológicos. De modo que la cosecha de las malezas puede tardar mucho desde que broten, crezcan y maduren. Es por eso que pueden surgir en la vida actual o en muchas más por venir.

La antigua sabiduría conocida como *sanathana dharma*, enseña que, con antelación a cada una de nuestras encarnaciones en la tierra, nuestros Sí Mismo Superiores – o los funcionarios divinos, los Señores del Karma – toman una decisión acerca de qué porción en particular de nuestro acopio de *karma* acumulado habrá de ser tratada en la vida que está por comenzar : por ende llegamos a la tierra provistos de nuestro atado de *karma* elegido. El gran bardo vio esta verdad cuando escribiera, “Existe una Divinidad que moldea nuestros propósitos, que los desbasta según queramos”. En última instancia, la Divinidad nos ha moldeado a través de Sus divinos agentes y como parte de Su plan para nuestra evolución en la universidad de la adversidad, que llamamos la tierra.

La gente a menudo piensa en el *karma* como en un castigo de “ojo por ojo, diente por diente”. Mas el karma no representa la operación de una ley mecánica o un castigo que se nos imponga desde afuera, sino que es el efecto del anhelo de equilibrio y sanación del alma. Si una persona ha sido responsable de maldad, el alma aceptará la necesidad que el individuo deba sufrir con el objeto de experimentar el sufrimiento que le haya causado a otros; es así que puede aceptar la responsabilidad por sus sufrimientos con una conciencia plena y profunda – una percepción consciente vivida. Una tal experiencia y aceptación le capacitará para alcanzar el equilibrio y la plenitud que ha perdido cuando le causara un daño a otros. Nuestra tarea es la de desechar nuestro apego al mal, el perdonar y olvidar en lo que hemos sufrido y en lo que hemos errado, el perdonarnos a nosotros mismos y el buscar el perdón de aquellos a quienes hayamos perjudicado y de proceder a reparar el mal que les hayamos hecho. Hacia el final de este proceso de crecimiento, comenzamos a vivir nuestras vidas actuando con los demás de la misma manera en que esperamos que ellos actúen con nosotros.

Un punto importante en la filosofía espiritual del renacer y el *karma* es que, con nuestros pensamientos, palabras y obras durante nuestras vidas actuales estamos aumentando el cúmulo de nuestro *karma* en los planos invisibles. El almacén de karma está esperando que lo paguemos y aprendamos lecciones en períodos de vida futuros. Parece ser un círculo vicioso de causa y efecto que gobernara nuestros destinos humanos y que, tal vez, continúe por la eternidad. ¿No hay manera de romper esta rueda giratoria del *karma*?

Sí, existe una manera segura y cierta a la que me voy a referir en un momento. Consideremos primero la enseñanza cristiana acerca del perdón de los pecados. Al enfrentarse a una enfermedad que Él sabía era resultante del pecado, Jesús decía, “Tus pecados son perdonados. Sigue tu camino y no peques más.” Esa era la fórmula perfecta – siempre que el paciente no siguiera pecando y no cometiera más errores kármicos... algo muy improbable. Se ha sabido que Sathya Sai Baba les ha dicho a grupos de personas, por razones que sólo Él conoce, “Su *karma* hasta este punto, ha sido borrado.” Pero muy pronto, si no es inmediatamente después, se comienzan a crear nuevo *karma*. ¿Cuál es la manera de prevenir esto y romper la rueda del *karma*? La respuesta tiene que ver con motivación. Nos es imposible evadir la acción en esta vida, porque las palabras e incluso los pensamientos crean nuestro *karma* futuro. Si nuestros pensamientos y nuestras palabras son malos, violentos o van contra nuestros congéneres, nuestra cosecha de *karma* será mala. Incluso siendo más benignos, nuestros pensamientos, palabras y actos pueden servir para sellar nuestro apego a las cosas de la tierra. ¿Cuál debiera ser la fuerza motivadora tras de todas nuestras acciones? Las leyes del *Karma Yoga*, como son explicadas a diario por Sathya Sai Baba, son

simples y fáciles de aprender, mas requieren de mucha práctica constante para llevarlas a cabo. Son las siguientes : no debiéramos ansiar los frutos de nuestras acciones, sino ofrecérselos todos a Dios. Dicho de otro modo, todo lo que pensemos, digamos o hagamos debiera tener como objetivo el servir a la Divinidad. Podemos ver a la Divinidad en nuestros congéneres, en todas las criaturas de la creación de Dios o en el Uno Trascendente cuyo magno plan nos empeñamos en entender y ayudar a promover. El grado al que logremos alejar la meta de nuestra acción de nuestros propios intereses, acercándola al beneficio de la creación de Dios, será el grado en que podamos, finalmente, quebrar la rueda del karma que nosotros mismos hemos forjado. La disciplina del *Yoga*, ayudada por el amor y la gracia de Dios, constituye el único y seguro medio para escaparle a la dolorosa presión de la rueda de causa y efecto *kármico* que gobierna nuestras vidas.

Sai Baba subraya un punto revelador : Un Hombre-Dios o Avatar no interferirá en el *karma* de una persona si al hacerlo pudiera frenar u obstaculizar su progreso espiritual. Por ello, cuando cualquier Hombre-Dios dice “Tus pecados son perdonados” o “Tu *karma* ha sido borrado”, significa que la persona aludida ya ha aprendido las lecciones que el *karma* estaba destinado a enseñarle. En otras palabras, su *karma* estaba llegando a su fin y el mínimo resto puede ser suspendido. De otro modo, cualquier *karma* que un Hombre-Dios remita, habrá de ser sufrido en una vida futura.

Un incidente en mis tempranos días en el *Ashram* lo ilustra. Una joven adolescente sufría de una fea desfiguración en el rostro con la que había nacido. Cada vez que otras niñas del colegio se burlaban de ella debido a lo feo de su tez, ella sufría. Los padres, muy devotos de Sai, Le preguntaron si podía usar Sus divinos poderes para eliminar la desfiguración y hacer que la vida de su hija fuera algo más feliz. Swami consideró la solicitud por unos momentos. Al final dijo, “Puedo eliminarla y lo haré si así lo desean. Mas recuerden que es *kármico*; si no lo sufre en esta vida, tendrá que hacerlo en la próxima. ¿No será mejor para ella que lo soporte ahora que tiene a padres cariñosos y Mi gracia para ayudarla, ya que haré que la carga le resulte más liviana? Es mejor que enfrente esta lección *kármica* en esta vida que en la próxima, mas les dejo a ustedes la decisión.” Los padres decidieron que era más cuerdo seguir el consejo de Swami y que su hija aprendiera ahora su lección *kármica*, más que postergarla hasta las desconocidas circunstancias y condiciones de su próxima vida. Swami probablemente sabía que tomarían esta compasiva decisión, mas tenía que dejarlos que la tomaran por sí mismos para que se ganaran un buen *karma*.

Deberíamos considerar esta cuestión : ¿Existe algo como el *karma* grupal, el *karma* nacional o el *karma* de la humanidad? A mi parecer, si aceptamos la verdad que bajo las apariencias superficiales todos somos uno, resultaría que los pensamientos, palabras y actos de cada individuo en el grupo, ya sea pequeño, mediano o grande, debiera tener hasta cierto punto un efecto, para bien o para mal, para la vida y destino del grupo. Por ende, que mientras ayudamos a crear el *karma* del grupo, también debemos ser afectados por él.

Tomen mi propio caso como ejemplo. Cuando aterricé en Inglaterra en julio de 1939, tenía grandes planes para la promoción de mi propia carrera individual. Mas esos planes de auto-promoción y de interés individual fueron barridos como la paja por el viento cuando golpeará mi vida y la de millones de otros el gran huracán *kármico* del género humano, la II Guerra Mundial, en septiembre del mismo año. Eso produjo lo que parecía ser un cambio de destino a gran escala del *karma* grupal del género humano, gracias a este ciclón. No obstante, visto a través de la larga perspectiva del tiempo, puedo ver que este arrasador cambio representó un instrumento para ayudar a promover mi propio destino divino. En otras palabras, mi *karma* personal, individual contaba con su propio e intrincado curso dentro de los patrones *kármicos* de la guerra. Las experiencias, percepciones e incluso los horrores del mundo en época de guerra formaban parte del destino divino que me llevaba hacia el trabajo que había de llevar a cabo para Dios. A pesar de mis muchos defectos, mis manos se apoyan aún en el arado que abre el surco de mi destino en los campos de Dios.

No cabe duda que la doctrina de la reencarnación explica muchos de los problemas de la vida – no sólo lo que preocupaba al digno rabino. Tal vez explica las grandes diferencias en talento y capacidades con que nace la gente, desde el genio hasta el retardado mental; las dolencias fatales

con las que algunos nacen y que hacen que sus vidas sean muy cortas; la razón por la que algunos nazcan con una tendencia perversa y criminal en la mente, en tanto que otros parecen angelicales desde el nacimiento. Estos y muchos otros enigmas de la vida resultan explicables sobre la base de los múltiples períodos de vida de un individuo. Mientras el ciudadano promedio puede pasar largos períodos, hasta siglos, entre tiempos de vida en la tierra, hay otros, como los que mueren en la infancia y avanzados yogis que desean terminar rápidamente con los remanentes de la necesaria peregrinación de su alma, que renacen rápidamente. Hay una interesante historia de un viejo yogi que estaba por abandonar su cuerpo junto a la ribera de un río en el norte de la India. Le pidió a un *sadhu* vagabundo que dispusiera de sus restos, dándole la cantidad exacta de dinero requerida para este propósito. Le dijo al *sadhu* que le quedaba una sola vida más por vivir antes de alcanzar su liberación y que iba a renacer inmediatamente después de su muerte, a través de la mujer de un herrero que vivía en los suburbios de Calcuta. Le confió que nacería como niña en su próxima encarnación y que llevaría una vida muy tranquila y contemplativa en la aldea del herrero y que dejaría su cuerpo a los dieciséis años de edad. Hasta le indicó al *sadhu* el nombre y dirección del herrero. El *sadhu* le hizo varias visitas al herrero, y supo que su mujer había dado a luz una niña, menos de un año después de la muerte del viejo yogi. Posteriores visitas revelaron que la niña vivía muy tranquila y que pasaba la mayor parte de su tiempo meditando en el templo. Las predicciones del viejo yogi acerca de su siguiente vida se mostraron correctas, aunque sigue siendo un misterio el por qué había de vivir esta corta vida como una tranquila niña aldeana que pasara la mayor parte de su tiempo en devoción a Dios. En verdad, al reflexionar y contemplar esta penetrante doctrina revela que, mientras explica tantos problemas humanos, mucho de ella sigue siendo un gran misterio.

Existe también el problema que la aceptación de la doctrina del *karma* pueda llevar a un autoindulgente aplazamiento. He escuchado a gentes en la India decir, por ejemplo, "Sí, debo hacer esto o aquello, pero prefiero dejarlo para mi próxima vida." Una actitud aún peor es la de negarle ayuda a personas en desgracia o en serio peligro, porque una tal acción podría interferir con su *karma*. Por ejemplo, si una persona se está ahogando, una actitud negativa respecto de las leyes del *karma* podría llevar a alguien que la estuviera viendo a decir, "No debo tratar de salvar su vida,, porque ello significaría interferir con su *karma*." Una comprensión negativa así del *karma* podría llegar a disuadir a alguien de atender médicamente a un enfermo. Aunque esta visión negativa, de manejo en reversa, existe no es la que prevalece, afortunadamente. Es claro que si el *karma* del paciente es el de morir, ninguna ayuda salvará su vida, mas al no intentar ayudar a una víctima de la enfermedad o el infortunio uno estará acumulando un mal *karma* para sí mismo. Al hacer tanta como le sea posible a uno por salvar a una víctima de la enfermedad o las circunstancias, uno estará creando un buen *karma* personal.

¿Será posible que el peligro de un tal pensar negativo sea la razón por la cual no se enseñen las doctrinas del renacer y del *karma* en las religiones occidentales del Islam y el Cristianismo? Tal vez el objetivo de los grandes fundadores de estas religiones fuera el de crear una cultura en la que los individuos creyeran que no había sino una vida en la tierra, haciéndoles trabajar urgentemente para lograr lo que sintieran que no había de ser aplazado. De este modo, desarrollaban una compasión más activa. Pareciera ser que el trabajo compasivo de beneficencia prevalece y progresa más en Occidente que en Oriente. Además, el estilo de vida de Occidente es más acelerado y urgente, como si quedara difícilmente un minuto para vivir. En Oriente, la vida se mueve a un paso más relajado, como si el tiempo fuera más su sirviente que su amo. No obstante, es dudoso que sea esta la razón. Porque no es lo suficientemente poderosa como para dejar a tanta gente en la oscura ignorancia respecto a una gran verdad que lanza tanta luz sobre el propósito, el progreso, el desarrollo evolutivo y el destino último de la peregrinación del género humano en la tierra. Cualquiera sea la razón para la ignorancia entre las masas del mundo occidental acerca de esta importante enseñanza, es alentador saber que el Avatar Sai Baba está difundiendo ahora la palabra, revelándole las enseñanzas acerca del renacer y el *karma* a cada país. Ello será parte integral de la filosofía espiritual superior de la Era de Oro que se aproxima.

4

ATRAVESANDO EL MUNDO

El Dios sin forma vibra en cada átomo del Universo. Por ende, como el Espíritu Santo, es omnipresente. ¿Por qué entonces, necesitaría viajar, atravesar el universo, en cualquier lugar, de polo a polo, en su forma física, para cumplir con alguna misión de misericordia o de fé? Si hubiera sido capaz de realizar la misma labor sin un cuerpo después de dejar su forma de Shirdi, y permaneciendo en estrecho contacto con la tierra, no habría asumido su cuerpo actual en Puttaparthi. Tal vez esto da alguna indicación respecto al por qué, cuando desea llevar a cabo una tarea en particular en cualquier punto del globo, va allá en una forma sutil – usualmente, aunque no siempre, una réplica de su presente forma *Avatárica* que conocemos como Sathya Sai Baba. Los seres humanos que están en ese punto no siempre ven esta forma sutil, porque la clarividencia no está lo suficientemente desarrollada en la mayoría de nosotros. No obstante, muchos de los que no ven ni oyen, pueden sentir poderosamente la sutil presencia, aunque sea indescriptible, como lo que los antiguos romanos llamaban ‘numen’.

Mi fallecido amigo, el espiritual millonario estadounidense Walter Cowan, era uno de los que eran capaces de ver la forma de Sai Baba, no obstante su mujer, Elsie que era tan devota como Walter, no lo podía ver aunque sí podía sentir siempre la divina presencia. Una vez, hace mucho tiempo, a fines de los años 60, cuando los Cowan y mi mujer y yo estábamos en Bangalore, alojando en lugares distintos y viajando a diario a Brindavan para pasar el tiempo con Sathya Sai Baba, tanto Walter como yo caímos enfermos. En esos días Sai Baba había viajado a Madras por dos o tres días. No sé qué aquejaba a Walter ni tampoco lo que pasaba conmigo, sólo recuerdo que me sentía muy enfermo. Me quedé en cama e hice llamar a un médico, pero este no pudo diagnosticar mi enfermedad. Mi amigo Walter también estaba en cama, y las señales eran que ambos enfrentaríamos un largo período de enfermedad. Puesto que esperábamos que Swami regresara en uno o dos días, no queríamos que nos encontrara en cama, de modo que los cuatro, conectados telefónicamente todo el tiempo, decidimos rezarle a Sai Baba por una pronta mejoría para Walter y para mí. A la mañana siguiente desperté completamente normal. Iris le telefonó a Elsie quien dijo que Walter también estaba completamente repuesto. Dijo que Swami había venido durante la noche y le había curado. “No pude verle, pero sentí su presencia y le escuché. Walter le vio claramente; quisiera poderlo ver también. Le pedí que fuera donde ustedes y sanara a Howard. Respondió que ya había estado allá y que Howard estaba bien.” No me caben dudas que Swami podía habernos sanado desde la casa en la que alojaba a doscientas millas de distancia, en Madras, mas por alguna razón que sólo él sabe, decidió visitarnos en su cuerpo sutil. Si este cuerpo sutil es lo que los ocultistas llaman el cuerpo astral o alguna otra cosa, no lo sé. Sólo sé que Swami es capaz de solidificarlo en materia terrestre como para que pueda ser sentido por el tacto humano. Además, existe evidencia en cuanto a que más de un cuerpo sutil de Swami puede estar operando en diferentes lugares al mismo tiempo. Se le ha visto a través de la percepción extrasensorial de algunas personas en lugares muy inesperados.

La Princesa Nanda de Kutch, quien vivía en el Ashram de Swami durante los años 60 cuando nosotros estábamos allí, nos dijo que un amiga suya había ido de pasajera en un avión que se había estrellado en algún punto en el círculo ártico, no lejos del Polo Norte. El impacto la había dejado inconsciente. Cuando recobró el conocimiento, abrió los ojos y vio a muchos pasajeros muertos y heridos a su alrededor. Sólo vio a una figura que se movía entre todos ellos – una persona de la que estaba segura que no había estado en el vuelo. Era tan inusual, llevando una túnica naranja con una corona de pelo crespo – era seguro que lo habría distinguido si hubiera estado entre los pasajeros en el vuelo, y ahora se movía de un cuerpo a otro en el suelo. Poco después, se desmayó de nuevo y, cuando recobró la conciencia, la extraña figura de túnica naranja había desaparecido.

No recuerdo ya los detalles de su rescate; el punto que quería destacar la Princesa Nanda era que, meses más tarde, cuando su amiga viera una foto de Sai Baba, había quedado muy sorprendida. “Ese es el hombre que vi caminando entre los pasajeros muertos y heridos entre los restos del avión en la región polar”, exclamó. No tengo duda alguna que Swami había ido a la escena en su cuerpo sutil con el objeto de llevar ayuda a los que aún vivían y guía a los espíritus de quienes habían encontrado una muerte violenta. Esa es su compasión por todas las gentes.

El que si la mujer que lo viera era normalmente clarividente o si el impacto del accidente había estimulado esta facultad en ella – como es sabido que sucede – no lo sabría decir. Es interesante el que investigaciones psíquicas y parapsicológicas han demostrado que los seres humanos normales poseen un cierto grado de clarividencia. Esta facultad extrasensorial, patente en muchas formas de la vida animal, parece haber quedado sumergida en una especie de hibernación bajo el intensivo desarrollo intelectual del hombre moderno. No obstante, suele despertar brevemente bajo ciertas condiciones y ciertos momentos. Una de ellas es un ‘shock’ físico o mental, o el momento del breve período entre la conciencia onírica y la conciencia de vigilia plena.

La notable clarividente Joan Moylan, por ejemplo, me contó que había sido una practicante común de psicología antes que un accidente despertara su facultad clarividente, la cual, afortunadamente para muchos, ha continuado activa e incluso parece haber incrementado su poder. El período de transición de la clarividencia – vale decir la brecha entre el dormir y el despertar – es algo que yo mismo he experimentado. Y tiene que ver con la historia que estoy por relatar : de cómo Sai Baba atravesó unas cinco mil millas de la superficie terrestre, desde su Ashram en la India hasta Adelaida en el sur de Australia – salvando con ello mi vida.

En el invierno de 1982, mi mujer Iris y yo habíamos arrendado por algunos meses la casa de un amigo en las Montañas de Adelaida, justo en las afueras de la ciudad, en un lugar llamado Aldgate. Estando allí, empeoraron los síntomas de mi glándula prostática inflamada, de modo que consulté a un especialista recomendado por un médico amigo. El urólogo en cuestión me urgió para someterme de inmediato a una operación. Accedí, pero no mejoró mi relación con el médico, porque elegí un gran hospital público en lugar del privado que él recomendara. Oí decir que tenía algunos intereses financieros en la clínica privada. Con cierta reticencia, accedió a proceder a la intervención en el hospital público que yo había elegido. En su consulta, me dijo que había síntomas que indicaban que probablemente tenía tumorcillos en mi vejiga, de modo que durante la operación a la próstata echaría un vistazo, ya que algunos podrían volverse malignos.

La operación no marchó en absoluto bien. Cuando me trajeron a la sala de recuperación desde el quirófano, mi mujer le preguntó al urólogo si había revisado mi vejiga, como lo prometiera. Se dio cuenta que este había olvidado por completo esa parte de la intervención. Con cierta insolencia ordenó que me llevaran de vuelta al quirófano. Cuando recobré el conocimiento en la sala de recuperación, luego de la segunda intervención, me di cuenta que reinaba un cierto estado de alarma. Estaba con una fuerte hemorragia y, por último decidieron darme una transfusión.

Después de pasar más tiempo que el normal para la recuperación de una operación a la próstata en el hospital, me encontré finalmente con Iris en nuestra casa rodante para el viaje de media hora hasta Aldgate en las Montañas. Pese a lo feliz que estaba de llegar allá, en los días que siguieron, dado que los síntomas indicaban que las cosas no iban del todo bien, tuve que ir varias veces hasta Adelaida para exámenes médicos. El urólogo que había hecho la chabonada con mi operación había viajado al extranjero, informando que se le había invitado como especialista en urología a algún país extranjero. Con el tiempo, llegué a preguntarme si no estaba esquivando la responsabilidad por las cosas que me había hecho. Fui derivado a uno de sus colegas en Adelaida quien no me quiso dar la mala noticia : había contraído un Estafilococo Dorado de la variedad intrahospitalaria. Supe más tarde que hay diferentes variedades de esta infección, siendo la peor la conocida como intrahospitalaria, porque no existen sino dos antibióticos que tienen la posibilidad de curarla – si no funcionaran, resulta incurable... y fatal.

El médico que me estaba tratando en Adelaida me administró una serie del primer antibiótico, en forma de tabletas, sin decirme para qué era. Cuando después de algunos días me aparecieron manchas en toda la piel, me confesó finalmente qué dolencia era la que me aquejaba. Dijo que puesto que el primer tratamiento había fracasado, tendría que someterme al segundo posible, pero para ello tenía que volver al hospital.

Esto me alarmó y pregunté si mi mujer, una enfermera diplomada de larga experiencia, podría administrármelo en casa. Lamentablemente ello no era posible, dijo, porque se trataba de una droga muy poderosa que debía ser administrada por un equipo especial que la inyectaba en la vena a intervalos prescritos. El hospital accedió, con cierta reticencia como nos pareció, a admitirme de nuevo al día siguiente.

Entendí su reticencia cuando supe por Iris que esta forma de estafilococo dorado se contraía en hospitales debido a lo que se denominaba “cirugía sucia” y se sabía que se propagaba tan rápida y ampliamente entre la población de pacientes, que los hospitales habían de cerrarse, evacuando a todos los pacientes, hasta que el impopular invasor hubiese sido completamente eliminado. El tiempo que tomaba una operación así, no lo se. Mas, cuando llegué al hospital al día siguiente, no me sorprendió ver las preocupadas e inquietas expresiones tanto de médicos como de enfermeras.

Me instalaron en una sala para dos, pero el paciente que ya estaba en ella, fue sacado de allí con visible prisa. Se me dijo que había de permanecer en esa habitación que sería sólo para mí, y que no había de utilizar ningún otro servicio del hospital. Tampoco habría de recibir visitas salvo mi mujer. Con todo eso, comenzaba a sentirme como un leproso. Los médicos comenzaron de inmediato a montar un equipo por encima de mi cama, a través del cual me iban a poner las inyecciones intravenosas – iba a recibir varias durante cada día y por unos cinco días. Me advirtieron que podía haber algunos efectos secundarios, como pérdida de vitalidad y reducción de la capacidad auditiva. Le recé a mi *sadguru* Sai Baba para que me protegiera de ellos. Al final del tratamiento mi audición no pareció estar peor que antes, pero me sentía tan débil que no podía ponerme de pie. Los exámenes indicaban que la dolencia o había sido curada o se encontraba en remisión, pero debía someterme a algunos más, después de algunos días, antes de que pudieran declararme curado. Entretanto, podía irme a casa. Como no podía caminar, me sentaron en una silla de ruedas y me llevaron hasta nuestra casa rodante, en donde Iris había acomodado una cama para mí. Me acosté y ella condujo para sacarme de Adelaida y llevarme a las Montañas a nuestro hogar temporal en Aldgate.

Me sentía jubiloso de estar allí y pasé el resto del día descansando en la tranquila y silenciosa atmósfera campestre. Mas, a la mañana siguiente, comenzaron a reaparecer los síntomas. Iris telefoneó al hospital como le había dicho que hiciera, y les habló de mi condición – los médicos le dijeron que yo debía volver de inmediato al hospital. Yo no quería ir. De hecho, sentí que si volvía y tuviera que pasar por otra serie de las debilitadoras inyecciones, no saldría vivo de allí. No obstante, como el estafilococo dorado estaba aún activo, mi única oportunidad de sobrevivir era probablemente la de volver allá para más tratamiento. Como sentía que no podía volver al hospital el mismo día, le pedí a Iris que dijera que regresaría al hospital a la mañana siguiente. Renuentes, los médicos accedieron, mas le pidieron a Iris que monitoreara mi temperatura y se mantuviera atenta a los otros síntomas. La instruyeron para que les informara de inmediato si las cosas empeoraban. Ella prometió hacerlo.

Fui incapaz de almorzar, de modo que me tendí en el largo diván verde en la pieza de estar, donde grandes ventanales se abrían hacia los campos circundantes. Con el sol de otoño entrando a raudales por las ventanas, el ambiente era como el de una habitación en el paraíso. Por unos momentos, oramos juntos por una cura milagrosa para esta terrible dolencia. Cuando Iris me dejó sólo en la habitación, continué rezando más fervientemente, con mayor intensidad de lo que había hecho antes, y así derivé hacia el sueño. Cuando desperté, tal vez una hora más tarde, Sai Baba estaba de pie junto al diván, con Su mano haciendo círculos sobre mí, en un gesto que yo había llegado a conocer tan bien durante mis años en la India – el gesto que parece concentrar Su poder divino para la ejecución de fenómenos supranormales. Mi momento de clarividencia no duró mucho.

Primero, la forma se desvaneció, dejando sólo la mano haciendo círculos sobre mí, y pronto también ella desapareció de mi vista. Mas sabía que mi Señor Sai estaba aún allí, porque toda la habitación estaba llena de la inexplicable sensación de Su divina presencia. La sensación es de una alegría desbordante y una profunda reverencia, y otra cosa que está más allá de las palabras. Generalmente se lo llama 'numen', palabra que usaban los antiguos romanos cuando sentían la presencia de la divinidad de lo alto para la que no tenían imagen alguna. Esto probablemente fue antes de que adoptaran a los dioses griegos del Olimpo, cambiando sus nombres pero manteniendo sus formas.

Cuando Sai Baba viene con Su poder en Su forma, hasta los que no pueden verle pueden sentir a veces este 'numen' de Su presencia. En ocasiones, podía tanto sentirle como verle. La ciencia psíquica ha comprobado que cada cual posee un grado de clarividencia encerrado en sí, y que hay momentos en que puede activarse. Es quizás por eso que fui brevemente bendecido con una visión de mi bienamado Swami, parado junto a mí.

Cuando, por último, se desvaneció del cuarto esa maravillosa sensación y sentí que Swami se había ido, me levanté del diván, me estiré y sentí absolutamente que había sido curado. Entonces, atravesé la puerta y fui al cuarto más pequeño en donde mi mujer había estado sentada mientras yo dormía. Ella no se mostró en absoluto sorprendida cuando le relaté mi maravillosa experiencia, porque también ella había sentido, a través del muro, la presencia de Swami, aunque no Le había visto. Su rostro estaba radiante de alegría y supo que la bendita visita de Swami con Su poder divino a nuestra casa en las Montañas de Adelaida, me había sanado de una dolencia asesina.

Ambos nos arrodillamos para ofrecerle nuestros humildes agradecimientos. Los médicos del hospital tal vez creyeran que, después de todo, me habían curado, mas no me enviaron una cuenta por la segunda visita al hospital – mostrando que aceptaban la responsabilidad por la infección con el estafilococo dorado.

Ahora, doce años después, echando una mirada atrás a la experiencia de Adelaida, con la perspectiva del tiempo veo que la visita de Swami hizo más que salvarme la vida. Cada movida que Él hace parece lograr varias cosas en la promoción de Su divino trabajo y misión. El domingo después de mi cura milagrosa, aparecieron dos visitantes en nuestra casa en Aldgate – ambos eran indios y se llamaban Sri K. Soman y el Dr. Vitty. Pienso que ambos habían ido a visitar a Sai Baba en la India poco tiempo antes de venir. Se quedaron a charlar un rato y luego preguntaron respetuosamente si podían traer a dos o tres personas más el domingo siguiente. Como esto era obviamente labor de Sai, lo acordamos y cada fin de semana los números fueron aumentando, hasta que llegaban coches llenos cada domingo en la tarde y la gran sala de estar, con sus muebles color verde y sus grandes ventanales mirando hacia los campos circundantes, se llenaba de gentes ansiosas por oír acerca de Sai Baba. Algunas ellas eran estudiantes de Vedanta; algunos habían leído uno que otro libro sobre Sai Baba; todos habían oído hablar de Él y querían saber más. Tal vez la habitación encantada en donde Swami se me había aparecido era una inspiración para todos. En todo caso, iba en aumento el sentimiento de alegría y devoción a medida que el grupo fue aprendiendo a cantar Bhajans guiado por Iris y algunas grabaciones de aprendizaje que teníamos, y yo les hablaba acerca de las enseñanzas de Sai Baba y sobre nuestras experiencias personales con Él en la India.

Fue así que durante el invierno de 1982, en la casa en Aldgate en las Montañas Adelaida, se pusieron los cimientos para el movimiento Sai en Australia del Sur.

5

LAS PIEDRAS VIVIENTES

Los místicos afirman que el reino mineral posee conciencia, aunque se trata de una conciencia dormida. Si esto fuera así, entonces hay piedras que son sonámbulas. Así como la Cruz es un símbolo de sacrificio para los cristianos, una piedra ovoide es un símbolo de la Creación para los hindúes, mas pertenece a la clase de símbolos que tienen un poder que les es inherente además de representar algo sagrado o espiritual. Son muchos los que creen que la Cruz similarmente tiene un poder que le es propio. Al igual que se dice que la lanza del destino clavada en el costado de Jesús en el Calvario tiene un poder para bien o para mal en el destino del género humano, así también el *Lingam* ovoidal puede tener el poder para el bien o el mal en el destino de un individuo. El que su influencia sea benéfica o maléfica dependerá del tratamiento por parte de su dueño.

Los *Lingams* pueden variar en tamaño desde menos de una pulgada hasta aquel de mil pies de largo con el que, de acuerdo a la mitología hindú, un poderoso demonio causó devastación en la Tierra. Finalmente, para salvar a la Tierra, el hijo guerrero del Señor Siva conocido como Scanda o Subramanyam, se trezó en batalla con el demonio, le venció y rompió el *Lingam* en muchos pedazos. La mayoría de estos, de varios pies de largo, cayeron, desde la escena de la batalla, sobre la India. De acuerdo a la historia, uno cayó en la Meca, en Arabia y es la gran piedra negra adorada por los musulmanes, aunque quizás los musulmanes no concuerden en que este sea el origen de su piedra sagrada. En torno a los grandes *Lingams* que cayeran en la India se levantaron templos – los sacerdotes realizan sagrados rituales a los *Lingams* para que su poder sea auspicioso y de beneficio para el género humano. Con este poder de destrucción y de reconstrucción que se les atribuye, resulta apropiado que el *Lingam* sea especialmente sagrado para el Señor Siva, el compasivo dios que destruye formas y costumbres antiguas y desgastadas y las reemplaza por otras nuevas. Él representa la faceta regeneradora del Dios único que crea, mantiene y destruye cuando es necesario. Como dice Tennyson, “Dios responde de muchas maneras, para que no vaya a ser que una buena práctica llegue a corromper al mundo.”

No cabe duda que los *Lingams* de piedra o de metal que se forman dentro del cuerpo de Sri Sathya Sai Baba – para ser expulsados por Su boca el día de *Shivarathri* – poseen este poder de doble filo. El antiguo Raja de Venkatagiri me contó, durante mis primeros días en la India que, durante un festival de *Shivarathri* Sai Baba le había entregado un *lingam* que había salido de la boca del Avatar. Swami sabía que el Raja iba a llevar a cabo los regulares y estrictos rituales que mantendrían auspicioso el poder del símbolo. Swamiji siempre se los regala a una persona apropiada, me dijo el Raja, y cuando no hay nadie disponible, manda los *lingam* de vuelta a lo Inmanifestado de donde provinieran. La siguiente historia, sin embargo, sugiere que Sathya Sai Baba corre un riesgo a veces y, si el receptor del *lingam* dejara de llevar a cabo estrictamente los exigentes rituales de la adoración, los resultados son en verdad muy negativos.

Una soleada mañana de 1969, cuando mi mujer y yo vivíamos en el Bungalow Alcott en un tranquilo rincón junto al mar en el Recinto Teosófico de Adyar, cerca de Madras, una glamorosa joven reina, llamada la Maharani de Jind, llegó inesperadamente hasta nuestra puerta. La habíamos conocido el año anterior, durante la primera Conferencia Mundial de Sai Baba, en 1968 en Bombay – durante la cual, frente a los varios miles de asistentes, Sai Baba anunció Su identidad como un Avatar de lo Divino. Mientras hacía el anuncio, las luces se apagaron dramáticamente y se encendieron por sí solas minutos más tarde. Este fenómeno de las luces sin intervención de la mano humana, pareció darle una poderosa significancia al anuncio.

La Maharani de Jind era la hija adoptiva de Bulbir, nuestra vieja y especial amiga de Horseley Hills, en donde pasáramos un tiempo mágico con Swami y unos pocos de Sus seguidores en el verano de 1967. [Ver el relato de esto en mi libro "*Sai Baba, el Hombre de los Milagros*"] Llegamos a conocerla bastante bien y nos tratábamos por nuestros nombres personales – el suyo era Prithvi. Por ende, su inesperada aparición una mañana, envuelta en un luminoso *sari* blanco, fue una alegría para nosotros. Pronto nos reveló el propósito de su visita – había venido a mostrarnos el *lingam* que Swami le había regalado durante el último *Shivarathi*. “Quieres decir que te dio uno de los que extrae desde dentro de Sí Mismo?” pregunté, esperando no parecer demasiado sorprendido. “Sí, Howard”.

“Hechicera” era la palabra que le calzaba a su morena y esplendorosa belleza. Sabía que estaba divorciada y sentía que, al igual que su madre adoptiva, se esforzaba seriamente por llevar una vida *dhármica* y espiritual. Dudaba que conociera en profundidad el contenido y la práctica de la religión hindú. Muy en mi fuero interno sentía algo de inquietud por su bienestar futuro. “Entiendo que tales *lingams* requieren de una cantidad de atención ritual, Prithvi”, comenté. “Sí”, respondió, “Swami me explicó que debía hacer y lo voy a hacer.” Diciendo esto, sacó de su bolso de mano un rollo de seda blanca y desenvolviéndolo, lo puso sobre la mesa, con el *lingam* sobre un lecho de seda. Era de un rico color café rojizo y quizás algo más pequeño que un huevo normal de gallina. Brillaba con un resplandor vivo. Tanto Iris como yo sabíamos que no debíamos tocar algo así. Nos quedamos de pie, mirándolo con admiración y tuve una nítida impresión de que él me miraba. “¡Es tan bello!” suspiró Iris. Prithvi sonrió y, rodeando su tesoro con la seda blanca, lo puso de vuelta en su bolso. “Ruego por que te traiga gran felicidad y prosperidad”, le dije.

Iris invitó a Prithvi para que se quedara a almorzar, mas ella declinó diciendo que había de estar de regreso en su hogar en Delhi, pero como tuvo que pasar por Madras, no había podido resistir el visitarnos brevemente para compartir su inmensa alegría con nosotros. Caminó con gracia por el prado, volviéndose hacia nosotros para despedirse con un ademán de su mano antes de desaparecer detrás de los arbustos que llegaban hasta la reja del recinto.

Recordando ahora este evento, pienso en el dicho de Keats : “Una cosa bella es una alegría para siempre”. La alegría que permanece en mi corazón no es la refulgente belleza del *lingam* marrón rojizo, sino la belleza viva de Prithvi tal como la ví esa mañana, dulce y sonriente, antes que cayera el infortunio sobre ella.

Cada vez que la veíamos en el ashram de Prasanthi Nilayam después de aquel día, su belleza parecía irse apagando más y más. Llegó un momento en que casi no la reconocimos. Supimos por su madre adoptiva algunas de las terribles y trágicas cosas que pasaron en su vida personal y los grandes infortunios en sus asuntos financieros. Debe haber sido peor de lo que oyéramos, pensamos, para haber afectado tan drásticamente su apariencia. ¿Habría sido la influencia del refulgente *lingam* marrón rojizo? Me lo preguntaba. Tal vez, sospechaba, ella no le estaba ofreciendo los *pujas* y la adoración ritual necesarias. No obstante, Swami le había dado el *lingam*, por lo que tal vez sus grandes infortunios formaban parte del *karma* que había de enfrentar. Pero, ¿por cuánto tiempo, hasta que Swami la liberara de él?

Llegó el día en que sí la liberó. La historia de esa liberación es fantástica. Mi mujer y yo no estábamos en el *Ashram* en la época, pero leí más de un relato impreso. Como ellos variaban en los detalles, estaba decidido a conseguir los hechos de Prithvi en persona tan pronto como se diera la ocasión

Un buen día, viendo a la Maharani de Jind entre los visitantes en Prasanthi Nilayam, pensamos : esta es nuestra oportunidad. La historia extrañamente dramática estaba clara en su mente y la narró prontamente. Nos indicó que si se le iban uno o dos detalles, le preguntáramos a su madre adoptiva quien también estaba en el *Ashram*. De hecho Bulbir vivía allí permanentemente sirviendo como decana de las voluntarias, responsable por la disciplina y buena conducta de todas las visitantes del *Ashram*. Aunque ya estaba canosa, era aún una mujer elegante y donosa y la mayoría de los visitantes al *Ashram* la llamaban *Mataji*, que significa respetada madre. Nos sentimos felices

de ir a ver a nuestra vieja amiga y repasar con ella una vez más la historia que nos había relatado Prithvi. La encontramos en la antigua casa de huéspedes detrás del Mandir, en la misma habitación que yo había ocupado en mi primera visita al *Ashram*. De modo que con la confirmación de la historia por parte de Bulbir, sentí que tenía todos los detalles correctos, por increíbles que fueran. Brevemente, aquí va la historia de cómo le fue quitado el *Lingam* a la Maharani de Jind :

Swami llamó a Bulbir y a Prithvi, junto a otras dos o tres mujeres, a la salita de entrevistas que utilizaba a menudo antaño, pero no ya ahora. El cuarto estaba en el ángulo Este de la veranda, hacia el lado de los bazares, y el pequeño comedor de Swami quedaba justo encima en el piso superior. La salita de entrevistas estaba conectada con el comedor en los altos por una empinada escalera caracol, de escalones de piedra. A los pies de la escalera, ocultándola de la salita de entrevistas, colgaba una gruesa cortina verde. Yo he sabido de cosas raras que pasaran detrás de la cortina verde e incluso más raras en el comedor de arriba. Una vez cayeron hojas de tulsi a través del suelo sólido que provenían de la manos de Swami que estaba en el comedor. Cayeron sobre los hombros del Sr. Butt, quien estaba de pie conmigo e Iris, esperando que Swami retornara a la planta baja. [Ver el relato en mi libro "*Sai Baba, el Hombre de los Milagros*"] Estas hojas le aliviaron el dolor que sentía en la región del corazón. Ahora iba a suceder algo aún más extraño.

Después de hablarle por algunos minutos al grupo de mujeres, Swami llevó a Bulbir y a Prithvi hasta el pie de la escalera y corrió la gruesa cortina tras de ellos. Por experiencia sé que nada de lo que se diga tras de esa cortina resulta audible para los que estén en el cuarto de entrevistas. Swami se paró de cara a las mujeres, unos cuantos peldaños más arriba. Primero habló de las terribles cosas que le habían estado sucediendo a Prithvi desde que el *Lingam* estaba en sus manos. Puesto que sabían de su poder, las mujeres no se sintieron sorprendidas que supiera todo eso. Les dio a entender, más allá de toda duda, que era el *Lingam* el que le había traído todo este infortunio. Se había vuelto desfavorable, dijo, porque ella había descuidado llevar a cabo, constante y regularmente, la adoración ceremonial requerida para mantenerlo auspicioso. Dijo todo esto en un tono bondadoso y comprensivo, achacando al descuido del *lingam* las circunstancias de su vida, con sus crecientes altibajos y el ir de mal en peor. Le indicó a Prithvi que lo que tenía que hacer ahora era quitarle el *lingam*, pero que para reemplazarlo le regalaría un bello *shaligram* dorado – este era mucho más grande y más atractivo que el pequeño *lingam* café-rojizo. Para ella sería más seguro, ya que no requería la misma y estricta atención.

Mas, ante la idea de perder el *Lingam*, Prithvi estalló en llanto. Fueran lo que fueren sus efectos, no podía soportar la idea de separarse de él. Lloró con una pena incontrolable, como una madre que hubiera llegado a amar a un hijo discapacitado que no le causara más que sufrimiento. Swami, con infinita compasión por su dolor, no le pidió que abriera su bolso y le entregara a Él el *Lingam*. Usando Su poder sobrenatural, lo retiró invisiblemente del bolso y lo reemplazó por el *shaligram*. Luego, por razones que sólo Él sabe, parece haber enviado el *lingam* al piso superior, al comedor. Juzgando por Su amable y compasiva expresión, Prithvi concluyó que Swami le permitiría conservar el *Lingam*. Se secó los ojos y sonrió. Entonces, repentinamente, sintió que su bolso pesaba más. Abriéndolo rápidamente, vio que su tesoro marrón rojizo había desaparecido y que en su lugar estaba el gran *shaligram* dorado. Rompió a llorar con más fuerza – evidentemente el *Lingam* había vuelto a lo Inmanifestado de donde había venido y ella no lo volvería a ver nunca más.

Mas, de pronto se oyó un gran estruendo en el comedor de arriba, que hasta escucharon las señoras en la sala de entrevistas. Para algunas, sonó como si una pesada piedra hubiera caído al suelo del comedor. A otras les pareció que se oían ruidos violentos, como si la habitación de arriba fuese sacudida por un terremoto. A esto le siguió un sonido como si algo bajara por la escalera de piedra. Increíblemente, se trataba del pequeño *lingam* marrón rojizo – no venía rodando, sino saltando de escalón en escalón. Le vieron esquivar las cerradas curvas de la escalera, como si fuera algo viviente, y luego seguir saltando alegremente de escalón en escalón hacia ellas. Mas, aunque parecía tener una voluntad propia, no fue tan lejos como aquella cuyo deseo le había hecho volver, sino que se detuvo y se quedó quieto a los pies de su amo, Sai Baba.

A ambas les pareció que Swami mostraba una expresión de sorpresa, mas, inclinándose, cogió el *lingam* y tendiéndoselo a Prithvi, dijo, “Tu gran anhelo por él lo ha traído de vuelta. Así es que tómallo, y guárdalos ambos.” Una expresión de felicidad iluminó el asombrado rostro de la Maharani de Jind, mientras guardaba el *Lingam* en su envoltura de seda blanca y lo colocaba en su bolso. Luego los tres traspasaron de nuevo la cortina para reunirse con las mujeres en el cuarto de entrevistas. Swami abrió la puerta exterior para indicar que la entrevista había terminado, y todas fueron abandonando la salita después de presentar sus saludos a Sus Pies.

Tan pronto como estuvieron de regreso en la habitación de su madre adoptiva, Prithvi abrió su bolso para mirar de nuevo su bello *lingam*. Mas el paño de seda blanco estaba vacío – el *lingam* se había desvanecido. El primer impulso de Prithvi fue de volver donde Swami, pero sabía que de nada serviría. El episodio había terminado. Para entonces era probable que Él ya hubiera desmaterializado el *lingam*, devolviéndolo a lo Inmanifestado. En todo caso, no Lo podían ir a ver a menos que las invitara, y ¿para qué habría de hacerlo? La madre adoptiva le aseguró que Swami había hecho lo correcto y lo había hecho de la manera más bondadosa posible. “Debieras estar contenta y agradecida de que te haya sacado de encima esa carga”, le dijo a Prithvi. En lo profundo de su corazón, Prithvi sabía que tenía razón. Para cuando nos relató esta historia a mi mujer y a mí, ya se habían producido grandes cambios en su vida. Los tiempos tormentosos habían pasado, tanto en lo concerniente a sus asuntos personales como a su vida financiera – el barco del destino navegaba por aguas tranquilas. En retrospectiva, nos dijo que le había resultado duro entender el excesivo apego que había sentido por la resplandeciente piedrecita de fatal belleza.

He narrado aquí los hechos de la historia de Prithvi tal como me la relataran tanto ella como su madre adoptiva. Mas hay muchas cosas que resultan difíciles de entender. ¿Porqué habría de poseer este objeto de forma ovoidal que simboliza el principio de la creación, un tal poder para el bien o el mal en la vida de una persona? ¿Y por qué habría de ser auspicioso o desfavorable dependiendo de la conducta de su poseedor? Además, en el caso de este *lingam* en particular, ¿cuál sería la explicación para la vida consciente que pareció mostrar cuando bajaba la escalera? Sai Baba Mismo le declaró a la Maharani de Jind, “Tu deseo por él lo trajo de vuelta a ti”, y la manera de su regreso no fue un simple rodar escalera abajo de algo inanimado, sino un animado saltar de un escalón al otro. Esto pareciera ser más que una conciencia adormecida en la vida mineral. ¿Habría sido avivada de algún modo una conciencia más avanzada dentro de los patrones energéticos de la piedra? ¿O es que se adhiere al *lingam* alguna forma de vida espiritual? Y, ¿requiere este espíritu ser propiciado por una adoración ritual para mantenerlo en términos amigables con la gente o persona asociadas al *lingam*?

Se enseña que algunas de las formas dévicas en el mundo del espíritu requieren de adoración ritual o de sacrificios para mantenerlas en buenos términos con el hombre. Tal vez el *lingam* posea un espíritu de esta naturaleza adherido a él.

-O-O-O-O-O-O-O-O-

6

ÉL HA VENIDO DE NUEVO

Es natural para una persona el sentir lealtad por un nombre y una forma de lo divino, en especial si debido a la costumbre, su mente ha sido así condicionada. Desde la infancia se me enseñó adorar a Jesús – sentí una punzada de deslealtad cuando comencé a venerar a Sathya Sai Baba como Dios. Extrañamente, también me sentí un poco desleal para con Shirdi Sai quien había

cogido mi corazón antes de que conociera la forma de Sathya Sai. Mas Swami comenzó a mostrarme de dos maneras la verdad más profunda respecto a esto : Primero con Sus parábolas en acción – que es así como denomino Sus milagros. Hay muchos de ellos. En nuestros tempranos días Sai llevamos a una señora cristiana donde Swami para ver si curaba de una difícil dolencia. Él la sanó y materializó para ella un pequeño medallón que mostraba al Cristo a un lado y a Sí Mismo al otro. A partir de entonces Le he visto hacer lo mismo para otras gentes, como también materializar otros símbolos cristianos, como figuras y cruces. Nos enseña de esta manera, sin palabras, una importante lección. Como segunda cosa, Él está constantemente enseñando acerca del tema que no existe sino un Dios, aunque las gentes Le llamen por muchos nombres – ese Dios único les responde a todos.

Las formas – como empezamos a ver – le pertenecen al tiempo. Pasan con el tiempo, mas el Dios verdadero tras de ellas es eterno. Cuan absurdo es el pensar que Dios podría desaprobarnos el que Le veneremos en una forma en lugar de otra. Con el objeto de no caer de vuelta en esa extraña idolatría, debemos mantener nuestras mentes de manera constante en la realidad detrás de las formas. Con ello in mente, ¿cómo hemos de concebir la Navidad?

Celebramos un evento de cuando la eternidad entró en el tiempo. Muchos años atrás, Dios tomó forma humana – como lo había hecho muchas veces antes en la larga historia del género humano. Su propósito al venir fue el mismo que había sido siempre – “Para despertar a los hijos de la tierra”, como reza el villancico.

Durante la Segunda Guerra Mundial, tuve la fortuna de estar de servicio en Palestina por algunos meses, y visité Belén. Condujimos desde Jerusalem a través de terrenos que lucen muy parecidos al paisaje alrededor de Puttaparthi. Llegamos al pequeño pueblo de Belén que está situado sobre una loma y en donde la Iglesia de la Natividad domina la línea del horizonte. La iglesia fue construida en el sitio en donde alguna vez se levantara la posada que no tuviera cuartos libres para el nacimiento de un Hombre-Dios. Afortunadamente, aún existe el establo donde naciera el Cristo-niño – un establo subterráneo que quedaba bajo la posada. Cuando la visité, la gruta subterránea era como un altar – una masa de luces y de velas ardientes. Tal vez sea el altar más sagrado en toda la cristiandad. En el muro había una inscripción en griego (el griego del período cristiano temprano) que identificaba para el visitante el sitio en que había estado el pesebre en donde el Jesús bebé había sido acomodado en la paja. La atmósfera era sagrada – una sacra vibración en la gruta en donde Dios hiciera Su advenimiento a la Tierra, humildemente entre los bueyes.

Un modesto comienzo para un evento trascendental. De dan algunos paralelos con Sai Baba. La tradición tiene algunas historias acerca de la niñez y la juventud de Jesús, mas sabemos poco del tiempo anterior al comienzo de su misión para el género humano, alrededor de los treinta años. Su misión era de paz y de amor y de rectitud. Mostraba la misma compasión por los sufrientes que Bhagavan muestra hoy en día y, al igual que Swami, poseía los poderes milagrosos para ayudarle a muchos de ellos. Jesús también demostró el poder de la Conciencia Divina sobre la naturaleza y sobre lo que llamamos “las leyes de la naturaleza”. Transformó agua en vino y caminó por encima del agua del lago. Todos los que han leído el Nuevo Testamento conocen estas historias. Cuando niño, yo las creía – más tarde, la educación moderna me llevó a dudar de ellas. Sólo cuando ví los milagros de Swami volví a creer en los milagros cristianos.

Una de las muchas instancias en que Swami cambió Su propia imagen en la de Jesús y viceversa, se describe en la experiencia de mi amigo Elvin Gates. Durante una entrevista en 1987, Sai Baba le reveló por primera vez a Nalin Sedera, un joven de Sri Lanka, que, de hecho, era Vivekananda renacido. Elvin se sintió feliz de estar allí para ese evento e incluso más feliz, cuando Swami manifestó para él un espléndido anillo que mostraba la propia imagen de Sai Baba. Después de haberle dado el anillo a Elvin, Sai Baba lo tomó de vuelta con las palabras, “No, tu prefieres la forma de Jesús”, lo cual en esa época, era cierto. Sosteniendo el anillo en la mano, Swami soplo sobre él y la forma de Jesús reemplazó la Suya.

Dos cosas despertaron ese día el interés y la excitación de las multitudes fuera del Mandir. Oyeron que Nalin Sadera era Vivekananda y muchos le siguieron. Otros vieron el espectacular anillo de Elvin y le siguieron por largo tiempo, pidiendo ver el anillo. El lo levantó en alto para que todos lo vieran y luego se retiró apresuradamente a su alojamiento. Pienso que ahora, después de años, ha llegado a amar la forma de Sathya Sai Baba más que ninguna otra. Se ha dado cuenta, por supuesto, que la forma de Dios no es más que un símbolo de la gran realidad, aunque sea un símbolo muy inspirador. Las dos formas de Baba, Shirdi y Sathya, y la forma de Jesús como lo representan los artistas, no son sino símbolos de la misma realidad.

Muchas de las verdades espirituales que Jesús enseñara entonces, las enseña ahora Sai Baba, explicándolas y poniendo un diferente énfasis para acomodarlas a los tiempos actuales. Algunas no resultan fáciles de seguir para la naturaleza humana y muy pocas gentes han vivido de acuerdo a ellas durante los siglos entre ambos advenimientos. “Pon la otra mejilla”, por ejemplo. No repondas a la violencia con violencia. Entrega amor en donde encuentres odio. Ama a tus enemigos o a los que te traten vengativamente. No te fijes en las faltas de otros – observa más bien las tuyas y corrígelas. Podríamos seguir encontrando paralelos. Hasta uno de los principales temas de Bhagavan, la Divinidad del hombre, fue enseñado por Jesús : “Yo estoy en el Padre, así como ustedes están en Mí y Yo en ustedes”, “El Reino de Dios está dentro de ustedes”. Unas pocas de estas declaraciones han llegado hasta nosotros. Ahora Bhagavan enfatiza esa verdad – una verdad que las iglesias modernas no han enseñado.

Quizás, como Tennyson decía, “Los pensamientos de los hombres se han ensachado con el progreso de los hijos”, y la conciencia humana ha evolucionado hasta un nivel en el que puede aceptar el hecho que somos todos hijos de Dios con una herencia divina esperando por nosotros. Todo lo que tenemos que hacer es barrer con las nubes del sueño mortal y recordar nuestra identidad. Mas, ¿es así de fácil? Me gusta la historia de las escrituras hindúes acerca del príncipe que, siendo un bebé, fue secuestrado por ladrones. Naturalmente, creció pensando que era uno de ellos. Si alguien le hubiera dicho que era en realidad un príncipe, ¿lo habría creído? Pienso que no. Habría necesitado pruebas. Al final, llegaron las pruebas y el príncipe retornó para heredar su reino.

Todos estamos en una situación similar. El rey mismo ha “llegado hasta la cueva de los ladrones” (un nombre muy apropiado para este mundo) para decirnos que somos sus hijos. ¿No habríamos de creerlo ahora para actuar concordantemente?

El amor es el tema principal de ambas encarnaciones. El amor es la nota clave del Día de Navidad. San Juan que era muy cercano a Jesús, escribió, “Nosotros nos amamos, porque Él nos amó primero.” ¿No resuena eso en nuestros corazones hoy – ahora que Dios está aquí de nuevo y podemos experimentar el amor divino? Si a veces no llegamos a cumplir el ideal de amarnos los unos a los otros, sabemos que la familia Sai debe esforzarse por establecer un núcleo de hermandad de amor como ejemplo e inspiración para el mundo. En caso contrario ¿qué otra esperanza cabría?

La lámpara encendida por el gran maestro de Palestina brilló a través de la Edad del Oscurantismo en Europa, cuando el Kali Yuga estaba en su punto más bajo. Brilló en los monasterios y catedrales y en las vidas de unos pocos verdaderos cristianos. Sin esa lámpara, quien sabe a qué niveles de brutalidad y barbarie podría haberse hundido el mundo. Porque las fuerzas oscuras están siempre al acecho dentro de nosotros, prontas a arrastrarnos hacia el nivel de los brutos. Mas la lámpara estaba allí como un faro para ayudarle al género humano a mantener su curso ascendente. No obstante ahora, después de dos mil años, la luz se ha debilitado. Las iglesias se ven vacías y las fuerzas del temor, la sospecha, la codicia y el odio se están reuniendo en torno a un estandarte nuclear. La amenaza contra la existencia del hombre en la Tierra y contra el plan divino es mayor que nunca antes. Por ende, Dios ha venido nuevamente para reencender la lámpara y guiarnos a través de esta tormenta mortal. O, tal vez, para calmar la tormenta, como lo hiciera hace mucho en el Mar de Galilea.

El Niño, la Lámpara, el Victorioso de la imaginería cristiana es la forma en que podríamos ver a Dios. Y, volviéndonos a la imaginería hindú, en uno de los *Puranas*, los dioses dicen : “Siva Mismo

está aquí desempeñando el activo rol de Su hijo Subramanyam.” El Padre es el Hijo, el Hijo es el Padre. Todo lo que sabemos es que no hay sino un solo Dios, sin que importe la forma o la faceta que nos revele. En asuntos tan profundos, es muy poco lo que podemos saber con seguridad. Sin embargo, podemos sentir algo de la maravilla de celebrar ese advenimiento de hace tanto tiempo en Palestina, aquí en el lugar de nacimiento del Avatar Sai. El nombre ‘Jerusalem’ significa un lugar de paz, al igual que el nombre de ‘Prasanthi Nilayam’. Hay un lugar de paz dentro de cada uno de nosotros, si podemos encontrarlo.

En una canción que escribiera hace poco Denis Gursten, hay una estrofa que dice :

*Entonces vuelve tus cansados ojos hacia la Jerusalem interior,
En donde el amor está siempre ardiendo ahora y hasta el fin.
Sí, rebélate en contra de la noche más oscura y deja que Su luz brille adentro.
Mira a tu alrededor Jerusalem, Él ha venido de nuevo.
Mira a tu alrededor Jerusalem, Su gloria está en el viento.
Él ha venido, Él ha venido, Él ha venido de nuevo.*

Sí, Él ha vuelto y, si puedes recibirle, sabe que El Eterno en el atavío de Sathya Sai Baba está sentado aquí ahora, frente a ti.

Un Día de Navidad se me honró al pedirme que diera una corta charla preliminar antes que hablara Swami. Ya que era Navidad, hablé de los diferentes nombres por los que había sido conocido Jesús : Joshúa en su propio país [en hebreo, Joshía en arameo – N. de la T.]; Jesus entre los griegos; [Iesu entre los romanos – N. de la T.]; Yesu entre los celtas, quienes habían profetizado su venida en sus escrituras llamadas las “Tríadas”; Isu en el Tíbet, e Isa en la India y el Medio Oriente, incluyendo Egipto. (Incidentalmente, en la Batalla de Alamein, la Novena División Australiana luchaba por el Monte de Jesús como lo llamaban, al traducir al inglés el nombre egipcio de Tel-el-Isa. Me complugo que fueran las fuerzas de mi propio país las que ahuyentaran a las tropas de la tiranía del Monte de Jesús.)

Cuando hube terminado mi intervención, Swami se puso de pié para pronunciar Su Discurso. Comenzó diciendo que Isa era el mejor nombre para Jesús, porque esas tres letras, al reordenarlas, formaban la palabra ‘Sai’. Esto hizo que la masiva audiencia en el Poornachandra estallara en estruendosos aplausos.

Para terminar este capítulo, permítanme decir que cuando dos autores de libros espirituales, Peggy Mason y su marido Ron Laing, le preguntaron a Swami durante una de sus primeras entrevistas, si Él era la Segunda Venida, Su respuesta fue afirmativa. Mas, señaló entonces – y en tiempos futuros – que siendo un Avatar del Dios Supremo con forma, conocido en la India como Easwara o Maheswara o, a veces simplemente como Siva, Él era lo que los cristianos y judíos llamaban “Dios Padre”. Jesús, al no ser un Avatar pleno era conocido como “Hijo de Dios”. Mas, indicó Sai Baba con firmeza, cualquiera sea la forma que se tome o cualquiera el nombre que se use, no hay sino un Dios. El Padre es el Hijo y el Hijo es el Padre.

-0-0-0-0-0-0-0-0-

7

¿POR QUÉ TEMER?

“¿Por qué temer si Yo estoy aquí?” Esta simple pregunta salió frecuentemente de los labios de Sai Baba durante su vida en Shirdi y también durante su vida actual. Hay un tesoro de significado detrás de esta simple pregunta. Veamos primero el sentido más profundo en el pronombre ‘Yo’. Como Él mismo se sabe un *Avatar* de Dios, quiere decir que por qué se habría de temer estando Dios Mismo presente. Mas eso no significa necesariamente Dios en la forma de Sathya Sai Baba. Él nos enseña y gradualmente llegamos a aceptar la asombrosa verdad que Dios está dentro de todo, dentro de cada átomo de todo. Por ende, Dios es siempre-presente. En verdad, ninguna otra cosa es siempre-presente. Él está “aquí” en dondequiera que uno se encuentre. Entonces, la pregunta sería, “¿Por qué temer nunca?” Uno nunca habría de temer, nunca habría de temer, porque Dios está siempre con uno y, estando con uno, le llevará a salvo a través de cada cosa a la que uno le tema. De hecho, a la larga, nada podrá sucederle a uno que no sea para su propio bien. Por ello, uno debiera vivir su vida sin trazas de temor, recordando que “Yo” está en todas partes.

Podemos respaldar esta feliz conclusión mirando otro significado del pronombre ‘Yo’. Esto también proviene de la enseñanza de Sai Baba sobre la verdad vedántica que Dios Mismo está dentro de uno, dentro de cada uno. Por ello, cuando uno usa el pronombre “Yo”, se refiere al Dios dentro de uno. Podemos pensar con ello en el cuerpo de uno o el ego individual, mas significa realmente el verdadero ‘Uno Mismo’ o el Dios interno. Por ende, ciertamente Dios está dondequiera que uno esté. Estando dentro del alma misma de uno, al igual que en cada célula del cuerpo, en cada átomo del aire que uno respira, en cada brizna de pasto bajo nuestros pies, Él es, en verdad, omnipresente. Por ello, podríamos replantear la pregunta de la manera siguiente. “¿Por qué es que podrías alguna vez temer, cuando la verdad es que ‘Yo’, Dios, estoy siempre presente?”

Mas, aunque conozcamos y aceptemos estas grandes verdades espirituales, ¿las recordaremos y nos mantendremos calmos cuando nos roa un pequeño temor o un gran temor haga que tiemble todo nuestro cuerpo? Permitámonos echar una mirada a la anatomía del miedo.

Bajo el rótulo de miedo se puede ubicar aquella gama de emociones que parte desde el poderoso terror o pánico que hacía que los hombres de antaño temieran por sus vidas cuando oían – o creían haber oído – el atronador ruido de los cascos del gran dios Pan. Ellas fluctúan entre las devastadoras emociones que enceguecen la mente, pasando por una serie de miedos menores hasta las pequeñas preocupaciones o aprensiones que consciente o inconscientemente corroen nuestra mente a través de todas nuestras horas de vigilia. No cabe duda que esta progenie menor de pequeños temores o preocupaciones malogra la paz que siempre debiera ser nuestra – y causa muchas enfermedades.

También yo, como la mayoría de las personas que conozco, he experimentado la gama del temor. Nunca he puesto pies en polvorosa ni me he escondido ante el sonido de los atronadores cascos del dios Pan, mas no he estado lejos de esconderme frente a los modernos cascos de Pan, como los que representan las operaciones militares modernas. Uno aprende valiosas lecciones de tales experiencias.

Un día, durante la gran batalla de Alamein en el desierto egipcio, había llevado a un par de corresponsales de guerra a ver al Mayor General Gatehouse, quien comandaba la 10ª División Blindada del Ejército Británico en la línea de Alamein. Uno de esos corresponsales había sido amigo de Gatehouse cuando ambos eran subalternos en el ejército, durante la I Guerra Mundial. Por ende, esperábamos que nos fueran reveladas algunas noticias valiosas a través de este contacto personal. De pie junto al tanque que le servía de centro de operaciones táctico, tranquilamente nos mostraba mapas y hablaba acerca de su visión del estado actual de la batalla, cuando comenzó repentinamente

el bombardeo de la artillería enemiga. Los blancos del ataque eran los tanques diseminados en el desierto y, me parecía que el blanco principal era el tanque del General, junto al que estábamos parados. Los proyectiles comenzaban a estallar incómodamente cerca. Yo esperaba que este veterano de dos Guerras Mundiales, junto a unos pocos jóvenes oficiales de su estado mayor que estaban próximos, hicieran lo que todo soldado está entrenado para hacer : tenderse lo más plano posible en la tierra. Con una tal acción, se le ofrece el menor blanco posible a los fragmentos de metralla que vuelan por todos lados. Mas el General seguía estando serenamente de pie, erguido con sus botas de caballería, tratando el ataque con desprecio, como si no fuera más que una leve lluvia. Esto implicaba, por supuesto, que sus oficiales de estado mayor debían hacer otro tanto – fuera lo que fuere que sintieran, tenían que estar parados allí como si nada inconveniente estuviera sucediendo. No sé como se sentían mis corresponsales de guerra, pero sí sé que a mí me embargaba el miedo. Además, parecía ser una locura el estar exponiéndonos de este modo, cuando podíamos habernos tirado de plano al suelo en una excavación cercana. Pero temía aparecer como cobarde si hacía el primer movimiento siendo que el General y su gente parecían ignorar el bombardeo.

Los proyectiles se iban acercando. En cualquier momento, los que pasaban silbando sobre nuestras cabezas caerían lo suficientemente cerca como para borrar del mapa a todo nuestro grupo. Mas el General continuaba mostrando sus mapas y hablando calmadamente, mientras sus oficiales le rodeaban en respetuoso silencio. Mi miedo aumentó hasta casi el pánico que hace que las piernas de uno salten, pero mi voluntad me forzó a no hacer un movimiento que rebajara mi prestigio frente a mis camaradas y a los corresponsales de guerra – para no mencionar al comandante de nervios de acero. Comencé a esperar y a rogar por que el bombardeo cesara, pero, en cambio, pareció intensificarse. Uno de los tanques expuestos en la explanada de arena había sido alcanzado y estaba ardiendo. Esto sólo hizo que el General maldijera el hecho que sus tanques estuvieran expuestos en una posición de avanzada, debido a las órdenes del Comandante en Jefe, en lugar de estar desempeñando el rol que se supone juegan los tanques.

Su temerario enojo por sus preciosos tanques no ayudó en nada a calmar el terror de muerte o mutilación que invadía cada célula de mi cuerpo. Entonces, mi poderoso, primitivo terror pareció llegar a un punto de saturación y fue reemplazado por algo completamente diferente. Ese “algo” es muy difícil de describir. Sentí como si hubiera ascendido hasta un punto de observación por encima del estallido de los proyectiles de mortero, los surtidores de arena y el tanque en llamas. La escena se desarrollaba en una dimensión remota, mientras yo me encontraba en un lugar de dicha, más allá del tiempo y el espacio, observando el drama allá abajo como si no fuera sino la representación de alguna antigua batalla. Supongo que había alcanzado lo que se conoce como “el momento de la verdad”. En retrospectiva y con el beneficio de las visiones internas de la vida que recibiera más tarde con Sai, puedo decir ahora que había salido de mi ego temporal hacia mi Yo Mismo Superior, hacia la Realidad eterna para la cual la muerte en batalla atañe sólo al cuerpo y no al Uno Mismo real.

El Señor Krishna le señaló esta profunda verdad a su amigo el guerrero Arjuna, hace mucho tiempo, en la batalla del *Kurukshetra*. Si otros hombres – cuando se sintieran saturados del crudo y primitivo miedo de enfrentar tiros y metralla mortales – han tenido esta trascendental experiencia, puedo entender el por qué viejos soldados aman los recuerdos del campo de batalla. Sólo sé que a través del resto de la II Guerra Mundial, en momentos en que amenazadoras balas y metralla silbaban en el aire a mi alrededor, nunca sentí algún miedo a la muerte. No obstante se continuaba cerniendo un fuerte temor : el temor al daño a mi vista. Esto se debió quizás a una intuición respecto a que el libro de mi *Karma* guardaba una anotación en este sentido en sus futuras páginas.

No cabe duda que fui afortunado. Una saturación con el miedo primitivo en aquel campo de batalla, cincuenta años atrás, me llevó a una percepción de la verdad de ser, que podría llamarse una realización del Dios Interior. Él está más cerca de nosotros que nuestra propia respiración, porque Él es nuestro verdadero Uno Mismo. Ahora estoy rumiando la verdad sobre que si hubiera podido ser plenamente consciente de mi propia divinidad, desde un comienzo, no habría sentido miedo. De modo que, obviamente, el objetivo del aprendizaje espiritual es el de hacerse constantemente consciente del hecho que Dios está siempre en nuestra presencia. La cuestión es el por qué

debiéramos sentir miedo. Mientras nos vamos convenciendo más y más de que somos parte integral del Dios único, eterno y omnipresente, sabremos con seguridad que nada le puede poner punto final a nuestra existencia ni hacernos algún daño real.

Mas, dejando de lado estos grandes temores – los martillazos del destino que pueden golpeararnos en cualquier momento, ya sea en la paz o la guerra – consideremos los pequeños temores que rara vez, si llegan a estarlo, se ausentan de nuestra mente. Aprensiones, ansiedades, todo tipo de preocupaciones, ya sea en el primer plano o el trasfondo de nuestras horas de vigilia, forman, lamentablemente, parte de nuestras vidas diarias. A lo largo de los años, Swami me ha dicho a menudo, como también a otros, “No te preocupes por nada. Sólo sé feliz.” Gradualmente, esta simple aunque profunda fórmula para el buen vivir, se va asumiendo en la mente y uno trata de practicarla. Por cierto que, si uno nunca se preocupara por nada, uno estaría siempre feliz, porque así es la naturaleza del hombre. Mas, ¿cómo evitamos las preocupaciones o las borramos cuando aparecen? Ciertamente, la receta es la misma que la que se aplica cuando se trate de grandes temores. Vale decir, cultivar la constante conciencia de la presencia de Dios dentro de nosotros y, en verdad, de nuestra identidad con Él. Esto es algo mucho más fácil de decir que de hacer. Uno no puede esperar alcanzar un tal estado de sabiduría de la noche a la mañana. Sólo puede llegar gradualmente a través de la constante práctica de los ejercicios Yógicos y espirituales que han enseñado tanto Sai Baba como los demás grandes. No obstante, el resultado es cierto : una vida completamente libre de temores, una vida de constante felicidad.

He pasado muchos años, ya sea cerca de Sai Baba o pensando seria y tan profundamente como posible acerca de Él. Nunca Le he visto afectado por la más leve traza de temor. Al estar plenamente consciente de Su Divinidad, sabe que todo lo que se propone lograr (lo que es siempre para el bien último del género humano), lo logrará. Siendo plenamente consciente de Su Divinidad, sabe que no puede fracasar. Los “lazos y flechas” en la manos de los pequeños hombres de la oscuridad, resbalan inofensivos sobre la armadura de Su divina confianza. Su constante alegría se refleja en la risa pronta que espera justo bajo la superficie de sus amorosos y compasivos ojos.

La senda de nuestras vidas nos lleva en dirección a convertirnos en seres tan gloriosa y divinamente realizados como es Él. Esa es nuestra meta – cierta de logro final. ¿Por qué ser víctimas del temor cuando Dios está siempre cerca? Él está “más cerca de nosotros que la respiración, más cerca que nuestras manos y pies”, porque Él es nuestro propio Uno Mismo.

-0-0-0-0-0-0-0-0-

8

ENCONTRAR Y GUARDAR LA PERLA INSUSTITUIBLE

La puerta se entreabrió ligeramente revelando a una figura única, “¿Es usted el hombre de Australia?” preguntó, con ojos sonrientes y una hilera de dientes blancos y fuertes. Mas no esperó la respuesta – la que probablemente ya sabía. Pareciendo olvidarme, entró a la habitación y se dirigió hacia dos caballeros indios, los únicos otros presentes. Miré su larga bata roja y la corona de cabellos vibrantes, pero eso no me indicó que fuera el gran Sai Baba a quien había venido a ver. En esa época, en marzo de 1965, nunca había visto una foto de Sai Baba aunque había estado en la India por seis meses. Pienso que había muy pocas fotos Suyas en circulación entonces. Esa

mañana yo había ido hasta una casa en Madras en la que me habían dicho que paraba Sai Baba. Cuando Lo ví materializar *Vibhuti* con un giro de su mano y luego palmotear el hombro de uno de los indios que se había desecho en lágrimas de *Bhakti*, me dí cuenta que este debía ser el hacedor de milagros que había venido a ver. Ahora que escribo estas líneas, treinta años después, sé, aunque entonces no me diera cuenta, que había llegado a un gran hito en mi viaje. En verdad, no al final de mi búsqueda de Dios, mas a un punto en que el final quedaría claramente a la vista. Tenía cincuenta y ocho años. ¿Por qué me había tomado tantos años alcanzar este lugar en el gran viaje que había comenzado años ha, en mi juventud? Se había tratado de una búsqueda de inicios y abandonos en las primeras fases. Como la búsqueda de Parsifal del Santo Grial, había sido olvidada y descuidada por largos períodos a veces. Se había afianzado realmente en una continuidad seria cuando conociera a Iris, siete años atrás. Sé ahora que necesitábamos ser compañeros en este – el único viaje importante y esencial del género humano. Y también, como dice Swami, hay un tiempo para todo para cada individuo.

Un buen amigo Sai mío me dijo que mi libro “*El Hombre de los Milagros*”, había estado ubicado en una repisa suya durante diez años antes que lo sacara y lo abriera. Y entonces, sin más demora, comenzó a buscar un Centro Sai al que pudiera asistir; esto fue un rápido trampolín para llegar a las filas del *Darshan* en *Prasanthi Nilayam*, donde fue a sentarse para “mirar a los ojos de Dios”, como lo expresa, a la edad de sesenta años. Ese fue su tiempo preciso.

El caso en que el factor tiempo juega una parte muy definida, aunque inexplicable, es el de Colin Best, acerca de quien escribo en mi libro “*Ahí Donde Termina el Camino*”. Brevemente, a Colin se le dijo, estando en meditación, que un maestro espiritual mundial, incluso mayor que Jesús, estaba en la tierra, mas que Colin no llegaría hasta Él sino hasta dentro de quince años. No tenía la paciencia como para esperar tanto, de modo que siendo un experimentado viajero extra-corporal, fue a sobrevolar la India en su cuerpo astral, pensando que sería el lugar más apropiado para un tal gran maestro. Guiado por una luz, llegó hasta un edificio que pensó era un templo y, entrando a través de un muro, vió a un hombre de cabellos muy crespos sentado sobre un escenario frente a una enorme multitud de gentes. Aunque este hombre le invitó a pasar a la gran sala, fue incapaz de moverse más allá del lado interno del muro. Tampoco pudo descubrir la identidad de aquel hombre con el pelo ‘afro’ ni el nombre del lugar hacia donde le había llevado su luz guía. De modo que retornó a su cuerpo en Sydney. Exactamente quince años más tarde, como por accidente, se topó con una foto de Sai Baba en un libro y supo de su nombre y el lugar en que se encontraba. Entonces, tan pronto como le fue posible, hizo sus maletas y viajó a la India para visitar el *Ashram* de Sai Baba. Había llegado su hora para ser un devoto de Sai Baba.

Por supuesto, hay que decir que el tiempo que nos toma individualmente para llegar hasta el Avatar durante Su vida, representa casi ciertamente el tramo final de un viaje que comenzara muchas vidas atrás. Porque, se dé cuenta el hombre, conscientemente o no, del hecho, el único viaje de necesidad a lo largo de sus múltiples encarnaciones, es el que responde a la búsqueda de Dios. Solamente cuando se ha cumplido este viaje habrá terminado con sus estadías en la Tierra. El primer *darshan* de uno con Sai Baba, ya sea en el *Ashram*, en un sueño o una visión, es por supuesto únicamente el comienzo del último tramo de la Odisea de cada cual hasta las costas Divinas. En esta fase vital del viaje es seguro que habrá muchos problemas y obstáculos – hasta grandes tormentas que harán naufragar su barco y le dejarán aferrándose a una balsa de fe en medio de un mar tempestuoso.

El primer problema podría ser, como lo fuera para mí, la búsqueda de una luz de entendimiento dentro de una oscura nube de ignorancia. “Muchos de nosotros vemos a Sai Baba como un Avatar”, dijo en Príncipe de Venkatagiri, cuando estábamos ambos sentados en un banco en *Prasanthi Nilayam* durante mi primera visita allí en 1966. El santo descalzo de la túnica roja caminaba sobre las rojizas arenas a cierta distancia. Sentí este inesperado comentario como un golpe bajo el cinturón. No sabía exactamente lo que era un Avatar. No le respondí al Príncipe, pero ahí mismo decidí estudiar todos los libros que pudiera encontrar en la Sociedad Teosófica en Adjyar, cerca de Madras, en donde vivíamos desde hacía algún tiempo, mi mujer y yo. Mas esta investigación no me llevó muy lejos. Los libros trataban principalmente de super-seres como Rama y

Krishna, que vivieron hace mucho, en las nieblas de los tiempos. Ellos no tendieron un puente sobre la ancha brecha entre el eterno Dios todopoderoso del Universo y esta pequeña figura humana de rostro dulce y sonriente, moviéndose en un *Ashram* oculto en el remoto interior de la India. ¿Podría verterse el océano en una pequeña botella? ¿Podría comprimirse el universo en un grano de arena? ... me preguntaba.

Por cierto que yo ya me había dado cuenta que había más que podía contenerse en ese frágil cuerpo de cinco pies dos pulgadas de estatura envuelto en la llamativa túnica roja, mas ello no le hacía Dios o, al menos en el concepto que yo tenía de Dios en la época. De modo que, por muchos meses, luché con el concepto de *Avatar*.

Estando junto a Swami la mayor parte del tiempo en esos años, llegué a realizar más allá de toda duda que era alguna clase de super-ser, mas me sentía incapaz de concebirle como el grande y único Dios del universo. No me cabe duda que Él sabía de mi problema y que debió ser en parte para mi beneficio que le hiciera un comentario una mañana a alguien, comentario que me permitiera superar el punto crítico. Por supuesto que ahora sé que Él le ayuda a mucha gente al mismo tiempo con una palabra, una frase o un dicho. Sucedió que estaba parado cerca de Él, cuando un muy resuelto joven indio le preguntó a Swami a quemarropa : “¿Eres Dios?” Swami podía haber respondido simplemente “Sí” como lo había hecho en muchas otras ocasiones. Sin embargo, apuntando Su dedo hacia el joven, dijo, “Tu eres Dios”. Luego comenzó a explicar la profunda enseñanza que le ha sido conocida a unos pocos, y no a las masas, a lo largo de los siglos. En pocas palabras, la enseñanza es que en nuestro núcleo más íntimo, cada uno es divino, mas este núcleo está recubierto, como en el caso de una cebolla, con innumerables capas de ignorancia *mayámic*a y que hasta que las capas de esta cebolla de la ilusión se desprendan y alcancemos el centro mismo de nuestro ser, no tenemos ni la más remota idea acerca de nuestra verdadera identidad. No sabemos que somos descendientes del Uno Divino. Somos *Avatares* – inconscientes del hecho. Somos, como lo apuntara un escritor “dioses con amnesia”. La única diferencia entre Él y nosotros, dice Sai Baba, es que Él es un *Avatar* de Dios y lo sabe, en tanto que nosotros somos *Avatares* y no lo sabemos. Ciertamente que toda la diferencia entre vivir la vida divina del dar y perdonar y la vida humana común y egoísta del conseguir y olvidar, radica en el conocer por experiencia este hecho, según dice. La gran brecha entre nosotros y Sai Baba no tiene por qué mantenerse. Su propósito aquí en la Tierra es el de ayudarnos a tender el puente.

Esta enseñanza me ayudó a superar la brecha en mi entendimiento. El concepto de *Avatar* se me hizo aceptable y, debido a que estaba viviendo ceca de Sai Baba en la época y siendo testigo de Su estilo de vida y sintiendo Sus divinas vibraciones, llegué a aceptar que Él no era nada menos que un *Avatar*. Esto constituyó un importante paso adelante en mi senda interior. Mi propia comprensión del gran ser *Avatárico* se profundizó a medida que se incrementaba mi visión interna de Él durante esos benditos años, como para que mi fe en la verdad de mi convicción se fuera fortaleciendo paulatinamente. Tuve la certeza de haber encontrado la verdad de Su ser y de todos los seres. Cuan bendecido era, por razones que desconozco.

Ciertamente no era yo el único que sostenía la invaluable perla en su palma. Su posesión nos convertía a todos en hermanos y hermanas. Con el paso de los años, empero, tanto yo como todos mis hermanos y hermanas en Sai tuvimos que afrontar algunos violentos ataques contra nuestro conocimiento interno, algunas potentes pruebas de fe. Swami solía decirnos que cuando el árbol de la fe no es sino un tierno retoño, debíamos ponerle rejas por todos lados para protegerlo de sus enemigos – en contra de cabras y ganado que lo romperían en pedazos y lo pisotearían en el suelo. Mas cuando el árbol de la fe ha crecido en tamaño y fuerza, puede retirarse la reja. Aunque también así puede ser atacado por enemigos poderosos como huracanes y tornados.

Las grandes pruebas no llegan sino hasta que nuestro árbol de la fe se haya desarrollado y hecho fuerte, no obstante conozco a algunos individuos cuya fe no sobrevivió a una u otra de estas poderosas pruebas. Sus árboles fueron aplastados. Las valiosísimas perlas que sostenían fueron arrancadas y hundidas en el cenagal y los desperdicios dejados por la tormenta.

He tratado seriamente de analizar y entender la razón por la cual esto ha sucedido. Una razón básica para este fracaso suyo de aferrarse firmemente a su fe es que – viendo a Sai Baba en la forma de un hombre – llegan a pensar que no es más que un hombre; miden sus acciones con la ínfima vara humana y lo juzgan de acuerdo a ello. Olvidan que Su divina visión y entendimiento engloban el pasado y el futuro del género humano, tanto como el presente, del mismo modo en que abarcan los de cada individuo entre Sus seguidores. Una acción correcta dentro de la escala temporal de la magna visión y entendimiento divinos puede que parezca una acción errónea para nuestra muy limitada visión y entendimiento humanos. Hasta el gran Uddhava del *Srimad Bhagavata*, al encontrarse con el Señor Krishna algún tiempo después de la guerra del *Kurukshetra*, criticó al Avatar por la enorme destrucción causada por ella. Esto podría haber supuesto un juicio correcto en términos humanos, mas era ciertamente un juicio erróneo en términos del más amplio conocimiento del *Avatar* respecto del futuro bien para el género humano. Udivar tuvo la sabiduría de bajarse de su pequeño asiento de juicio humano y fue recompensado con las maravillosas enseñanzas contenidas en el *Udivar Gita* (que, en la versión en inglés se anexa al *Srimad Bhagavata*).

Lamentablemente, no todos los que juzgan hoy en día al Avatar desde el nivel de su pequeño asiento humano, poseen la humildad y la veneración necesarias que le permitieran a Uddhava elevarse por encima del nivel humano. No alcanzan a percibir que el defecto reside en ellos mismos por tratar de ajustar la corta cinta para medir humana en torno al ser del inconmensurable *Avatar*. Cometen la equivocación que cometiera Yasoda al tratar de atar al Krishna niño con una cuerda – descubrió que no había sogas alguna lo suficientemente larga como para rodear ese pequeño e infantil cuerpo. Y es así que, cuando la perla de la fe se pierde debido a tales errores humanos, ¿cuántos dolorosos años, siglos en verdad, podrían pasar antes de que se vuelva a encontrar? Dios, quien es eterno y tiene una paciencia eterna, no ve el tiempo del modo en que lo vemos nosotros los batalladores mortales.

-0-0-0-0-0-0-0-0-

9

¿NECESITAMOS UN ‘GURU’?

Si, en base a su raíz sánscrita entendemos la palabra “*guru*” como significando a quien disipa la ignorancia de nuestras mentes, entonces será simplemente sinónimo con la palabra “maestro”. Todos necesitamos maestros y, por supuesto, muchos de estos maestros o *gurus* afectan nuestras vidas. Mas, si entendemos la palabra como significando alguien que disipa la ignorancia fundamental acerca de nuestra propia identidad, nos muestra la verdad de nuestro ser y nos conduce por todo el camino hasta Dios, entonces un *guru* será una persona en verdad muy especial. Una persona así, a menudo es llamada un *sadguru* o un *paramaguru*. El asunto que vamos a examinar aquí es que necesitemos de alguien así.

Una historia relatada por el Sai Baba de Shirdi aclara la necesidad del hombre en este sentido. Por “hombre” significo a alguien que ha alcanzado un punto en su evolución en que sienta la necesidad de poner los pies sobre una senda espiritual. El Sai de Shirdi interviene él mismo en la historia, aunque a veces lo hace en narraciones que relata simplemente como parábolas. Puede que hayan sido historias verdaderas acerca de sí mismo – ya sea en su actual encarnación o en alguna anterior. El relato comienza cuando Sai Baba de Shirdi y otros jóvenes caminaban por una foresta. Los jóvenes discutían variados aspectos de filosofía espiritual y debatían también acerca de si un aspirante espiritual tiene necesidad de un *guru*. Mientras caminaban, conversaban y debatían en la densa floresta, llegaron a perder por completo la orientación. Entonces se encontraron con un

hombre que parecía ser un trabajador, tal vez un guardabosque. Este invitó amablemente a los jóvenes a su choza en medio del bosque a comer, indicando que después les guiaría para salir de la floresta. Lamentablemente, los estudiantes tenían conciencia de casta – consideraron al guardabosque como un individuo de clase baja e ignorante, en tanto que ellos mismos gozaban del beneficio de una educación superior. Por ende, rehusaron su ofrecimiento y siguieron caminando. Como anduvieran en círculo, como les sucede a menudo a quienes se pierden en el bosque, volvieron a encontrarse con el hombre. Magnánimamente, les volvió a extender su invitación, pero el orgullo intelectual y de su saber les hizo rehusar de nuevo. Mas, después de haber avanzado una cierta distancia dentro de la floresta, el joven Sai cambió de opinión. Volvió rápidamente sobre sus pasos y alcanzó al guardabosque. Se disculpó por su brusco rechazo anterior y declaró humildemente que le gustaría aceptar su hospitalidad. Sonriendo contento, el hombre llevó al joven Sai hasta su choza. Cerca de ella había un pozo de agua. El joven Sai, quien ahora se sentía impelido a someterse a cualquier cosa que el guardabosque le pidiera, permitió que le atara los pies con una sogá y le colgara cabeza abajo, suspendido dentro del pozo, con la cabeza casi tocando el agua. A continuación, el hombre se alejó prometiendo volver luego.

Después de una o dos horas volvió y sacó al joven Sai del pozo. Haciéndole entrar a su choza y sentarse, le preguntó cómo se sentía. Sai replicó que la experiencia en el pozo le había producido una gran dicha y, de hecho, aún la sentía. El hombre le palmoteó afectuosamente, hablándole con una voz que – como lo describe Sai – chorreaba miel. Luego le sirvió alimentos puros y naturales para que comiera.

Sai no sentía deseo alguno por abandonar ni la ermita en la floresta ni al hombre. Este lucía como un guardabosque, mas Sai supo instintivamente que este era su *sadguru*. El amor del joven estudiante por su preceptor espiritual fue creciendo con fuerza mientras se sentaba a los pies del maestro, aprendiendo de él y sirviéndole en todo cuando podía. Las discusiones y los debates intelectuales que había disfrutado alguna vez con sus camaradas le parecían ahora vacuos y carentes de valor.

La historia recién relatada contiene una serie de significados simbólicos para aquellos que quisieran transitar por la senda espiritual. La floresta es el mundo material en el que vivimos y que, en gran medida, es ilusorio. En sánscrito se le denomina *samsara*. Este tema promueve muchas discusiones y debates entre gentes que, como nosotros mismos, se sienten ansiosas por aclarar los grandes misterios de la vida y la muerte, y de la realidad que se encuentra más allá de la vida y la muerte – en otras palabras, la interrogante : ¿Por qué estamos aquí? Andamos en círculos, al igual que lo hacían los estudiantes de la parábola, perdiéndonos en el laberinto de nuestras propias mentes. Tales discusiones no pueden tener un valor real hasta que no nos lleven al *sadguru* quien, debido a que conoce el camino de salida del *samsara*, puede guiarnos. Mas antes, será necesario para nosotros que pongamos 'patas arriba' nuestros antiguos valores mundanos – simbolizado por la posición cabeza abajo en el pozo – y ganemos el necesario conocimiento verdadero que el gran guru, con su amor divino, nos impartirá.

El estudiante cuelga de sus pies, con su cabeza cerca del agua de la sabiduría la cual, aunque está muy próxima no es aún capaz de beber. Esto simboliza las austeridades y sacrificios por los que debemos pasar para poder revertir por completo nuestra escala de valores. En palabras de Jesús debemos aprender a acumular nuestros tesoros en el mundo espiritual más que en la Tierra – en donde debemos perderlos rápidamente para descubrir que carecen de todo valor. Puede que tengan un breve valor temporal durante el breve período que pasamos en la Tierra, mas ninguno en la eternidad a la que en realidad pertenecemos.

El hecho que sólo uno de los jóvenes llegara hasta el *guru* que encontraran en la floresta, enseña que nadie llegará hasta el *guru* hasta que no esté preparado; mas entonces ciertamente lo encontrará y reconocerá. A veces el reconocimiento es inmediato, a veces toma un tiempo, como sucedió en el caso del joven Sai.

Naturalmente preguntarán si es necesario que cada individuo tenga un *guru*. Cuando le planteamos la pregunta, Sathya Sai Baba respondió que, en *alguna* vida se hace necesario. Entiendo que esto significa que en algunas vidas no estamos preparados para que el *paramaguru* se haga responsable por nuestras almas y se quede con nosotros hasta el final del viaje. En otras vidas, puede que no sea necesario, debido a que en la anterior tuvimos un *guru* así y encontramos, a través de su guía, a nuestro *guru* interno, o el Dios dentro de nosotros. Mas si ese Dios –el Dios interno – no ha sido plenamente realizado, vendremos nuevamente a la Tierra. Sin un *guru* externo, seremos capaces de alcanzar la plena realización de Dios a través de nuestro guía espiritual interior.

Este fue el caso, pienso, del famoso Ramana Maharshi de Arunachala. Cuando uno de sus seguidores le preguntó si había tenido un *guru*, él replicó que lo había tenido en una vida previa. Otros seres muy avanzados como Sri Aurobindo – aunque no requieren de un *sadguru* para llevarles hasta su meta – parecen necesitar alguna ayuda de un ser externo (que podría denominarse *guru*) para asistirles en la eliminación de la nubes de *maya* que parecen cernirse en torno a todo ser que llegue al nacimiento humano.

El Sai Baba de Shirdi parece haber necesitado de dos *gurus* durante su juventud, uno un fakir musulmán y otro un maestro hindú, para eliminar las escamas de *maya* que encubrían la realización de su propia Divinidad. En su siguiente nacimiento en cambio – como Sathya Si Baba – no pareció necesitar ningún tipo de *guru*. De manera similar, Krishna, el Pleno Avatar de hace unos cinco mil años atrás, no pareció requerir de *guru* alguno para despertarle a su propia realidad divina.

Mas, aparte de estos grandes líderes del género humano, ¿qué pasa con los comunes hijos de la Tierra? No cabe duda que todos nosotros requerimos un *guru* en el antiguo significado indio de ‘maestro’, aunque no sean sino nuestros padres. En mi caso, por ejemplo, mi padre me enseñó agricultura y mi madre, la realidad del mundo espiritual. Más tarde, mis profesores me enseñaron otras habilidades ocupacionales y más acerca de la dimensión espiritual lo recibí de ministros religiosos; mas ninguno de todos ellos habría esperado ser llamado *guru*. Aunque lo son, en el sentido que eliminan la oscuridad de la ignorancia y le traen conocimientos y luz a la mente.

Mas, ¿qué hay del *guru* superior que toma la responsabilidad por nuestras almas y nos conduce hasta el final del camino? Llegamos a un punto en nuestra larga peregrinación de muchas vidas en la Tierra, cuando escuchamos una distante clarinada desde nuestro verdadero hogar espiritual. Es un llamado que no podemos desoir, de modo que comenzamos a empeñarnos por encontrar una senda hacia ese hogar. De alguna manera nos llegan libros a las manos que leemos ávidamente, calmando nuestra sed por el conocimiento que ha de ayudarnos a caminar por la senda. Podemos hacer progresos y descubrir mucho por esta vía. Mas, encontraremos muchos obstáculos que parecen imposibles de traspasar u obviar. Los libros y las ayudas espirituales que llegan a nosotros como por accidente, puede que no nos entreguen las respuestas que necesitamos, porque dentro de los perímetros de los grandes caminos hacia Dios, cada individuo recorre su propia senda. El único que puede ayudar en esta coyuntura es el *sadguru* – aquel que conoce y puede entregar la ayuda necesaria en la senda individual de cada uno. Él estará esperando en alguna parte, pronto a entregar su ayuda.

¿Cómo le encontrarán cuando lo necesiten? Existe una gran ley espiritual que dice que cuando el pupilo está preparado, aparecerá el *guru*. Los jóvenes que vagaban perdidos en la floresta del *samsara* lo ilustran – sólo uno estaba listo y, después de algo de vacilación, reconoció a su *sadguru*. Cuando uno lo encuentra y llega hasta él, uno habrá ingresado a lo que se llama el *gurumarga* o la senda del *guru*. Esto se inscribe dentro del camino conocido como *bhaktimarga* o la senda de la devoción. El indestructible vínculo entre el *guru* y su *chela* (pupilo) es el del amor divino. Otras cosas que se requieren en esta senda, como la disciplina y el conocimiento, serán proporcionadas por el *guru*. Mas, al final, será el poder del amor – y sólo este poder – el que le llevará a uno a la meta espiritual de la reunión con lo Divino.

¿Necesita cada aspirante a la liberación e iluminación a un *sadguru* así? Como nos dijera Sai Baba, sí en alguna vida. Si en una vida pasada – probablemente la última – un *sadguru* le ha

guiado a uno a través de un profundo reconocimiento y aceptación del propio *guru* interno, entonces en esta vida, uno podrá ser capaz de dar, sin ninguna ayuda externa, los pocos pasos finales hacia la autorrealización.

De modo que la respuesta a la interrogante de “¿Necesitamos un *guru*?” es esta : todos nosotros necesitamos muchos *gurus* en la forma de maestros; algunos requieren un *sadguru* o un *paramaguru*. Si fuese este el período de vida vitalmente triunfante en que se esté destinado a romper todas las barreras para llegar al hogar espiritual, entonces tengan presente que sólo unos poquísimos y raros individuos pueden hacerlo solos.

-0-0-0-0-0-0-0-0-

10

EL RENACIMIENTO DE VIVEKANANDA

Un día hacia finales de la década del 60, probablemente 1969, cuando mi mujer Iris y yo estábamos sentados solos con Sai Baba en una habitación de uno de Sus Ashrams, dijo en lo que parecía ser un comentario casual, “Vivekananda ha renacido en Sri Lanka. Cuando su educación y formación se hayan completado, me ayudará con Mi misión.” Recordando la escena a más de veinticinco años de distancia, no creo que apreciara realmente lo bendecidos que habíamos sido al habernos impartido Bhagavan esta gran noticia. No se trataba de que supiera mucho acerca de Vivekananda en ese momento, pero sí sabía que era el líder reconocido de un grupo de monjes que llevaran el puro mensaje espiritual de Ramakrishna Paramahansa al mundo occidental. Ahora, Swami nos estaba diciendo que Vivekananda había venido otra vez a la tierra, desde los más altos ámbitos espirituales, para participar en la misión Sai para el género humano. ¡Qué magna misión habría de ser, con tres encarnaciones del *Avatar* Sai y el gran sabio Vivekananda como ayuda! ¿Era esta una noticia exclusiva para nosotros? Me lo pregunté en el momento. Mas, no. Un joven estadounidense amigo nuestro, Andrew Schwartz, nos dijo más tarde que Swami había hecho el mismo anuncio frente a él y algunos amigos. Naturalmente que muy pronto se corrió la voz entre los seguidores de Sai Baba, e Iris y yo pensamos que era tiempo de averiguar algo más acerca de este maestro mundial que había abandonado su cuerpo en 1902, a la temprana edad de treinta y nueve años, y que estaba destinado ahora a desempeñar un papel en el movimiento de Sai.

Algunos años después, buscando material, tropezamos con un grueso volumen titulado *El Evangelio según Ramakrishna*. Este es un relato casi diario de las enseñanzas del gran maestro al grupo de jóvenes discípulos que venían cotidianamente a sentarse a sus pies en Dakshineswar, en las riberas del Ganges, no lejos de Calcuta. A mi entender, este libro es un clásico espiritual, escrito en forma de diario por uno de sus discípulos que, modestamente, se llama a sí mismo “M”. En sus páginas encontramos un fascinante relato de cómo ese ser conocido más tarde como Vivekananda, encarnara en la década de los 60 del siglo XIX, para encabezar un equipo de monjes que llevaría las enseñanzas de Ramakrishna Paramahansa más allá de la India, hacia los cuatro rincones del mundo.

Considerando el frágil cuerpo físico del Maestro y la extenuante naturaleza del viajar durante el siglo XIX, él no fue capaz de llevar a cabo la labor de difundir él mismo su evangelio. Vivekananda, con la ayuda de otros dedicados monjes, lo hizo por él después de su muerte en 1886.

La visión que Ramakrishna le describiera a sus jóvenes seguidores fue recibida por él estando en *samadhi* y corresponde a la visión de un evento pasado – el importante evento de cómo se iniciara su misión para el género humano y de cómo Vivekananda fue atraído hacia ella. Esta visión de la memoria del pasado, se nos dice, le llevó más arriba de los muchos planos celestiales, incluso algunos habitados por dioses y diosas – de hecho, por encima de todo el universo manifestado hacia un ámbito eterno que no conoce la disolución. Allí vió a siete hombres santos sentados en grupo, profundamente absortos en la contemplación de Brahman. Luego, le pareció que una porción del Absoluto se convertía en un niño divino. El niño caminó hacia los santos y se sentó sobre las rodillas de uno de ellos. Sintiendo el tierno contacto del niño, el santo abrió los ojos y lo miró con gran afecto. El niño dijo que muy pronto asumiría un cuerpo humano y preguntó si el hombre santo quería bajar con él para ayudarlo en su misión para la redención del género humano. El santo accedió. Ramakrishna indicó que el hombre santo era Narendra y declaró también, en respuesta a una pregunta, que él mismo era el niño divino.

Aunque el niño Ramakrishna creció hasta ser un hombre en el cuerpo de su encarnación, se mantuvo como un niño en su corazón hasta el fin de su vida. Se dio cuenta cuando el santo sabio de lo alto encarnó en la tierra en un suburbio de Calcuta, mas el sabio mismo nació envuelto en un velo tan grueso de *maya* como cualquier otro ser humano, que no llegó a darse cuenta de su propia identidad. Lo bautizaron como Narendra y cuando llegó a la adolescencia, demostró ser un joven de notables rasgos de carácter : poseía un gran valor físico y presencia de ánimo, una viva imaginación, profundidad de pensamiento, aguda inteligencia y una memoria extraordinaria; sentía un gran amor por la verdad y pasión por la pureza, un espíritu independiente y un corazón tierno; era un músico experto y, durante su educación, mostró una gran capacidad para la física, las matemáticas, la filosofía, la historia y la literatura; ya desde niño practicaba la meditación y mostró poseer un enorme poder de concentración.

A su debido tiempo, llegó hasta los pies de Ramakrishna, guiado, por supuesto, por el conocimiento íntimo de su propósito en la vida que yacía en lo profundo de su ser. Ramakrishna, sabiendo que en realidad su bienamado Naren – como le llamaba – era un gran sabio, temió que si el gran sabio llegaba a traspasar el *maya* y a conocer su verdadera identidad, podría, en un acto de verdadero *yoga*, dejar su cuerpo y retornar a su hogar espiritual. El maestro se lanzó a instruir a Narendra en la filosofía vedántica no-dualista, mas Narendra debido a su formación religiosa durante la niñez y la adolescencia, consideró que era absolutamente blasfemo el mirar al hombre como uno con su Creador. Un día, en el jardín del templo, le dijo riendo a un amigo, “¡Qué ridículo! ¡Este jarro es Dios! ¡Este vaso es Dios! ¡Todo lo que vemos es Dios y nosotros mismos somos Dios! ¡No hay nada que pudiera ser más absurdo!” Eso era lo que pensaba de las enseñanzas de su maestro sobre el *Advaita*.

Entonces, Sri Ramakrishna salió de su cuarto, situado muy cerca de allí, y le tocó suavemente. El efecto fue que, de inmediato, percibió que en verdad todo era Dios. Un nuevo universo se abrió en torno a él. Volviendo a casa en un estado de aturdimiento, descubrió que el alimento, la vajilla, el que comía, la gente a su alrededor, todo era Dios. Cuando caminaba por la calle vió que los coches, los caballos, los grupos de gentes, los edificios, todo era Brahman, o el Dios Absoluto. A duras penas podía llevar a cabo sus rutinas diarias y sus padres se angustiaron, pensando que estaba enfermo. Cuando la intensidad de su experiencia amainó algo, vio que todo lo que le rodeaba era un sueño. Le tomó algunos días el retornar a un estado de dualismo necesario para funcionar normalmente en la vida. Mas esto fue como un sabor anticipado de la gran experiencia que estaba aún por venir, y se dio cuenta que las palabras del *Vedanta* no-dual representaban la verdad. La experiencia era muy rica y significativa. Se dio cuenta también que en el mundo relativo, era imperativa la necesidad de un Dios personal.

Sri Ramakrishna estaba lleno de júbilo con la conversión de su pupilo favorito. Sería difícilmente sorprendente que el estudiante, considerando lo que había sido antes de su nacimiento, se convirtiera en el discípulo líder. Después de la muerte del maestro, cuando todos los estudiantes célibes – la vasta mayoría – decidieron difundir las enseñanzas del maestro por campos más amplios,

todos adoptaron nombres espirituales. Narendra se convirtió en Vivekananda, el líder de la gran misión.

Habiendo llegado a ganar esta concepción de su grandeza espiritual e intelectual, a aprender de sus inspiradores poderes de liderazgo, y de haber leído una buena parte de las enseñanzas de Vivekananda, me sentí muy ansioso por descubrir como habría de ser su reencarnación. Tal vez pudiera no poseer el apuesto físico ni los brillantes poderes mentales de su encarnación anterior, mas estaría equipado de aquellas facultades y poderes que fueran necesarios para su labor en la misión de Sai. Al igual que muchos otros, yo esperaba su aparición en el *Ashram* de Sai Baba. Mas pasaron los años y no supimos nada más.

Cuando el joven de Sri Lanka hiciera su debut en Prasanthi Nilayam en 1987, me encontraba en Australia. En marzo de ese año llegó con un grupo de personas de su país. Envuelto en los velos de *maya*, era inconsciente de su verdadera identidad – como le había sucedido a Narendra más de cien años antes. ¡Caramba el impacto que estaba por sufrir!

Según sucediera, un buen amigo nuestro australiano, Elvin Gates, estaba en la salita de entrevistas con un grupo que incluía algunas gentes de Sri Lanka – el incógnito Vivekananda entre ellas. Elvin Gates nos contó todo lo que había presenciado, lo cual, lamentablemente, no era mucho, porque la gran revelación había sido hecha en el cuarto de entrevistas privadas, en donde el joven y un amigo estuvieran a solas con Swami. Después de la entrevista, las noticias se esparcieron rápidamente por todo el *Ashram* y numerosos grupos de personas comenzaron a seguir al joven dondequiera que fuera; la gente incluso le esperaba fuera de su alojamiento en uno de los edificios circulares. Esto llegó a convertirse en una molestia tal, que Swami le indicó al joven que se mudara a la hospedería de los estudiantes ubicada afuera de los muros del *Ashram*.

Dos años más tarde, en 1989, tuve la suerte de saber algo de boca del joven mismo y lograr un informe parcial de lo que sucediera en el cuarto interior durante las dos entrevistas que tuvieron lugar, en días sucesivos, en marzo de 1987. Esto se produjo, porque durante nuestra estadía con Swami en 1989, fuimos con Él a su *Ashram* de Brindavan y se nos acomodó, por Su gracia, en la hospedería dentro del recinto, cerca del *Mandir*. Nuestros compañeros invitados fueron, por varias semanas, Ravi Jai Warden y su mujer Penny. Los cuatro nos hicimos muy buenos amigos. Descubrimos que ellos conocían al joven que había sido identificado ahora como Vivekananda renacido. Mientras ellos vivían en Colombo, Sri Lanka, el joven, cuyo nombre era Nalin Sedera, vivía con sus padres, dos hermanos y una hermana, en las afueras de Colombo. Aunque Nalin no era un conocido muy íntimo suyo, sabían que no era un joven común y mundano, sino que, al igual que ellos mismos, estaba en la senda espiritual. Parecía estudiar mucho y pasaba mucho tiempo en meditación. En este sentido al menos, Nalin se parecía a su anterior encarnación, Narendra.

Más tarde, cuando Ravi supo que estaba escribiendo este capítulo acerca del prodigioso fenómeno de Vivekananda, fue tan amable como para acercarse al joven Nalin y pedirle información, haciéndole saber que yo pensaba utilizar cualquier testimonio que prestara. Nalin Sedera accedió, después de considerar el asunto y tal vez meditarlo, y aunque por cierto no describió todo lo que había sucedido durante las dos entrevistas, lo que relató fue de un interés considerable y resulta revelador para quienes buscan el sentido interno de palabras y eventos.

Dijo que antes de venir donde Sai Baba la primera vez – aún sin saber acerca de quien era – había tenido un sueño en el cual Swami, vestido con una bata blanca, le había indicado a una anciana pareja diciéndole que habían sido sus padres en una anterior encarnación. El sueño intrigó a Nalin y anhelaba saber más acerca de los padres y de su anterior encarnación. Tal vez el sueño era una precognición y una preparación para la asombrosa revelación que habría de recibir muy pronto en la salita de entrevistas. No obstante, cuando el joven le pidió a Swami que le dijera algo más acerca de sus anteriores progenitores, la respuesta fue, “Olvídate de eso. Yo soy tu padre y tu madre” – implicando, por supuesto, su padre y madre espirituales. Los anteriores progenitores eran simples instrumentos de un nacimiento anterior y no era importante que Nalin supiera algo más acerca de ellos. Luego Swami le preguntó al joven, “¿Cuál es tu nombre?” Es extraño que Swami a menudo

le pide a las personas que Le digan sus nombres, siendo que sabe muy bien la respuesta. El joven respondió “Nalin” y Swami dijo, “No eres Nalin, eres Naren.” Este era el nombre que Ramakrishna usaba siempre para su amado discípulo Narendra. Luego Swami dijo, “En tu nacimiento anterior fuiste un gran santo. ¿Sabes quien era Narendra?” Nalin respondió, “No, Swami, no lo sé”. Swami continuó, “Narendra era el nombre de Vivekananda.”

De las esquemáticas notas de la entrevista que tomara Nalin de memoria, parecía que Swami le había llevado gradual y suavemente al conocimiento de su identidad. Nalin no indica cual fuera su reacción íntima, aunque sí dice que lloró mucho durante esta primera entrevista, como evidentemente era su derecho.

En un momento, Swami hizo la pregunta que le hace a todos. Dijo, “¿Qué es lo que quieres?” La respuesta de Nalin fue, “Primero, te quiero a ti, Swami; quiero tu amor y también quiero un trabajo”. “¿Por qué quieres un trabajo?”, le preguntó el Señor. “Por dinero”, respondió. “¿Por qué quieres dinero?” le preguntó Swami, y parece que no hubo respuesta.

Dos cosas dichas en la una o la otra de ambas entrevistas dan mucho que pensar. Una es que Swami le preguntó cuando se venía a vivir en el Ashram. Nalin replicó, “En el año 2021.” Ese es el año en que Swami ha anunciado que dejará Su cuerpo de Sathya Sai para nacer un año después como Prema Sai. Naturalmente, deberán pasar algunos años antes que el recién nacido Prema Sai tenga la edad suficiente como para liderar la misión Sai. ¿Significará esto, se pregunta uno, que Nalin – hablando con el conocimiento y la sabiduría del gran sabio que fuera su verdadero Sí Mismo Superior – sabría ya que su labor comenzaría cuando Sathya Sai desapareciera – como, sucediera incidentalmente, cuando Ramakrishna abandonó su cuerpo? ¿Sabía que su tarea para el género humano en la tierra sería la de llenar la brecha entre Sathya Sai y Prema Sai? Vale decir, llenar el vacío hasta que Prema Sai llegue a estar activo como un líder espiritual. Uno podría estimar que ello podría tomar unos veinte años, entre el 2021 y el 2041. Lo cual parece ser una especulación razonable. [Me atrevo a sugerir que, estando la Organización Sai en funciones y todos los proyectos de Swami en marcha – más aún hasta el 2021 – y pensando que nuestro bienamado Swami inició Su misión a los 14 años, Prema Sai puede muy bien alborear en Su Divina Misión unos seis años antes de lo que estima Murphet - N. de la T.]

El otro comentario interesante y algo sorprendente, es que Swami le dijo al joven, “He estado esperando por ti durante ochenta y cinco años”. Como Vivekananda dejara su cuerpo anterior en 1902, la entrevista que le diera Swami a Nalin se estaba llevando a cabo ochenta y cinco años después, en 1987, pero en 1902 Sai Baba estaba activo en Su cuerpo de Shirdi, de modo que debe querer decir que Sai Baba había esperado el retorno del gran sabio desde el final de su anterior vida como Narendra/Vivekananda. Mas Dios no manda a un sabio o a un santo, como tampoco nos manda a nosotros, Sus hijos menores. “Espera con toda paciencia”, como reza el poema. Incidentalmente, he oído decir por alguien que conoce bien el rostro de Nalin Sedera que este ha estado de vuelta en el *Ashram* más de una vez, aunque de incógnito y en secreto. Dado lo sucedido en su primera visita cuando era acosado por la curiosidad de la multitud, necesita del secreto en sus movimientos con el objeto de poder disfrutar de la presencia y embeberse del amor y la gracia del gran Avatar. Esto, junto a la privacidad del estudio y la meditación serán, sin duda, parte de su necesaria formación para la gran tarea divina que le espera en el futuro.

11

UNA VIDA EN LA VERDAD Y LA PRÁCTICA

Los más grandes maestros espirituales de todos los tiempos, desde el Señor Krishna hasta Sathya Sai Baba hoy en día, han enseñando una verdad que en un comienzo no resulta fácil de aceptar. Es la siguiente : Pese a todas las apariencias contrarias, la vida es una. No existe sino un Dios o una existencia absoluta; todo lo que existe a nuestro alrededor forma parte de esa existencia única, de ese Dios único. En el pasado, usualmente, esta verdad le era enseñada sólo a los selectos pocos preparados para recibirla. En las Escuelas de Misterios o religiones del mundo antiguo, por ejemplo, aquellos que eran considerados aptos para una tal verdad eran iniciados en ella por los hierofantes. A las masas se les dejaba creer que lo que veían con los ojos y escuchaban con el oído – las muchas formas de vida y los muchos dioses que gobernaban desde lo alto – representaban la verdad del ser. Grandes maestros están lanzando hoy en día tales perlas de sabiduría a las masas. Saben, por supuesto, que entre las masas hay aún muchos “perros salvajes” que, en palabras de Jesús, se lanzarán a destrozarles. Este es un riesgo que deben correr si desean salvar al mundo y al género humano de un amenazador desastre. Aquellos que han puesto los pies en la senda espiritual aceptan esta verdad interna, no sólo porque la han escuchado de boca de los grandes, sino también porque suena como genuina para la base de verdad dentro de ellos – el *Buddhi* o mente intuitiva.

Mas, aunque puedan aceptar como principio la unicidad de todo, ¿pueden ponerlo en práctica en sus vidas diarias? ¿Pueden llegar hasta ese luminoso ideal que parece tan por encima de lo que es practicable en lo cotidiano, y vivirlo? Es algo como el tentador racimo de uvas que colgaba en lo alto de la cerca de un jardín y que el zorro trataba vanamente de alcanzar en la fábula de Esopo. Cuando ni el más alto de sus saltos logró su objetivo, se consoló a sí mismo diciéndose que tal vez de seguro las uvas eran ácidas, y se marchó.

Aquellos de nosotros que luchamos por llevar a la práctica en nuestras vidas el elevado ideal de la unicidad o la unidad, somos un poco como ese zorro. Fracasamos una y otra vez, mas no debemos olvidarnos de ello como el zorro y alejarnos, pensando que como no podemos practicarlo, no puede ser verdad.

Sin embargo, es justo que nos preguntemos si los grandes que enseñaran esta verdad, la practicarían en sus vidas. Miremos de cerca esa importante cuestión. Ramakrishna Paramahansa, por ejemplo – quien instruyera a un grupo de jóvenes discípulos, en el siglo XIX, y cuyas enseñanzas sus seguidores aún difunden en todo el mundo – dijo que la gran verdad de la existencia era el *Advaita* o no-dualismo y que, en verdad, toda la vida es una. Mas, ¿vivió este gran maestro del espíritu el *advaita* que enseñara? Sí, lo hizo en casi todo sentido, ya que su vida estuvo dedicada por completo a la elevación del género humano. No obstante, al menos respecto a una cosa practicó el dualismo o la dualidad que era opuesta a la no-dualidad que enseñaba. Después de decirle a sus pupilos que la verdad era la no-dualidad, se iba a orarle fervientemente a la Divina Madre en la forma de la Diosa Kali. Entendía perfectamente lo que estaba haciendo decía, mas se excusaba indicando que, al igual que una hormiga, prefería el placer de comer azúcar que llegar a ser uno con el azúcar.

Otro gran maestro, Ramana Maharshi, vivió y enseñó durante la primera parte del siglo XX en su ashram a los pies de la sagrada montaña Arunachala. Habiendo alcanzado el alto nivel de la autorrealización en el que se sabe y se experimenta que todo es uno, era *advaitista* hasta la médula. Enseñó un tipo de meditación que requería de la no aceptación del dualismo. Mas indicó que, cualquiera de sus seguidores que no pudiera alcanzar la meta por esta vía, debía adoptar la senda devocional, es decir el *bhakti marga*. Esto exige el amor y la devoción por un Gran Ser – como quiera que le llamen – y es, sin duda, una práctica dualista. De esta manera, Ramana Maharshi era similar al gran *rishi* del siglo VIII, Adishankara, quien enseñara la filosofía Vedanta del *advaita* o no-

dualidad. Mientras explicaba el *advaita* como la verdad más profunda que pueda alcanzar el hombre, Adishankara decía que entre los instrumentos y condiciones necesarias para la liberación, “sólo el *Bhakti* es supremo”. En otras palabras, parecía decir que, en tanto que el *advaita* es la gran verdad del ser, podría ser como un racimo de uvas en lo alto de una cerca – si uno no lo puede coger, entonces uno debiera usar la senda dualista del *bhakti*, en la que el amor a Dios es la escala que le ayuda a llegar a lo alto de la cerca. En otras palabras, debemos practicar el dualismo de la adoración y el amor divinos para alcanzar la verdad del no-dualismo.

Criado en el cristianismo como el que enseñan las iglesias, yo era un dualista acérrimo. Leía versos como los de Omar Khayam :

*Siendo que todo es uno, ¿para qué sería necesario el pesar?
¿O ese ostentoso mito del tu y yo?
Aquello que llamamos año pasado, hoy, mañana
se funden en el momento de la eternidad.*

Me encantaba el ritmo de la poesía, mas me preguntaba si no sería sino el sueño de un poeta.

Cuando Sai Baba lanzó por primera vez esta perla de sabiduría a mis pies, me encontraba más preparado para recibirla y meditar sobre su valor.

Sai Baba dice que Su vida es Su mensaje. Afortunadamente tenía frente a mí su vida para estudiarla y contemplarla. En todas las palabras y acciones de Su vida nunca pude detectar alguna motivación egoísta o egocéntrica. Mientras más contemplaba Su vida diaria, más certeza sentía respecto a que, mientras partes de ella resultaban difíciles de comprender debido a que Su visión de la vida era tanto más amplia que la mía, sabía que todas Sus acciones apuntaban en una dirección – hacia la elevación espiritual del género humano. Nunca observé ni la más mínima desviación de Su paso en Su gran misión. Me parecía que Sai vivía constantemente dentro de la maravillosa verdad de la unicidad (la unidad de toda vida). Su vida y trabajo apuntan a establecer esa gran verdad en las mentes, corazones y vidas de todos los que Le siguen. Es claro, sin embargo, que no espera que seamos capaces de coger de inmediato todo ese racimo de uvas que cuelga tan alto. En Sus enseñanzas por el *bhakti marga* o la senda del *Bhakti Vendanta*, echa mano a la escala del dualismo para ayudarnos a subir los inescalables muros. Nos enseña, por ejemplo, a rezarle a un ser más allá de nosotros mismos, es decir, a Dios – en cualquier forma y bajo cualquier nombre que le plazca a nuestros corazones. De hecho, mientras más oremos, dice, más progresamos. Aunque emplea todos los instrumentos de ascenso de todos los Yogas, enseña que un amor siempre creciente por Dios es la gran escalera que ha de llevarnos hasta lo alto del muro. De modo que tenemos aquí la práctica de la dualidad con el fin de alcanzar el ideal de la no-dualidad.

La verdad de este gran ideal se fue infiltrando más y más a medida que pasaban mis años en la senda de Sai. Comencé a verlo reflejado en otras enseñanzas religiosas, aunque no fuera sino como un asordinado comentario. En el cristianismo, al igual que en otras religiones semíticas, se nos enseña que Dios hizo el cielo y la tierra. De modo que todo lo que hay en ellos, incluyendo las almas separadas, proviene de Dios y es una proyección o parte Suya. Pareciera ser, de acuerdo a esta teología que todo ello permanece separado de Él por la eternidad, como sucede también en las enseñanzas de grandes *Vedantines* como Ramanuja y Mahadevin – son de Su esencia y no están separados realmente, aunque parecen estarlo.

Parece que la verdad de la unicidad constituye el fundamento de todas las grandes religiones. ¿No murió Jesús en la cruz para hacer retornar al género humano a la unión con Dios? ¿Cómo es que llegamos a olvidar esta unicidad de todo y tenemos que aprenderla de nuevo? Las diferentes filosofías espirituales tienen diferentes explicaciones para ello.

En un extremo se encuentra el fascinante mito del Jardín del Edén, que muestra a Dios haciendo al hombre y a la mujer y dándoles Su propio aliento como su espíritu de vida. Les muestra paseando y hablando con Él como su propio padre en el Paraíso del Jardín. Al tomar su propio

camino en contra de la voluntad divina, perdieron su conciencia de unidad con Dios. Todos sus descendientes – vale decir el género humano – nacieron en el estado de ignorancia de su unidad con lo divino. Creo que es esto lo que se quiere significar con pecado original – un estado de olvido en el cual nacemos. Llegamos a este estado de oscurecimiento, el velo de Isis de los egipcios, el *maya* de los hindúes. Es como una niebla en la mente de la que debemos encontrar nuestro camino de salida.

En el otro extremo de la lista de explicaciones se encuentra la del gran Pitágoras quien ve mónadas de conciencia emanando como chispas del fuego del gran Ser, la Existencia única junto a la cual no hay una segunda – las mónadas individuales son partes del Uno, son sembradas así como el agricultor planta semillas en el suelo del universo de Dios. Si esas mónadas tuvieron originalmente memoria de su unicidad con Dios, indudablemente la perdieron cuando comenzaron su evolución y crecimiento a través de los reinos minerales, luego los vegetales hasta llegar finalmente al mundo animal y, desde allí, dar el paso ascendente hacia la desarrollada conciencia de sí mismo del hombre. No obstante, incluso en este estado, no se ha reestablecido aún su vínculo con su origen divino. Nosotros los seres humanos debemos aprenderlo por el arduo camino de la escuela de la tierra, antes de que podamos dar el próximo paso hacia arriba.

Cualquiera sea la verdadera explicación de cómo se rompiera un eslabón en la cadena de nuestra memoria, sigue en pie el hecho que nosotros, los seres humanos, estamos caminando por la tierra completamente inconscientes de nuestra verdadera identidad divina. Pensamos que estamos viviendo en un mundo de extraños, algunos de los cuales nos agradan y otros que nos desagradan, algunos a quienes amamos y otros a quienes aprendemos a odiar. La verdad del asunto es que, al igual que Dios mismo, son más próximos a nosotros que nuestras manos y pies. Cada uno de estos extranjeros, desde la China al Perú, es uno con nuestro propio Yo Mismo. Cada uno participa del Divino Aliento que Dios soplara dentro del hombre. Cada uno es una simiente de conciencia de la Conciencia Absoluta de Dios. Cada uno es una chispa del Fuego Divino único. Mas, aunque podamos aceptar la verdad de todo esto en teoría, como todos deberán hacerlo al final, no hemos alcanzado la parte alta de la cerca en donde el dichoso premio, el divinamente dulce racimo de uvas está esperando. Cuando lo hayamos alcanzado y probado la fruta, experimentaremos en nuestro ser mismo la bienaventurada verdad de la unicidad.

Mas, ¿cómo alcanzamos esta luminosa meta de la vida humana? Mucha gentes, en especial las que se encuentran en la senda espiritual, tienen visiones unitarias de la unicidad. Mi amiga Susan Austin, quien es una ferviente seguidora de Sai Baba, me dijo que una vez estaba tendida en una pradera, sola y con ánimo de meditación. Repentinamente tuvo una alteración de la conciencia en la que vio todo como una sola cosa. Ella formaba parte de esa unicidad. “Era una con el pasto, con los árboles y con el cielo”, dijo. Fue una maravillosa experiencia, aunque no duró sino un par de minutos.

He escrito acerca de mi propia experiencia unitaria en otra parte. Aquí diré tan sólo que me encontraba absolutamente rodeado por la Luz Divina, el *Jyothi*. Todo no era sino uno en esa luz que me alborozaba. Después de unos instantes, pude observar como un panorama del mundo a la distancia – parecía estar esperando para volverme a rodear. Sabía que la Luz era una faceta del Dios Único y que era la Verdad, y que el mundo de la dualidad que me envolvería muy pronto de nuevo, era nuestra necesaria escuela, aunque sólo una realidad temporal.

A veces, una visión de unidad puede llegar a cambiar por completo la vida de alguien, como sucediera con la experiencia de San Pablo en el camino a Damasco. Allí él vio la Luz y escuchó una voz. Sufrió de una ceguera temporal, la que fue curada en Damasco por uno de los seguidores del Cristo al que había estado persiguiendo. Esto produjo un vuelco total en su vida.

Tal vez la mejor ilustración del gran ideal de la unicidad o la no-dualidad y la necesidad práctica de la dualidad en este campo de entrenamiento de la tierra, sea la historia de Narendra (Vivekananda) que entregara en el capítulo anterior. Aunque estemos sumidos en la dualidad aquí, el conocimiento de la verdad de la no-dualidad sazonará nuestras vidas y cambiará nuestro modo de

vida – deberá conducir inevitablemente a la paz, la no-violencia y el amor universal que son expresiones de la unidad con toda vida.

Existen algunos pocos en la tierra, los cuales, como Ramana Maharshi, llegan a coger las uvas de la iluminación de un salto, pero la mayoría de nosotros somos como el decepcionado zorro de Esopo que fracasara en su intento. Mas no debemos ser como él y decir que el premio no vale la pena. Hasta la más alta y difícil de las cercas puede escalararse con el equipo, la técnica, la práctica y la determinación adecuadas. ¿Qué equipo es el que requerimos para conquistar esta altura que representa el obstáculo más importante y formidable en nuestro viaje de la vida?

En primer lugar, habremos de tener absoluta confianza en nuestra meta. Debemos tener plena fe en que en las alturas, por sobre nosotros, se encuentra la gran verdad que estamos buscando. Es igualmente importante el que tengamos el valor y la fuerza de voluntad que nos ayuden a ascender hasta esas alturas, venciendo todos los peligros. Todo ello forma parte esencial del equipo en que podemos confiar que nos sostenga. Aunque debemos reconocer que no podemos vivir el concepto no-dualista en nuestra existencia cotidiana, sí podemos empeñarnos en practicarlo cada vez más. Todas las técnicas de disciplina espiritual, conocida como *Sadhana*, nos ayudarán para esto. Algunas de ellas son la oración, la meditación, el estudio de las grandes escrituras. El pensar, hablar y actuar de manera desinteresada y amable, el practicar de abrir el corazón para enviar amor no sólo a Dios en cualquier forma que Lo podamos imaginar, sino a todos los seres humanos. Todos son personificaciones de Dios.

Un método muy poderoso para desarrollar ese amor que constituye la esencia de la unicidad, es el de prestarle servicio a nuestros congéneres. Sai Baba alienta a Sus seguidores para prestar cada vez más servicio de este tipo. Para él hay necesidad de todas partes, pero especialmente en los países devastados y destrozados por la guerra [podría agregarse también ahora -2005- por las fuerzas de la naturaleza – N. de la T.] Para parafrasear lo declarado por Jesús cuando hablara de servicio : Porque lo que hagan por el más pequeño de mis hijos, me lo habrán hecho a Mí” Esto lo entendemos mejor cuando sabemos que Dios está en todos. En este servicio radica la felicidad y se incrementa el amor a Dios. Estas prácticas diarias de *Sadhana* nos proporcionan los garfios de escalamiento para ascender hasta las uvas de la iluminación.

En algún punto de las alturas vertiginosas, cuando el valor y la confianza parecieran vacilar y la fe haya sido puesta a prueba casi hasta el límite, llegaremos hasta una escala que ha sido descolgada desde lo alto – esta es la escala del amor y la gracia divinos. Ella habrá llegado gracias al amor y la devoción constantes hacia Dios que hemos mostrado en todas nuestras empresas. Con ella, Él nos iza hasta lo alto de la cerca en donde podemos gustar de la divina fruta de la iluminación. Mirando más allá de esta cerca vemos un mundo nuevo, porque habremos ingresado a un nuevo estado de conciencia en que todo es uno y la separación no es más que un ostentoso mito del pasado. Podemos permanecer sumidos en esta bienaventuranza de la unicidad que es llamada *Nirvana*, o podemos, después de un período, ser llamados a cruzar de regreso la cerca, por amor a nuestros congéneres, para ayudarles en su doloroso empeño por alcanzar la misma meta a la que llegáramos. Entonces seríamos almas libres en el mundo, sin *karma*, y podríamos vivir con una conciencia plena de nuestra unicidad con todo. Veríamos la aparente separación en este mundo como un velo de ilusión.

Me parece que, aunque la verdad de ser es la unicidad de todo, su práctica en este mundo, en esta vida humana puede a lo sumo ser sólo parcial hasta que no hayamos alcanzado nuestra meta de iluminación – la realización de la unicidad. Entonces, podrá ser vivida en plenitud esta verdad, ya sea aquí en la tierra o en algún ámbito espiritual. El recordar por completo quienes somos y vivir la vida del amor divino o de la unicidad es el propósito de la prolongada peregrinación del alma en la tierra.

12

JUNTO AL CORAZÓN DESTROZADO DE UNA CIUDAD

Habíamos estado una vez en Ciudad de México y no teníamos el menor deseo de volver. La ciudad, construida sobre islotes en un lago era, a no dudar, grandiosamente bella cuando los conquistadores españoles la vieron por primera vez, mas las aguas fueron drenadas posteriormente y parte de la ciudad se posó sobre el fondo del lago. Esto causó que algunos edificios se inclinaran en ángulos aún más críticos que el de la Torre de Pisa. Mas no era eso lo que nos disgustaba. Encontramos que el lugar era demasiado grande (hemos oído que es una de las ciudades más extensas del mundo), demasiado ruidoso y sus gentes se ven melancólicas y taciturnas, no siendo ni amigables ni acogedoras. Además, puesto que está a una altura de más de 2.500 metros (superior a la de cualquier montaña australiana), esperábamos que el aire fuera vigorizante y fresco – en cambio encontramos que estaba más contaminado que el de Los Angeles, debido a un sobredimensionado parque automotriz.

De nuestro primer viaje, recordábamos como los vehículos corrían compitiendo unos con otros – casi agresivamente – por la amplia avenida central, el Paseo de la Reforma, que cuenta con seis pistas principales y una extra a cada lado, bordeada por jardines con césped, flores y árboles. Las tranquilas áreas verdes rodeaban un mundo loco – las calles transversales nos apretaban el corazón de temor, incluso en los pasos peatonales. La vida y la integridad física parecían carecer de importancia en el jadeante corazón de la gigantesca y desordenada ciudad. El único recuerdo grato que llevamos con nosotros fue el del ballet español.

No teníamos intención alguna de volver, mas las circunstancias nos llevaron allá y aterrizamos justo antes del gran terremoto de 1985. ¿Por qué estuvimos destinados a llegar en medio de un gran terremoto a una ciudad que no nos era grata? ¿Era, quizás, debido a esta falta de amor nuestra? Sai Baba enseña que debemos aprender a amar a *toda* la gente. Nuestros hermanos y hermanas dondequiera que se encuentren.

Nuestra razón para volver fue bastante mundana. Tentados por altas tasas de interés, habíamos invertido dinero en un banco mexicano mientras vivíamos aún en Estados Unidos con Walter y Elsie Cowan, los que también tenían inversiones en México. Creyendo en su sagacidad financiera, nos embarcamos también – transferimos dinero de un serio banco estadounidense, en donde se había acumulado gracias a cosas que había escrito para el mercado estadounidense, años atrás en 1971. Aún conservaba su valor frente al dólar y ganaba buenos intereses cuando visitáramos Ciudad de México en 1975. Sentí una vaga advertencia interior acerca de la seguridad de nuestro dinero entonces, mas la ignoré – diez años después, nuestro capital en pesos mexicanos se derrumbó a sólo una décima parte de su valor en dólares al momento de nuestra inversión. Además, el dinero no podía ser sacado fuera del país. Para evitar que se desvaneciera en la nada, decidimos viajar allá y gastarlo en cosas que pudiéramos necesitar, por ende, incluimos México en nuestro viaje alrededor del mundo en 1985. Llegando a México retiramos todo nuestro dinero del banco y nos fuimos a visitar algunas grandes tiendas por departamentos. Pero, antes de ir muy lejos en el programa de compras, sentimos que habíamos de atender a dos cosas importantes.

Una era contactar a una pareja que habíamos conocido en Prasanthi Nilayam en la India : Luis y Gail Muñoz. Ellos administraban uno de los pocos restaurantes vegetarianos en la Ciudad de México. Además, tenían una librería y una empresa editorial. Años antes habían publicado una edición en castellano de mi primer libro sobre Sai Baba, *El Hombre de los Milagros*. Su hijo, el joven Luis, era en la época un estudiante en el colegio universitario de Sai Baba en Prasanthi Nilayam. No podíamos perder la oportunidad de visitarles.

La otra cosa era aún más urgente. Nuestro hotel, en donde habíamos hecho reservaciones por intermedio de un agente de viajes, resultaba inadecuado – queríamos encontrar uno más cerca del corazón de la ciudad. Después de visitar varios en la vecindad del Paseo de la Reforma, encontramos finalmente uno que parecía estar llamándonos. Estábamos parados en el borde de césped bajo los árboles, con las seis vías de un tráfigo al parecer sin fin rugiendo tras de nosotros, y mirando hacia la calle adoquinada, como del Viejo Mundo, que se extendía frente a los edificios. Como anidado entre las elevadas estructuras de metal y cemento, de múltiples pisos, había un modesto y pequeño hotel. No tenía sino cuatro pisos y lucía como habiendo sido construido en una época en que la calidad contaba más que la apariencia. Su aire europeo nos atrajo a Iris y a mí. Pero sabíamos desde la anterior visita, que el ruido del tráfico se mantendría hasta bien entrada la noche. “Puede que tengan alguna habitación tranquila en la parte de atrás”, dijo Iris, de modo que atravesamos la angosta calle con adoquines y entramos. El foyer de la recepción se veía muy tranquilo y acogedor, con varios sillones y cuidadas plantas en maceteros. En la pared colgaba un retrato al óleo de un general español; en una ubicación privilegiada se ubicaba una estatua de tamaño natural de San Francisco – como supimos después, no era del santo de Asís, sino de un español que no conocíamos. En el mesón de la recepción nos saludó un caballero de edad y de porte distinguido – parecía la personificación de la cortesía española. Nos indicó que podía darnos una suite muy tranquila en el tercer piso y la parte de atrás del hotel.

Nos instalamos antes de salir en busca del restaurante vegetariano de nuestros amigos Sai. Este se encontraba a una distancia precisa de la gran avenida como para que el entorno fuera tranquilo. Gail se sorprendió mucho al vernos, nos saludó con una gran cordialidad y nos hizo servir un delicioso almuerzo. Nos dijo que Luis, su marido, se encontraba en viaje de negocios fuera de la ciudad. Ya sabíamos que su hijo Luis estaba en la India; su hija estaba en casa con Gail. Después de almorzar nos llevó a conocer la librería y editorial. Me sorprendió ver una triple fila de autos estacionados frente a la tienda, y Gail estacionando tranquilamente el suyo en tercera fila. “¿Cómo salen los autos que están más adentro?”, pregunté. “De alguna manera...” dijo, mientras movía la mano con indiferencia y nos hacía entrar a la librería.

Gail se ofreció para llevarnos al día siguiente a una reunión en el Centro Sai Baba de Ciudad de México. Aceptamos encantados. Estábamos ansiosos por conocer a tantos devotos mexicanos como fuera posible. También se ofreció para conducirnos de regreso a nuestro hotel, pero preferimos caminar. Queríamos mirar las tiendas y, tal vez, hacer algunas compras por el camino.

Compramos una o dos cosas y regresamos al hotel al final de la tarde. Determinados a poner manos a la obra con lo de gastar sabiamente nuestro dinero mexicano en el corto tiempo que nos quedaba, decidimos acostarnos temprano para comenzar las compras a primera hora la mañana siguiente. Mas ello no habría de suceder.

Nuestra habitación era, en verdad, una combinación de sala de estar-dormitorio con una toilette y ducha anexas. El temprano sol de la mañana brillaba por la ventana de la ducha estando en mi turno de bañarme. Estaba de pie gozando de la caída del agua sobre mi piel, cuando, de pronto, parecieron balancearse las murallas. “¡Dios mío! ¿Me está dando un ataque de vértigo?”, pensé. Entonces comencé a oír como caían los azulejos de las paredes al suelo en la toilette. La voz de Iris sonó urgida desde el dormitorio, “¡Un terremoto! ¡Sal pronto!” Cogiendo mi toalla, me sequé rápido y me acerqué a Iris. Para entonces, las murallas se balanceaban peligrosamente.

Armados con nuestra experiencia de los raids de bombardeo en Londres durante la guerra, corrimos rápidamente un divan por el suelo ondulante y lo colocamos bajo una gruesa viga expuesta que cruzaba el cielo raso de un extremo al otro de la habitación. Nos sentamos en él y observamos como se sacudían las paredes y el cielo raso – nos sentimos como pájaros posados en una rama y azotados por un fuerte viento. Podíamos oír como se quebraban los vidrios de las ventanas y caían ruidosamente al piso; simultáneamente, se desprendían grandes pedazos de yeso del cielo raso y de los muros y cubrían el piso de escombros. Afortunadamente, nada nos golpeó a nosotros. Supusimos que la fuerte viga resistiría, a menos que temblara tan violentamente como para demoler el

edificio. Poniendo nuestra fe en Dios, nos quedamos sentados allí, repitiendo el *mantra* “Om Sai Ram”.

Habíamos estado una vez antes en un sismo, mientras dormíamos en una glorieta de construcción liviana en el jardín de la residencia de los Cowan en Tustin, California. Pero ese había sido un sismo suave, de unos seis grados y fracción en la Escala de Richter. Mientras oíamos como se derrumbaban los grandes edificios alrededor de nuestro pequeño hotel, sabíamos que este era algo mucho mayor y más devastador.

Nos acordamos de los bombardeos en Inglaterra durante la II Guerra Mundial. En esos raids a uno o le caía una bomba y sufría los daños, o escuchaba como se alejaban los bombarderos y sabía que el raid había terminado. No existía la amenaza de edificios bamboleantes – con la espantosa tensión de esperar que se derrumben sobre uno en cualquier momento. El movimiento parecía interminable y le rezábamos a la Madre Tierra para que cesara sus terribles sacudidas.

La Madre Tierra se tomó su tiempo – mas quizás, si se hubiera medido el tiempo, no habría sido tan largo. La gran viga resistió, mas la habitación era un desastre cuando terminó la última sacudida. Le dimos las gracias a Dios, le enviamos un beso a la viga que nos protegiera y descubrimos que, misericordiosamente, podíamos aún hervir agua para prepararnos un pote de te. Lo bebimos antes de vestirnos y salir al corredor. La puerta de la habitación frente a la nuestra estaba abierta y vimos que la cama estaba cubierta por un gran trozo del cielo raso. Sabíamos que el ocupante era un joven de El Cairo, de modo que fuimos a ver si estaba bien. Se notaba que la cama había sido ocupada, mas él no estaba por parte alguna.

Caminamos cuidadosamente por el corredor cubierto de pedazos de yeso y bajamos una escalera llena de escombros. El ascensor, naturalmente, no funcionaba. Exceptuando los vidrios quebrados de la puerta principal y las ventanas, el foyer se veía prácticamente incólume. San Francisco estaba aún sobre su pedestal; el general español colgaba aún de la pared. Los sillones estaban todos ocupados ahora. La gente andaba de un lado al otro, la mayoría estaba frente al mesón de la recepción. Todos esperaban ansiosamente pagar sus cuentas y salir del hotel – y de Ciudad de México – tan rápidamente como les fuera posible. Nos sentimos aliviados al ver sano y salvo al joven egipcio. Se acercó a nosotros hablando lleno de excitación, “¡Jesús me salvó! ¡Jesús me salvó!” “Me alegro – le dije – pero ¿y cómo?” “Muy temprano en la mañana me lo advirtió, internamente. – dijo el joven – me levanté, me vestí y bajé al foyer antes de empezar el terremoto. Salí y me paré bajo los árboles, observando como los edificios del entorno se derrumbaban. Nuestro hotel se balanceaba, mas no se vino abajo.” Le dije, “Lanzó una gran parte del cielo raso sobre su cama. Eso lo vimos. ¿Qué planea hacer ahora?” Su respuesta fue inmediata, “Tan pronto como consiga un taxi, me voy al aeropuerto. Si no consigo un vuelo a Egipto, me voy a cualquier parte – siempre que esté lejos de Ciudad de México.”

El resto de la gente en el hotel parecía tener la misma idea. Todos querían alejarse de la ciudad. Si no hubiera aviones suficientes para llevarles, dormirían en el suelo del aeropuerto hasta conseguir una plaza – con destino a cualquier parte.

Cuando se despejó el mesón de la recepción, nos acercamos Iris y yo. El distinguido español que habíamos visto el día anterior había perdido mucho de su porte – su rostro lucía demacrado, los ojos irritados. “Gracias a Dios que nuestro robusto hotelito ha sobrevivido”, le saludé. Me respondió con una triste sonrisa. “San Francisco lo ha salvado hasta ahora – dijo – aunque es seguro que habrá más remezones”. Entonces, mirando sus papeles, agregó, “Tienen cancelado hasta la noche de hoy.” “Sí”, le dije, “queremos quedarnos, tenemos reservas en un vuelo de mañana a Nueva York.” “¡Quedarse esta noche!” exclamó con una sorpresa rayana en el horror. “Todos los demás se han ido. No será seguro quedarse aquí por más tiempo. El hotel les devolverá su dinero.” “No”, le respondí. “Creo que es tan seguro como cualquier otro lugar en la ciudad, mucho mejor que dormir en el atestado aeropuerto. Además, puede que no haya otro remezón.” Trató de seguir argumentando, mas al ver que estábamos decididos, dijo, “Tendrán que firmar un documento indicando que no responsabilizarán al hotel por algún daño que puedan sufrir.” Accedimos, sabiendo

que en ningún caso podríamos hacer responsable al hotel por algo que sufriéramos durante un terremoto.

Luego envié a un asistente donde la administradora del hotel, Marta, para que viniera a ayudarme. Pensé que tal vez ella podría convencernos para que nos fuéramos. Marta resultó ser una atractiva joven, de baja estatura, cabellera y ojos oscuros, una tez más bien pálida y un muy buen dominio del inglés. Escuchó por unos instantes lo que tenía que decir el recepcionista. Luego, mirándonos, anunció con firmeza, “El señor y la señora Murphet pueden quedarse si lo desean. No necesitan firmar documento alguno. Múdenlos a la suite del primer piso, al frente – la que ha sufrido el menor daño.” Nos lanzó una amistosa sonrisa y se marchó.

La suite a la que nos cambiaron estaba relativamente poco dañada. Algo de yeso se había desprendido de un muro; las ventanas habían perdido los vidrios y también una puerta de vidrio que se abría hacia un pequeño balcón que miraba hacia el Paseo de la Reforma. Era una suite de lujo y supimos que no habría tráfico por la gran avenida para perturbar nuestro descanso. Nos sentimos contentos de estar allí.

Como lo habíamos esperado, el boulevard central de Ciudad de México estaba tan silencioso como una tumba... o casi. A raros intervalos sonaba el ulular de una sirena de ambulancia o de un carro de bomberos. Iris siempre llevaba consigo los elementos para nuestro desayuno, de modo que nos alimentamos y salimos para ver lo que quedaba de la golpeada ciudad.

A lo largo del Paseo de la Reforma, muchos de los orgullosos, elevados y rutilantes edificios de ayer no era más que un gran montón de escombros. En algunos, se sostenían unos trozos de muro que parecían dientes gigantes. Temimos que miles de personas pudieran estar enterradas bajo las inmensas montañas de escombros. Llegamos, por último, a la calle que salía de la avenida hacia el restaurant vegetariano de Gail – de pie aún, como vimos con alivio, aunque cerrado. Golpeamos a la puerta, mas nadie respondió. Después de esperar largo rato e intentarlo repetidamente, concluimos que el lugar estaba vacío. Volvimos a nuestro hotel para telefonar a Gail. Podía haber estado herida – o hasta muerta – por causa del terremoto.

Llegamos a la avenida principal e hicimos señas a un bus que iba en nuestra dirección. Se detuvo de inmediato, aunque no estábamos ni cerca de una parada. Los demás pasajeros nos sonrieron cuando subimos, como si hubiéramos sido miembros de sus familias. Le tendimos el dinero del pasaje al conductor, pero este sonrió y sacudió la cabeza, “No, el bus es gratis hoy”. Todos eran tan amigables, tan cálidos y afectuosos que, en lugar de descender en nuestro hotel, seguimos viaje hasta el final del recorrido. Mas, su viaje fue interrumpido por montones de escombros. Habíamos hecho un largo recorrido y la mayoría de los pasajeros habían descendido ya. Eramos los únicos dos que quedaban cuando giró para volver por el mismo camino que había venido. Recogimos mucha gente en el trayecto de regreso y vimos que también ella parecía haber sido transformada. Era como si en el corazón roto de su ciudad, hubiera encontrado el propio centro de su corazón, haciéndolo uno con todos los demás.

Mientras recorríamos la ciudad seriamente dañada, pensamos en aquellos que podrían yacer muertos o gravemente heridos bajo las ruinas de los gigantescos edificios. Sentimos la unidad con todos aquellos que siguieran vivos, como si pudiéramos abrazarles junto a nuestros corazones. ¿Por qué se requiere de un desastre, nos preguntamos el uno al otro, para transformar el odio en amor, para hacernos ver a los extraños como nuestros hermanos y hermanas, como nos lo enseña Swami?

De regreso en el hotel, conseguimos comunicarnos telefónicamente con Gail, después de algunas dificultades. Tanto ella como su hija se encontraban bien, nos dijo. No se había abierto el restaurant, porque no podían llegar abastecimientos a la ciudad. La reunión de Sai Baba, programada para esa tarde, había sido cancelada porque todos los miembros del Centro estaban dedicados al Servicio Sai. “Eso suena muy bien – repliqué – ¿qué están haciendo?” “Ayudando a rescatar a gentes que hayan quedado sepultadas bajo los escombros”, replicó. “Después, los atienden, les dan a beber algo caliente y llevan a los más seriamente heridos a hospitales.” “Swami

lo aprobaría, – dije – y espero que tu hijo no se inquiete demasiado cuando se entere del terremoto por la prensa.” La voz de Gail sonó algo preocupada cuando respondió, “¿No piensas que Swami podría haber sabido del terremoto y haberle dicho que estamos bien?” Escuché entonces la voz de Iris a través de la otra extensión, “Estoy segura que lo hará, Gail. Tu hijo sabrá que están bien mucho antes que lea algún informe en la prensa. Swami se lo va a decir.” “Gracias”, replicó Gail y agregó, “Mi marido pudo comunicarse por teléfono temprano hoy. Volverá mañana.”

Como era de esperar, todas las tiendas que aún estaban en pie, estaban cerradas – se había acabado nuestra fiesta de compras. Nos preguntamos dónde podríamos almorzar. Caminamos y caminamos por muchas calles desiertas, muchas con escombros que nos bloqueaban el paso. Cansados y con los pies adoloridos nos encaminamos de regreso al hotel. Pocas cuadras más allá, encontramos un pequeño restaurant que ofrecía comidas. Nos sentamos en una mesita y pedimos una ensalada vegetariana que nos supo a platillo para los dioses. Luego nos servimos un postre muy rico.

Fue así que, dos cuerpos refrescados y reabastecidos llegaron de vuelta al hotel. El recepcionista jefe nos miró con ojos tristes, como si pensara que estábamos locos al quedarnos en el hotel. Había otro hombre hablando con él, y nos presentó al extraño diciendo que era su hermano y que conducía un taxi. Aprovechamos la oportunidad para contratarle, para que nos lleva al aeropuerto a la mañana siguiente. El recepcionista se mostró satisfecho, como si hubiera sido nuestra primera señal de sanidad mental.

“De modo que piensa que tendremos réplicas”, les comenté a ambos. “Sí” respondieron. “Y esta vez, puede que nuestro hotel no sobreviva”, agregó el recepcionista. “¿No cree que San Francisco lo sostendrá?” pregunté. No respondió a eso, sino que dijo simplemente, “Un segundo remezón se puede producir en cualquier momento”. Su hermano agregó, “Si quisieran ir al aeropuerto ahora, todavía puedo encontrar la manera de pasar. Después de otro sismo, ¿quién sabe?” “El aeropuerto debe estar atestado y sería incómodo dormir allá”, respondí. “Creo que confiaremos en San Francisco”.

Les dejamos para dirigirnos a nuestra suite en el primer piso. Descansamos en dos sillones, mirando a través de los quebrados vidrios hacia la gran avenida vacía. Reinaba por todas partes un espectral silencio, como si la ciudad estuviera conteniendo el aliento en espera de un evento aún más devastador. “Me pregunto cuánto más habremos de esperar para este anunciado segundo remezón”, comentó Iris. “Simplemente no lo esperes; puede que nunca se produzca. – le dije – Swami dice ‘vive el momento y sé feliz sean cuales sean las circunstancias’.” “La ciudad luce como si hubiera sido un terremoto espantoso. Me pregunto ¿qué magnitud habrá tenido en la escala de Richter?” dijo Iris. “Lo averiguaremos – si vivimos”, repliqué. Supimos más tarde que el terremoto de Ciudad de México había tenido una magnitud de 8.1 en la escala de Richter – uno de los más violentos registrados. (Un geólogo amigo me informó que entre los terremotos más grandes registrados desde que hay constancia, se cuentan el de Chile en 1960 que tuvo una magnitud de 9.5 en la escala de Richter, y otro en Alaska con una magnitud de 9.0).

Iris se ofreció para leer en voz alta un libro que habíamos estado disfrutando, mas preferí tomar una siesta y pronto dormía profundamente. Me despertó la sirena de una ambulancia que corría por la avenida, allá afuera.

Iris, preparando una merienda en base a nuestras provisiones de viaje, dijo, “Debiéramos irnos temprano a la cama, ya que el taxi vendrá por nosotros casi de madrugada.” Aún no había oscurecido totalmente, cuando nos metimos en una comodísima cama. Mirando hacia el cielo raso, noté que esta habitación también tenía una viga expuesta que la atravesaba por la mitad – pero confié en que no la necesitaríamos.

Este pensamiento casi no alcanzó a pasar por mi mente, cuando la cama comenzó a sacudirse – había empezado el segundo remezón. Saltamos de la cama y, de nuevo empujamos un diván para colocarlo bajo la viga. Por segunda vez observamos, con la poca luz que entraba por los

ventanales rotos, como las paredes se bamboleaban de un lado al otro. Con la mente puesta en lo Divino entonamos nuestro mantra “Om Sai Ram” en voz alta. Oíamos caer al suelo el enlucido proveniente del cielo raso y de las paredes. Los pocos vidrios que quedaban en la puerta y los ventanales también cayeron estrepitosamente, no obstante, aunque el suelo bajo nosotros se sacudía, el diván se mantuvo en su lugar por debajo de la gran viga. Oíamos ruidos desde afuera de las ventanas, que sonaban como si todo lo que quedara en pie en la mañana se estuviera derrumbando ahora sobre los montones en el suelo.

No sé cuanto duró esta sacudida, aunque parecía algo más breve que la anterior; mas esta vez oímos más estrépito cerca del hotel. Cuando el sismo terminó, nuestra habitación estaba aún intacta y le dimos las gracias a Dios por Su protección. Entonces exploramos la suite – el jarro con agua helada estaba en su lugar y bebimos un vaso cada uno. Iris comentó, “Me sentía muy nerviosa ante la amenaza de un segundo remezón. Ahora estoy aliviada, porque llegó y se fue. ¿Piensas que podría haber otro esta noche?” “No”, respondí decidido. “Volvamos a la cama”. Mas escuchamos entonces una voz, suave pero clara que llamaba nuestros nombres, desde fuera de la ventana. “Señor y señora Murphet – decía – por favor, bajen y salgan por la puerta del frente. ¡Vengan rápido!” La voz tenía un tono de súplica. Insistió y sonó urgente, “¡Señores, vengan tan rápido como puedan! Debemos decirles algo.”

Poniéndonos nuestra batas y zapatillas, bajamos las escaleras y salimos hacia el frente. Para entonces ya estaba bastante oscuro, mas unos faroles de la calle revelaban a un grupo de gentes en las sombras parado bajo un árbol sobre la franja de césped al otro lado de la calle con adoquines, frente al hotel. “¡Gracias a Dios que han venido!” dijo Marta y otros repitieron con sonidos de alivio y bienvenida. En el grupo reconocía a nuestro recepcionista y a otros miembros del personal a quienes no conocíamos por sus nombres. Marta presentó a un joven alto, de poco más de veinte años, como hijo del director del hotel. Explicó entonces, por qué nos habían llamado. La policía había clausurado el hotel, indicando que nadie podía quedarse dentro de él, porque estaba por desplomarse en cualquier momento – aparentemente, había sido impactado por el edificio adyacente. La policía ya había colocado una cinta de advertencia en todo el frente. “Les encontraremos alojamiento para la noche en algún lugar más seguro. Dos personas ya fueron en busca de alguno y, por supuesto que lo pagaremos nosotros.” Todo esto nos pareció bastante drástico. Explicamos que teníamos que regresar y recoger nuestras pertenencias. “No, no pueden entrar allá –dijo Marta – la policía lo ha prohibido.” “Pero es que junto a todas nuestras pertenencias, también están allá nuestro pasajes aéreos, nuestro dinero y documentos – dije – necesitamos recuperarlos.” Los demás se unieron a ella, pero insistimos en que debíamos correr el riesgo. Cuando entendieron que estábamos determinados, Marta dijo, “Va sólo uno de ustedes; el otro se queda aquí.” Pero eso no iba con nuestra manera de pensar.

Marta accedió finalmente, mas sólo si iba un policía con nosotros. No tuvimos inconveniente alguno. El joven policía que nos acompañó, era muy servicial y amable. Nos ayudó a empacar y luego cargó con nuestras maletas, bajando delante de nosotros. Cuando atravesamos la calle de nuevo, vimos expresiones de alivio y sonrisas en el grupo. Nos sentimos cuidados, como rodeados por miembros de la familia.

Ahí estábamos de pie, en ropa de dormir, con el equipaje a nuestro lado, y mirábamos al pequeño hotel que se esperaba cayera en cualquier momento. Marta estaba entre Iris y yo. Notamos que temblaba como una hoja – la tensión del segundo sismo y la amenaza para el hotel habían sido demasiado para ella. Ambos pasamos un brazo por sobre sus hombros y la estrechamos. “No se preocupe – le dije – el hotel no se va a caer.” “Pero la policía dijo que se derrumbaría”, replicó con voz temblorosa. “No se va a caer” le aseguré con firmeza. “Sai Baba no permitirá que caiga”. Ella había perdido la fe en San Francisco y probablemente no tenía idea de quien podía ser Sai Baba, pero se aferró a la esperanza de ayuda de un gran mago. Repitió varias veces : “Sai Baba no dejará que el hotel se caiga”. Después de un rato, dejó de tiritar.

Volvieron los dos exploradores e informaron que habían encontrado una habitación para nosotros en un hotel algo más arriba por la avenida; de alguna manera había resistido el terremoto y

no había sido clausurado. Algunos miembros del personal cargaron nuestras maletas, mientras Iris y yo les seguíamos. Nos sentíamos raros, caminando por el Paseo de la Reforma en bata y zapatillas de levantarse, en medio de la noche, mas no había nadie que nos viera. Finalmente llegamos a las puertas de un hotel de aspecto sólido. Debía haber sido construido con muy buenos materiales como para haber resistido las sacudidas que habían derrumbado tantos otros edificios. Entramos a un amplio foyer y vimos que prácticamente cada pulgada del suelo estaba cubierta con cuerpos dormidos. Tal vez habían considerado que era más seguro aquí abajo que en sus habitaciones – o quizás se trataba de otras gentes sin hogar como nosotros que habían encontrado un camino hasta acá. En el mesón de recepción había un hombre y una mujer que fumaban nerviosamente y que nos saludaron con un “¡Bienvenidos, bienvenidos!” Nos sentimos como héroes retornando de alguna peligrosa expedición.

Fuimos guiados escaleras arriba hasta la primera habitación del corredor que daba hacia el frente. Supusimos que los ocupantes habían abandonado sus cuartos a favor del suelo del amplio foyer. Nos metimos en camas gemelas muy cómodas y, al menos yo me dormí de inmediato.

El día recién despuntaba cuando despertamos. “Voy a caminar de regreso a nuestro pequeño hotel clausurado”, le dije a Iris. “Quiero ver si aún está de pie – como creo que estará.” La dejé para que arreglara las cosas para nuestro viaje y recorrí de regreso la gran avenida. Como lo había anticipado, nuestro bravo hotelito seguía en pie, con las prohibidoras cintas frente a él. Salté la barricada y entré por la puerta del frente. A través de la brecha entre los vidrios rotos, grité, “¿Hay alguien ahí?” Me respondió el eco de mi voz desde los espacios vacíos. Sintíendome feliz de ver cumplida mi profecía, retrocedí por la avenida. Me empecé a preguntar si encontraríamos un taxi para ir al aeropuerto. Mentalmente, le rogué a Baba que nos ayudara.

Al acercarme al hotel en donde me esperaba Iris, ví a un hombre parado junto a su taxi en la calle adoquinada. Le pregunté si nos llevaría al aeropuerto, accedió y se quedó esperando mientras yo subía en busca de Iris. Ella tenía una taza de te esperándome. No había tiempo para desayuno, de modo que bebí agradecido el te y bajé el equipaje al foyer.

El sol se estaba levantando por sobre una escena de desolación mientras conducíamos lentamente, tomando muchos desvíos para evitar los bloqueos causados por los edificios derrumbados. Hablamos empáticamente con el conductor. Nos sentíamos como uno con esa gente en su sufrimiento. No le contamos que anteriormente nos había disgustado la gente de esta gran ciudad, sino que le hicimos saber lo mucho que nos gustaba ahora, como nos sentíamos de cercanos y que rogábamos por que la Gracia de Dios les ayudara a recuperarse del desastre. Nos habló del destino de muchos de los edificios caídos mientras pasábamos.

Llegamos al aeropuerto y saqué mi billetera, consciente de que me podía cobrar lo que quisiera : en cambio, encontré su tarifa en verdad muy modesta. Parecía no ser más de lo que habríamos pagado viniendo directamente desde el hotel, sin desvío alguno. Al despedirnos, besó la mano de Iris. Nos dimos un apretón de manos y noté que sus ojos estaban llenos de lágrimas – supe que se había emocionado por la sinceridad de nuestros sentimientos hacia su destrozada ciudad y sus gentes.

Anticipábamos una larga espera en el aeropuerto para tomar nuestro vuelo a Nueva York, sin embargo en menos de una hora volábamos sobre la trágica capital de México.

Que lástima, pensé que tenga que suceder un gran desastre para llevarnos hasta la verdad que Baba enseña : el que no sólo somos uno con Dios, sino que somos uno con todos los demás seres, porque Dios está en todos y que es, en verdad, la realidad de todos. Recordé haber experimentado lo mismo cuarenta y cinco años antes cuando las bombas enemigas destrozaban Londres. Normalmente, los londinenses son clasistas y fríos entre sí, mas bajo el estallido de las bombas se comportaron como una gran familia unida. Cuan difícil parece ser el sentir amor por todo el género humano bajo condiciones normales. Sin embargo, en la senda espiritual es eso exactamente lo que debemos aprender a hacer.

Cierro este capítulo con dos cosas que nos produjeron una enorme alegría y contento en la última etapa de nuestro viaje.

Cuando llegamos a Londres nos informaron que se había levantado la restricción a la exportación de moneda mexicana, de modo que en lugar de haber llegado con dinero inservible de México, pudimos usarlo en Londres. Llegando a nuestro último puerto de destino, Prasanthi Nilayam en la India, oímos decir que con Su omnipresencia, nuestro Señor Sai había estado en el terremoto de Ciudad de México y, una vez que todo terminara, había hecho llamar al estudiante Luis Muñiz, le había informado del evento y le había asegurado que ningún miembro de su familia había sufrido percances. Agregó que ningún devoto de Sai Baba en Ciudad de México en ese momento, había salido lastimado. Cierto es que debiéramos haberlo sabido sin que nos lo dijeran, pero nos alegró el corazón escucharlo confirmado por Swami Mismo.

Cuando nos acaecen desastres – como sucederá inevitablemente en este imperfecto mundo – la gracia y la protección de Dios representan una gran merced. Esta fue una de las importantes lecciones espirituales que aprendimos en nuestro viaje a través del gran terremoto.

-0-0-0-0-0-0-0-0-

13

UN DISTINGUIDO ERUDITO Y DEVOTO

La primera vez que lo ví, caminaba solo en los jardines de Brindavan, el Ashram de Sathya Sai Baba cerca de Whitefield. Era un hombre con una incipiente calvicie y una frente prominente que parecía hacer que su cabeza se inclinara hacia adelante mientras caminaba. Parecía estar sumido en profundos pensamientos, muy lejos de su entorno inmediato. Aunque el día era bastante caluroso, llevaba una gruesa chalina de lana en torno al cuello, cuyos extremos colgaban por delante de él. También vestía una amplia chaqueta de anticuado corte, pensé, y sus pantalones le quedaban algo cortos – por encima de los tobillos. Me hizo pensar en un profesor distraído de alguna universidad del mundo occidental. Mientras estaba allí con Iris, observando a esta solitaria figura que deambulaba por el jardín, no tenía idea de quien era y menos aún de que iba a convertirse en mi amadísimo hermano espiritual.

Nos alojábamos con Sai Baba en su gran casa de dos pisos en Brindavan y no era aún la hora del día en que una multitud comenzaría a reunirse para el *Darshan* de Swami y el cantar de *Bhajans* en el área del *Ashram* más allá de la reja de Su jardín privado. En esos momentos, Sai Baba Mismo salió por la puerta delantera y se quedó de pie con nosotros en el pórtico. El desconocido vino hacia nosotros y, cuando llegó al pórtico, Swami lo presentó como el Dr. V.K. Gokak, vicedirector de la Universidad de Bangalore. No había conocido hasta entonces a nadie de un rango tan alto en el mundo académico y me sorprendió e impresionó al mismo tiempo su sonriente, afable y amigable actitud. Su clave parecía ser la de la humildad de la sabiduría más que la del orgullo del saber. Swami nos dejó juntos. Iris entró para atender algunas tareas domésticas. El Dr. Gokak y yo nos fuimos a sentar en el banco más próximo del jardín para conversar.

Descubrí que era casi un novato en la multitud que se multiplicaba rápidamente en torno a Sathya Sai Baba en esa época. Puesto que el Dr. Gokak fue vicedirector de la Universidad de Bangalore entre 1966 y 1969, nuestro encuentro debe haberse producido probablemente hacia la mitad de dicho período.

Gokak tenía el hábito de viajar frecuentemente desde Bangalore para ver a Sai Baba y a menudo se quedaba por un tiempo después de la entrevista para concederme el beneficio de su grata compañía. Fue entonces que oí la historia de cómo llegara hasta Swami y algunos detalles de su interesante vida.

No me contó mucho de su carrera académica, aunque supe más de ella más tarde por otros. Pronto me di cuenta, sin embargo, que tanto él como yo éramos uno en nuestro amor por la literatura inglesa. Originalmente, había sido seguidor de Sri Aurobindo, el que tenía una mente profundamente filosófica. Al igual que el mismo Dr. Gokak, Sri Aurobindo había sido, durante su vida, un hombre de letras y un poeta. Ambos habían sido moldeados en distintas medidas por la vida académica en Inglaterra. Aunque el contacto con Aurobindo de Gokak se había dado principalmente a través de sus escritos, conocía personalmente a la Madre Mira y la había aceptado como su guía espiritual después de la muerte de Aurobindo. Por un tiempo antes que Gokak llegara hasta Sai Baba, la Madre de Pondicherry había intentado sanar a su hija de una misteriosa enfermedad que había eludido a la medicina ortodoxa. La Madre Mira supo cuál era la dolencia, mas no pudo lograr su cura. Gokak me dijo que había dicho, “Tu hija se aferra a la entidad. Simplemente no quiere dejarla ir.” Fue así que entendió que sufría de una dolencia más psíquica que física, mas comprendió también que cualquier psiquiatra común echaría probablemente mano a una terapia en base a drogas, y él no quería eso.

Habiendo oído hablar de los divinos poderes sanadores que Sai Baba había demostrado frecuentemente, decidió llevar a su hija hasta el gran *Avatar*. No obstante, de acuerdo al protocolo tradicional de los indios en esta materia, no quiso hacerlo sin el permiso de su *guru*, por ende le preguntó a la Madre Mira. Ella le indicó que tenía la libertad de hacer lo que creyera conveniente. Gokak comenzó a llevar a su hija y a su mujer a ver a Sai Baba cada vez que le era posible. Recibieron la gracia de frecuentes entrevistas. Tengo la sensación que la razón principal para la manifiesta atención de Swami por la familia, fue ante todo Su compasión por la hija enferma y, también Su precognición en cuanto a que el eminente erudito y educador, Gokak, se convertiría en un destacado devoto Suyo.

En varias ocasiones durante las entrevistas, la señora Gokak invitó a Swami para que fuera a cenar a su hogar en Bangalore. Swami sólo sonreía dulcemente, mas no decía nada. Por último, la Sra. Gokak Le preguntó directamente por qué no quería ir. Su respuesta pareció misteriosa. “Voy a ir cuando Gokak me quiera.” El vicescanciller, que estaba presente, protestó vehementemente diciendo que sí quería que Swami fuera, mas, de nuevo, Swami sólo sonrió.

Aunque parecía estar mejorando la salud de la hija, estaba lejos de sanar. Sin duda Swami conocía su destino, mas nada le dijo a los padres. Según la Madre Mira, la entidad a la que la joven estaba tan fuertemente aferrada y, por ende, no la quería soltar, era una muy grande amiga al otro lado de esa delgada línea que divide a los vivos de los así llamados muertos. Fuese cual fuera la razón, la tracción desde el otro lado fue tan fuerte que, finalmente, falleció.

Entretanto, el amor del Dr. Gokak por Swami se fue fortaleciendo cada vez más. Recordando ese período, me contró que en su cuarto santuario, la foto de la Madre Mira era el centro del lugar, aunque una serie de otras formas divinas participaban del altar. En la pared colgaba una pequeña foto de Sathya Sai Baba.

Un día, se sintió impelido a sacar la foto y colocarla en el altar. Al día siguiente, cuando Gokak y su mujer tenían una entrevista con Swami, este les dijo, “Estaré encantado de ir a cenar en su casa la próxima vez que me inviten”. Fascinada, la Sra. Gokak Le invitó de inmediato y se fijó la fecha. Gokak no tuvo que pensar mucho acerca del evento para darse cuenta que al tomar la foto de Swami del muro y darle un lugar importante en el santuario, había dado una señal externa y visible en el sentido de que había aceptado a Sathya Sai Baba como su *Sadguru*. Se dio cuenta también – como lo hemos llegado a entender muchos otros, incluyéndome – que Swami sabe lo que uno hace en privado en su hogar. Gokak recordó más tarde algo que le había oído decir a Swami : “No hay lugar sino para un asiento en el centro de tu corazón”.

Poco después, Swami fue a cenar una noche a la palaciega mansión ocupada por el vicescanciller mientras durara su cargo. Swami nos llevó a Iris y a mi consigo, para gran dicha nuestra. Ya en varias ocasiones anteriores habíamos obtenido la gracia de acompañar a Swami a comidas en los hogares de diversos devotos – las casas variaban desde moradas muy humildes hasta grandes mansiones de devotos eminentes o muy ricos. La casa de Gokak era bastante palaciega – la sala en que cenamos era muy espaciosa e imponente. La comida respondía al patrón común a todas a las que habíamos asistido con Swami hasta entonces, en hogares indios. Los invitados estaban sentados con las espaldas contra las paredes; la lujosa alfombra oriental que cubría todo el suelo, les servía de asiento. Iris y yo nos habíamos acostumbrado a sentarnos con las piernas cruzadas y a servirnos la comida desde los grandes platos hechos de hojas y puestos sobre la alfombra frente a nosotros. Swami estaba sentado en una silla frente a una pequeña mesa en uno de los extremos de la sala.

En tanto que varios sirvientes traían fuentes de alimentos para servir a los invitados, la Sra. Gokak se preocupaba ella misma de servirle a Sai Baba – era tanto anfitriona como humilde servidora de aquel a quien conocían como Dios. El anfitrión, el Dr. Gokak, estaba sentado a la derecha de Swami y, al igual que sus invitados, estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo. No recuerdo los nombres de todos los platos que nos sirvieron, aunque si debo reconocer que la comida era excelente. Ahora – unos treinta y cinco años después – entiendo algo que no llegué a apreciar plenamente entonces : lo bendecidos que éramos al estar con el Avatar, invitados por ÉL, en tales ocasiones.

Durante los meses y años que siguieron a nuestro primer encuentro, disfruté de muchas charlas pronunciadas por Gokak desde la plataforma de Sai Baba. Hablaba con claridad, con el dejo de la devoción en su voz profunda. El inglés que usaba era un gozo para el oído. No era de sorprender que sus palabras y frases recordaran los escritos de su primer maestro espiritual, Sri Aurobindo. El gran maestro de Pondicherry quien había se había embebido profundamente de la cultura inglesa, representaba en cierto modo un puente entre Oriente y Occidente. El Dr. Gokak le prestaba un apoyo extra a ese puente al revestir la antigua y eterna sabiduría de la India con la belleza de la lengua inglesa.

Cuando el distinguido historial académico de Gokak se hubo filtrado paulatinamente a mi conciencia a lo largo de los años, me dí cuenta que había estado en lo correcto en mi primera impresión de él, aquella mañana en el jardín – cuando lo ví como la imagen del profesor distraído. Por cierto que era un profesor con muchos años de experiencia, pero como distraído lo ví sólo en una ocasión – que relataré más adelante.

Su educación superior fue distinguida con un diploma de Maestro en Humanidades [Master of Arts o M.A., grado académico situado entre la licenciatura y el doctorado – N. de la T.] de Primera Clase de la Universidad de Mumbai. Mientras estudió en Oxford, Inglaterra, obtuvo otro M.A. en Literatura Inglesa, como primero en su curso. Más tarde recibió doctorados honorarios en literatura de dos universidades – la Universidad de South Pacific en California y la de Karnataka en la India. En 1931, cuando no tenía sino veintidós años, comenzó su carrera docente. Entre entonces y 1966, cuando llegó a ser vicescanciller de la Universidad de Bangalore, Gokak desempeñó la cátedra de Literatura Inglesa en media docena de universidades de la India, en varias de las cuales fue Decano de una Facultad. Para cuando le conociera en el jardín de Brindavan, había sido profesor por treinta y cinco años. No era tan sólo un educador destacado, sino también un prolífico escritor. Había escrito más de 50 libros, algunos en inglés, pero la mayoría en su propio idioma, el Kanada.

Su gran amor por la literatura estableció un fuerte vínculo entre nosotros, aunque el nexo más fuerte en nuestra fraternidad fue su profundo amor por Swami y un hondo entendimiento de Sus enseñanzas y Su misión. Después de haberse establecido firmemente en llevar a cabo el trabajo de Sai, Gokak escribió un esclarecedor y ameno libro sobre Sai Baba.

Debido a nuestra íntima amistad, Gokak me contaba a veces cosas que había recogido por su cercana relación con Sai Baba – especialmente aquellas que pensaba que podían ser de un interés

particular para mí. Me contó, por ejemplo, que un día le comentó a Swami, “Las gentes de Pondicherry dicen que Aurobindo era un Avatar, Swami. ¿Eso es así?” Swami replicó, “Sí, él fue un Avatar para el individuo, en tanto que Yo soy un Avatar para las masas.” Esto me pareció de bastante importancia. Con pocas excepciones, sólo aquellos con alguna inclinación filosófica podrían interesarse en la literatura espiritual salida de la profunda pluma poética de Sri Aurobindo, en cambio todos pueden beber con gozo y satisfacción la presentación que hace Swami de la sabiduría intemporal cuya base sentaran los antiguos *rishis*.

De los felices años de mi asociación con el Dr. Gokak son varios los eventos que han permanecido en mi memoria por sobre otros. Pese a nuestra íntima amistad, siempre le llamé “Doctor” y él siempre se dirigía a mí como “Mr. Murphet”. En retrospectiva, esto suena como una extraña cortesía ‘dickensiana’ entre nosotros, aunque respondía a nuestro mutuo respeto. Un incidente que me agrada recordar me entregó una visión interna de Swami que no habría obtenido de otro modo. Swami había invitado a un cierto número de reconocidos poetas de diferentes partes de la India, para que leyeran uno de sus poemas sobre Su plataforma frente a una gran asamblea de devotos. A cada uno le regaló una chaqueta o capa, de un bello tono azul, apropiado como símbolo de distinción literaria. Uno de los lectores era el Dr. Gokak. El suyo fue un corto poema en inglés sobre el inspirado tema del Avatar Sai. Me contó más tarde que, mientras leía el poema, miraba de reojo a Sai Baba quien estaba sentado en una silla a su lado. Se sintió sorprendido - ¡asombrado, mejor dicho! – al ver que los ojos de Swami estaban llenos de lágrimas. En la primera oportunidad, Le preguntó al respecto. Swami replicó simplemente, “Porque era la verdad”. También yo me sorprendí de que el Avatar pudiera emocionarse hasta las lágrimas frente a una expresión verbal de una profunda verdad. Pensé en los versos de John Keats, “Belleza es verdad, verdad es belleza – eso es todo lo que llegan a saber en la tierra y todo lo que necesitan saber.”

Otro evento que me hace sentir alegría recordar es una entrevista que tuvimos el Dr. Gokak, mi mujer y yo con Sai Baba. Aunque Swami solía hablar inglés en estas entrevistas personales, en esta ocasión le pidió a Gokak que viniera con nosotros como intérprete. Esta entrevista se llevó a cabo poco después de la visita del “bebé del vibhuti” al Ashram de Prasanthi Nilayam (Para detalles del evento, ver mi libro “*Sai Baba, Avata*”). Swami explicó el sentido más profundo de ese evento y se adentró en algunos aspectos recónditos de lecciones que hay que aprender a lo largo de la senda Sai del espíritu. Algo de lo que expresó lo dijo en un simple y buen inglés, mas en otros momentos, cuando sondeaba en las profundidades, habló en un idioma indio que Gokak entendía y que interpretó en su lúcido inglés. De modo que el camino que tomamos con Sai Baba se encontraba en algunas de las más profundas regiones del océano de la verdad. Swami parecía indiferente al paso del tiempo, el cual también se desvaneció para mí, de modo que cuando emergimos finalmente a la brillante luz del sol del *ashram* y pudimos ver algunas figuras que se movían por aquí y por allá, sentimos que habíamos salido a un mundo extrañamente diferente. “Bueno – comentó el Dr. Gokak – esta es la mejor entrevista que nunca he tenido”. Iris y yo sentíamos otro tanto. Mi relación del alma con el buen doctor parecía aún más firmemente cimentada que antes.

Cuando se fundó la Univesidad Sathya Sai Baba en 1981, Swami tenía dos excelentes ex - vicecancilleres entre sus devotos. Uno era el eminente científico Dr. Bhagavantam, quien, junto con servir en una época como asesor científico del gobierno de la India, también había pasado un período como vicecanciller de la Universidad de Osmania en Hyderabad. El otro era el Dr. Gokak, el cual como ya se mencionara, tenía el cargo en la Universidad de Bangalore. Me sentí feliz cuando Sai Baba eligió al generoso y muy culto Dr. V.K. Gokak para ser el vicecanciller de Su propia universidad. Mi amigo sirvió en esta capacidad desde 1981 hasta 1985 – dos veces el período normal para una tal posición.

En 1983, durante su gestión, se llevó a cabo en Roma una Conferencia Sai Baba Internacional. Fui elegido para representar a Australia durante la conferencia, probablemente porque con la ayuda de mi mujer, había establecido el primer Centro Sai en Australia. Iris y yo tomamos un avión a Italia cerca de dos semanas antes del evento, pasando un tiempo en Lugano en Suiza, con nuestros amigos Sai el Sr. y la Sra. Wolk. También visitamos al principal organizador de la conferencia, Antonio Craxi, en su residencia, cerca de Milan. Vimos que Craxi estaba haciendo

esfuerzos ímprobos para persuadir a Swami de asistir, mas Swami envió a Su vicedecano, Gokak. El docto devoto también había representado a Sai Baba en los Estados Unidos, cuando las frecuentes invitaciones llegaron a un punto en que el compasivo Señor sintió que había que hacer algo. Como decía a menudo, Él no podía viajar hasta que no pusiera Su propia casa – India – en orden.

De la inspiradora Conferencia Internacional en Roma, todo lo que quiero incluir aquí son algunas observaciones que conciernen al tema de este capítulo : V.K. Gokak. Entre las muchas intervenciones pronunciadas desde el estrado en la conferencia, una estimulante y memorable fue la de Sir George Trevelyan de Inglaterra, destacado historiador, un excelente orador con muchos años de experiencia en educación espiritual de adultos. Para mí, sin lugar a dudas, los más profundamente conmovedores discursos fueron los dos del Dr. Gokak. Lo que me alarmó fue, que al final de ambos, fue ayudado por dos hombres para bajar del escenario. ¿Por qué?, me preguntaba. ¿Se había deteriorado su salud? Había pronunciado sus discursos con gran fuerza y fervor. Una norma de la conferencia era que, cuando alguien hablaba desde el estrado en inglés u otro idioma, debía haber un intérprete para traducir la exposición al italiano, en pro de la mayoría italiana de la audiencia. En su alocución final, Gokak se sintió tan arrebatado por el tema que se olvidó de intercalar pausas para permitirle la traducción al intérprete. En cambio, habló ininterrumpidamente de comienzo a fin – más tarde se le entregó a los asistentes italianos una versión escrita, traducida, de sus palabras. Cuando le pregunté después, por qué había requerido de ayuda para descender del estrado al final de sus intervenciones, siendo que, al comenzar, había caminado normalmente al dirigirse al podio, replicó , “Me entusiasmo hasta tal punto cuando estoy hablando por largo rato acerca de Swami que soy incapaz de bajar los escalones por mí mismo. En mi última charla, fui sacado hasta tal punto de mi estado de conciencia normal, que me olvidé totalmente de hacer pausas para el intérprete. Siento mucho que sucediera.” Le dije, “En cambio, los que entendemos inglés disfrutamos mucho más de su elocuencia espiritual – el haberla interrumpido para su traducción, lo habría impedido.”

Volvíamos a la India en el mismo vuelo y Gokak sugirió que nos sentáramos juntos para gozar de la mutua compañía. Me agradó su petición, mas, finalmente, ambos dormimos la mayor parte del viaje.

En visitas subsecuentes a Prasanthi Nilayam a fines de los años 80, encontraba usualmente allí al doctor y cada vez renovábamos felices nuestras conversaciones. Yo apreciaba especialmente estas oportunidades, porque sabía que pasaba la mayor parte de su tiempo en su hogar en Bangalore, continuando su creación escrita y cosechando muchos honores y premios oficiales.

Cuando Iris y yo llegamos a Prasanthi Nilayam desde Australia en septiembre de 1992, no pude encontrar señales de mi amigo. Pensando que probablemente estaría trabajando en su hogar en Bangalore, decidí visitarle antes de volver a casa dos meses después. Le pregunté a un funcionario universitario, un devoto Sai, si sabía donde encontrarle. El hombre me respondió serenamente, “El Profesor Gokak murió en abril pasado”.

Había oído algo respecto a que sufría de un tipo más bien serio de diabetes, pero me impactó tristemente la noticia de su fallecimiento. Había perdido a un valioso hermano Sai, aunque él no hubiera perdido su lugar en mi corazón.

Supe que dos eminentes líderes indios le rindieron homenaje a Vinayaka Krishna Gokak en sus funerales. Uno, Sri P.V. Narasimha, Primer Ministro de la India, dijo, “Era una persona que no solamente enriqueció la literatura, sino que enriqueció ampliamente nuestras vidas. La sensibilidad de su expresión ha comprobado que la creatividad del hombre no tiene límites.”

14

HOMBRES-DIOS Y MADRES

En su libro “*Easwamma*” sobre la vida de la madre humana de Sathya Sai Baba, el Profesor N. Kasturi relata en su primer capítulo el como los grandes Hombres-Dios de los tiempos antiguos había nacido de madres humanas, muy puras, sin la ayuda de padres humanos. De alguna manera misteriosa, la concepción se produce por intervención divina y por un divino ingreso a la matriz. Todos los cristianos, por ejemplo, saben que esta historia, con referencia a la concepción de Jesús, es entregada en sus escrituras. En la forma común, la especie humana al igual que todas las especies animales, requiere de la unión de macho y hembra para que se produzca la concepción. Esta es una ley aceptada de la Naturaleza y, como dirían algunos, las leyes de la Naturaleza son leyes de Dios y no se pueden quebrantar. Mas, ¿habrá leyes más profundas que invaliden las leyes de la Naturaleza tal como las conocemos? O, ¿estamos tratando no con algún quiebre de las leyes de la naturaleza, sino simplemente con el mito? ¿No es cierto que en historias acerca de eventos sucedidos hace miles de años, se hace difícil la discriminación entre leyenda y hecho? No obstante, parece extraño que, aunque difieran los detalles, la misma afirmación respecto de una concepción supranatural se haga en lo concerniente al nacimiento de los Hombres-Dios. Ciertamente, no podemos decir que el tiempo – ese gran constructor de leyendas – desempeñe un papel en la historia de una concepción milagrosa que sucediera en nuestra propia era.

Un día, durante los primeros años de Su estado adulto, Sathya Sai Baba estaba sentado en una habitación enseñando a un pequeño grupo de Sus seguidores. Un erudito *pundit* de nombre Ramasharma estaba en el grupo. También estaba presente N. Kasturi, quien es el que relata la historia, y la modesta madrecita de Sathya Sai, Easwamma. Recuerdo, por propia experiencia de los primeros años que Swami daba lo que podría llamarse ‘charlas de salón’ a un pequeño grupo de seguidores. Por momentos, hacía una pausa para permitirles hacer preguntas a Sus oyentes. Durante una de estas pausas, el docto *pundit* planteó lo que los demás consideraron una pregunta más bien extraña – y que probablemente la mayoría de ellos no entendió. Preguntó, “Swami, ¿Tu concepción fue una *pravesa* o una *prasava*?” Swami, por supuesto entendió el significado de estas palabras en sánscrito y la intención de la pregunta. Mirando a Su madre, dijo “Cuéntales de tu experiencia junto al pozo”.

Su madre, una mujer muy tímida, no gustaba de hablar en público, mas sentía un gran respeto por su hijo Divino, a quien siempre se dirigía como “Swami” después de la revelación de Su verdadera identidad, cuando tenía aproximadamente catorce años. Por ende, con una voz baja y vacilante, relató la siguiente historia :

Un día, su suegra le contó a Easwamma que había soñado con Sathya Narayana – el nombre que le dan los hindúes al Dios Interno del hombre. (Incidentalmente, estando embarazada Easwamma, ella y su suegra le habían ofrecido plegarias y *pujas* constantes al aspecto Sathya Narayana de Dios – que podría traducirse como “Verdad, la Divinidad Interior del hombre” – y en honor a Él bautizaron con ese nombre al bebé de vivaz mirada que naciera.) La suegra no le contó detalles del sueño, sino que simplemente le advirtió que no se asustara si algo inesperado e inusual llegara a ocurrirle. A la mañana siguiente misma sí ocurrió algo. Easwamma estaba junto al pozo y, antes de extraer agua, miró distraídamente a su alrededor. Su mirada se posó en los rocosos montes detrás de la aldea y, de pronto, vió una bola de luz azul que se movía rápidamente hacia ella. Estaba cada vez más cerca y, de seguro que habría sentido pánico de no mediar la advertencia de su suegra. Por ende, se quedó quieta, mirando simplemente con los ojos muy abiertos, cuando la brillante y radiante bola llegó hasta casi tocarla, luego pareció entrar en ella. Como esto era más de lo que podía resistir, cayó al suelo y perdió el conocimiento. Cuando recobró la conciencia, tuvo una rara sensación. Esta sensación se convirtió en alegría cuando, algo muy profundo dentro de sí

misma le indicó que estaba embarazada. En los días que siguieron ello se comprobó y, a su debido tiempo, nació Sathya Narayana, el sonriente bebé de rizados cabellos.

Al absoluto silencio que siguió a la historia de Easwamma fue roto por Swami, quien le dijo al *pundit*, “Y bien, aquí tienes tu respuesta. Fui una *pravesa* y no una *prasava*. No fui engendrado.” El término *pravesa* significa una entrada directa; *prasava* significa una concepción producida de la manera común – es decir engendrada por un padre humano.

Kasturi y los demás asistentes supieron que Swami quería señalar que Él – en la forma de la luz azul – había entrado directamente en la matriz de su madre terrenal. Por supuesto que sabemos que para Dios todo es posible, mas ¿por qué habría de producir una concepción así?

Por cierto que no porque haya algo vergonzoso en una actividad sexual normal entre marido y mujer. La función fue decretada por Dios mismo para que la raza humana se pudiera multiplicar. Una historia de las Escrituras hindúes lo ilustra. Primero, reza la historia, Dios creó a unos *rishis* de ambos sexos, muy avanzados, mas estos simplemente meditaban y no mostraban señal alguna de querer reproducirse o multiplicarse. Dios tuvo que empezar de nuevo. ¿Por qué, entonces, es excluido el padre humano – como pareciera ser el caso – en la encarnación de los Hombres-Dios?

Podríamos considerar unas pocas razones posibles. Para que un Hombre-Dios pueda nacer de la manera habitual con un cuerpo humano, deberá tener una madre humana. Relatos de tan trascendentales eventos como las encarnaciones de grandes Hombres-Dios, muestran que Él se esmera particularmente en elegir a la madre apropiada. Deberá ser pura de corazón, similar a la inocente Devaki, la madre de Krishna; a María, la madre de Jesús, y a Easwamma, la madre de Sathya Sai Baba. Habrá de tener muy poco o nada de *karma* negativo. Obviamente, un tal *karma* no le será traspasado al puro ser divino que entrara en su matriz, mas podría tener algún efecto sobre el cuerpo que Él se construya con el material físico provisto por la madre. El Hombre-Dios deberá asegurarse, previamente, que Su cuerpo físico no sufrirá de defectos o enfermedades heredadas de la madre. El elegir a una mujer casi perfecta, pura de mente, espiritualmente santificada, en el momento apropiado para la magna encarnación, no ha de ser una tarea fácil. Debiéramos pensar también que la búsqueda estará restringida al país que Dios ya haya decidido sea el mejor para Su encarnación. Este es usualmente, aunque no siempre, la India, “el *guru* del mundo”.

La tarea de la elección duplicaría por lo menos su dificultad, si hubiera de encontrarse una pareja varón de igual pureza y ausencia de *karma*. De modo que el Divino Ser omnipotente que crea la polaridad de los sexos no se sirve Él mismo de ella. Llevando dentro de Sí Mismo las simientes de ambos géneros, puede fertilizar el óvulo de la madre elegida del futuro *Avatar* de Dios.

Fuera de estas humildes especulaciones sobre el tema, puede que haya otras razones más profundas para tales concepciones milagrosas, más allá del entendimiento y conocimiento del hombre. Al ser testigo de los milagros de Sai Baba, llegué a creer en los milagros de Jesús acerca de los cuales albergaba dudas en mi mente hasta entonces. De igual manera, la historia de la entrada directa de Sathya Sai Baba al útero de Su madre, confirmada por Él, me lleva a dar crédito a las historias de otros sacros y milagrosos nacimientos, incluyendo el de Jesús el Cristo.

No cabe duda que estos poderosos seres que vienen a nosotros de tiempo en tiempo, portando los dones de verdad, amor y paz, son en verdad muy especiales y están obligados a tener nacimientos especiales. Además, como ha sido evidente hasta donde sabemos, muestran un amor entrañable por la sacra madre. Las Escrituras cristianas dicen, por ejemplo, como Jesús, desde la cruz, encomienda a su madre al cuidado de su bienamado discípulo Juan. Sabía, indudablemente, que su tío, José de Arimatea, quien pasara a ser la cabeza de la familia luego del fallecimiento de José el carpintero, se convertiría en el protector de María. El moribundo Jesús, aparentemente, quería que ella tuviera también los cuidados especiales y el consuelo de su más cercano y amado discípulo.

Relatos de lo que sucediera con la madre de Jesús después de esa primera Pascua de Resurrección son variados y pertenecen más bien a la leyenda que a la historia. En todos los siglos pasados desde su vida en la tierra, empero, ella ha sido centro de autenticadas y documentadas visiones históricas en varias partes de la cristiandad, las que han servido de inspiración y ayuda a los seguidores del Cristo. Consta también que, a mediados del siglo XX, la cabeza de la Iglesia Católica Romana anunció que María, la madre de Jesús, había sido transportada corporalmente, para unirse a la Divinidad junto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Asumo que “corporalmente” querrá significar al cuerpo glorificado, al igual que el de Jesús a su resurrección. El renombrado psicólogo Carl Gustav Jung declaró en la época que la introducción de lo femenino en la Divinidad hasta entonces puramente masculina, traería consigo una mayor y muy necesaria influencia femenina en los asuntos terrenales del cristianismo. Esto, dijo, aportaría un gran beneficio al género humano y ayudaría en nuestro esfuerzo hacia la Edad de Oro. Uno puede ver signos de ello en nuestros tiempos actuales.

Sathya Sai Baba al llegar a la tierra unos dos milenios después de la partida de Jesús, mostró un similar tierno y preocupado amor por su madre Easwamma. (Resulta de interés notar que el nombre ‘Easwamma’ significa la madre de la más alta forma de la Deidad, generalmente llamada Easwara por los hindúes). Relatos de los primeros años de Sathya Sai Baba – en la época en que iniciara Su misión espiritual – sugieren que principalmente para agradar a Su madre, no vistió de inmediato la túnica ocre ni abandonó el hogar, como lo hacen muchos líderes espirituales, sino que estableció Su *Ashram* en la aldea en que naciera, Puttaparthi. Además, por varios años continuó vistiendo ropas blancas. Después de algunos años, empero, estableció Su *Ashram*, Prasanthi Nilayam (la Morada de la Paz Suprema) en las afueras de su aldea natal y comenzó a llevar la túnica naranja que ahora Le distingue.

Cuando fui allá por primera vez, a comienzo de los sesenta, se podía ver a Easwamma todos los días caminando por el recinto de Prasanthi Nilayam. En apariencia, era sencilla, modesta, humilde y retraída. Se vestía con simplicidad, en tanto que sus suaves ojos cafés, en una cara arrugada enmarcada por abundantes cabellos grises, parecían ausentes, desinteresados por el mundo a su alrededor. Su marido había fallecido y su único interés parecía ser su Divino hijo, cuyo reino espiritual iba creciendo frente a su mirada. Pienso que, aunque hubiera sabido hablar su idioma el telegú, habría vacilado en irrumpir en lo que parecía ser un privado y sagrado silencio. Mi amigo A. Chakravati, empero, un jefe de escuadrilla retirado de la Fuerza Aérea y campeón de salto en paracaídas, solía conversar con Easwamma cada vez que visitaba el *Ashram*. Tanto él como su mujer tocaban reverentemente los pies de la madre y hacía todo lo posible por complacerla.

En una ocasión – importante, como resultó ser más adelante – la invitaron para que fuera a quedarse con ellos en su residencia en Varanasi, a orillas del Ganges. Puesto que la anciana señora no conocía la ciudad por este nombre que era nuevo, la llamaban por el antiguo que era Kashi. Cuando supo que la invitaban a Kashi, se le iluminaron los ojos y una sonrisa se dibujó en su rostro sereno pero normalmente taciturno. Dijo, “Me encantaría ir a Kashi. Nunca he estado allá,” y continuó con un dejo de tristeza, “Pero queda muy lejos para mí.”

Algunos meses más tarde, Chakravati despertó temprano una mañana para encontrarse con una extraña visión. Swami y Easwamma caminaban por su habitación, pasando por los pies de su cama. Chakravati ahogó una exclamación y despertó a su mujer. Ambos se sentaron en el lecho observando como Swami guiaba a Su madre por el brazo. Le pudieron oír diciendo, “Si, esto es Kashi”. Luego la llevó a través del muro, fuera de la habitación. Ambas figuras se veían muy reales. Chakravati supo que debían estar en sus cuerpos sutiles. Ambos, tanto él como su mujer, sintieron que Easwamma debía haber fallecido y se movía en su cuerpo astral.

Más tarde, las noticias de Prasanthi Nilayam confirmaron esta sospecha – Easwamma había muerto aproximadamente en esa fecha. Parecía evidente que Swami le estaba mostrando Varanasi a Su madre después de su muerte, tal vez la hizo pasar por el cuarto de Chakravati y su mujer debido a que ellos la habían invitado y ella había expresado su anhelo por visitarles. Swami, imposibilitado por Su nutrido programa de llevar a su madre hasta la sagrada ciudad junto al Ganges durante su

vida, la llevó allá – con Su gran amor y compasión – después de su muerte, para cumplir el sagrado deseo que ella guardaba en lo profundo de su corazón.

Para mí, esto muestra la medida de la profunda y amorosa solicitud de un Hombre-Dios para con Su madre terrenal.

-0-0-0-0-0-0-0-0-

15

LA NOTABLE HISTORIA DEL DR. BHATIA

Durante mis primeros días en el *Ashram* de Prasanthi Nilayam, me intrigaba el hecho que la mayoría de la gente hablara de Sai Baba como un *Avatar* de Siva, en tanto que la religión hindú declara que los primeros grandes *Avatares*, tales como Rama y Krishna, eran encarnaciones de Vishnu. Un día, en que Le pregunté a Swami al respecto, dijo, “No hay sino un solo Dios”. No dije nada más, pero reflexioné bastante sobre esta cuestión. Sé que no hay sino un solo Dios y eso es lo que se llama el *Trimurti* – es decir Brahma, Vishnu y Siva – que puede manifestarse como formas separadas aunque no son sino facetas del Ser único. El Ser único, cuando no tiene forma, se conoce como Brahman; cuando está *con* forma, se le llama generalmente Easwara. De modo que me parecía que, aunque Sai Baba es un *Avatar* del Dios único, manifiesta mucho más la faceta de Siva que las otras dos de Brahman y de Vishnu.

Cada uno de las tres formas del *Trimurti* tiene una consorte, la cual aunque en el sentido más profundo sea un aspecto de Dios, también se manifiesta como una forma femenina separada. La consorte de Siva, por ejemplo, es generalmente conocida como Parvati, aunque también tiene otros nombres según las funciones que cumpla. Cuando se funde en Siva como Su aspecto femenino, se la conoce como Shakti.

Durante Su anterior vida en la aldea de Shirdi, Sai Baba era considerado ser, principalmente, una encarnación de la faceta Siva, siendo muy poco evidente Su aspecto femenino o Shakti. En Su actual forma de Sathya Sai Baba, empero, es considerado como una equilibrada manifestación de ambos aspectos – Siva y Shakti. Para decirlo de otro modo, tanto Siva como Su consorte Parvati parecen estar fundidos en nuestro Swami, Sathya Sai Baba.

Espero que estos comentarios a guisa de introducción le ayuden a los lectores que no estén familiarizados con la religión hindú a entender mejor el tema de este capítulo – la asombrosa historia del Dr. Bhatia.

La historia comienza en octubre de 1993, cuando Sai Baba le dice al Dr. Naresh Bhatia que deberá pasar un mes en los Estados Unidos. El propósito oficial del viaje era el que el Dr. Bhatia asistiera a una conferencia internacional sobre ‘bancos de sangre’, ya que era el encargado del banco de sangre del Hospital de Superespecialidades de Sai Baba situado cerca de Su Ashram. Mientras estuviera en los Estados Unidos, debía visitar una serie de hospitales y aprender todo lo que pudiera acerca de este importante aspecto de la medicina. La Conferencia se iniciaría el 23 de octubre y el 20 de octubre, el joven médico de tierna mirada hizo su entrada en la oficina del Consul norteamericano en Madras para obtener una visa.

“Se me había dicho – relata – que el consulado estadounidense se mostraba muy cauto respecto del otorgarle visas a médicos indios. Aparentemente, teme que se vayan a quedar en los

Estados Unidos. Mas yo no me preocupé, sabía que Swami quería que viajara y nada me detendría. Y, si Swami no quería que fuera, nada podría haceme viajar.

“Vi a una agradable joven estadounidense sentada tras el escritorio y la saludé con un , ‘Hola hermana’. Me miró como diciendo, ‘¿Quién será este tío que me llama hermana?’ Miró mis papeles y dijo, ‘Dr. Bhatia ¿cuánto tiempo ha trabajado en el hospital de Sai Baba?’ ‘Desde un comienzo, en noviembre de 1991’, repliqué. Entonces me hizo otra pregunta, ‘¿Desde cuándo ha sido devoto de Sai Baba?’ Repliqué, ‘En 1970, cuando era un estudiante del primer año de medicina en Punjab, cayó en mis manos el libro de Howard Murphet, *El Hombre de los Milagros*. Desde entonces he sentido un gran amor por Sai Baba y fe en Él.’ Ella preguntó entonces, ‘¿Qué hace Ud. por Sai Baba?’ ‘Lo amo y Le sirvo’. ‘¿Cómo?’ ‘Le sirvo, sirviéndole a otra gente’. Parecía querer saber más, de modo que le conté acerca del hermoso hospital de Swami, del que pienso y denomino como un templo de sanación, más que un hospital. Dijo, ‘Bueno, no creo que exista ningún hospital que pueda darle un tratamiento gratuito.’ Le dije, ‘Hermana, la invito a ir y a ver y experimentar por sí misma ese templo de sanación que Dios ha creado.’ Después de eso, ella simplemente firmó y me entregó la visa para los Estados Unidos.

“Supe después que había rechazado a dos o tres personas antes de mi llegada. Estaba libre ahora para volar de Madras a Dubai, de ahí a Inglaterra y, finalmente, de Inglaterra a Nueva York. Habiéndole hecho presente a la compañía que no fumaba y que era vegetariano estricto, me sorprendió y me sentí muy defraudado al verme sentado en la sección para fumadores y rodeado por pasajeros que fumaban. El aire se volvió bastante sofocante, pero me quedé quieto y le recé a Swami : ‘Swami, prometiste bendecirme, estar conmigo y protegerme, pero dejaste que me pusieran aquí.’ Entonces, repentinamente me olvidé del humo asfixiante, porque ví a Swami caminar por el pasillo y sentarse en el asiento vacante a mi lado. Me tomó la mano y quedé en tal estado de dicha que perdí la conciencia de mi entorno hasta que volamos en círculos para aterrizar en Dubai.”

“Doctor”, le dije, interrumpiendo su relato, “Dice que Él le tomó la mano. ¿Sintió Su mano como de carne sólida?” Replicó, “O, sí... tibia y firme como cualquier mano humana”. De modo, pensé que debe haber estado en Su cuerpo sutil para llegar hasta el avión que ya estaba en vuelo; luego se materializó a Sí Mismo o, al menos la mano que sostenía el Dr. Bhatia, en materia física. He escuchado relatos en que lo ha hecho. Aparentemente, Swami no continuó sentado en el asiento durante los cuarenta y cinco minutos de la parada en Dubai. La mayoría de los pasajeros bajó del avión, pero el Dr. Bhatia permaneció en su asiento, aún en estado de bienaventuranza, agradeciéndole a Swami por haber transformado lo que podía haber sido un viaje horrible en uno de gran alegría. Poco después despegaron para el siguiente tramo del viaje de Dubai a Londres. El Dr. Bhatia continúa :

“En el asiento que había ocupado Swami, se sentó ahora un hombre gordo y grande que de inmediato sacó un grueso puro, lo encendió y comenzó a echar bocanadas de humo en mi cara. De pronto se escuchó un anuncio por el intercomunicador, señalando que se había encontrado una chaqueta y un libro. La voz indicó que una azafata los mostraría para que el dueño pudiera reclamarlos. Primero trajeron la chaqueta y, luego, el libro. Ví que el título era “*Sai Baba, la Experiencia Máxima*” cuya autora era Phyllis Krystal. Se me llenaron los ojos de lágrimas y murmuré, ‘¡Swami!’ Entonces Swami pareció hablar desde el libro, diciendo, ‘No te preocupes, estoy alrededor tuyo. Estoy en todas partes del avión cuidándote, de modo que no te preocupes.’ Llamé a la azafata que llevaba el libro y dije, ‘Hermana, soy el Dr. Bhatia y trabajo en el hospital de Sai Baba. Si nadie reclamara el libro, yo siento un apego devocional por él. Por favor no lo bote si no lo reclamaran, démelo a mí.’ Accedí. Mas tanto la chaqueta como el libro le pertenecían a una señora que viajaba en primera clase. El señor que viajaba a mi lado, apagó su puro y dijo, ‘¿Usted es un médico que trabaja en el hospital de Sai Baba? Yo soy de Sri Lanka, pero trabajo en Londres. También soy médico.’ Me contó que su tía tenía problemas cardíacos y preguntó si yo pensaba que podría ser admitida en el hospital de Sai Baba. Le dije que le pidiera a su tía que me escribiera y que haría los arreglos para un chequeo médico. Agregué que el tratamiento en el hospital era gratuito. Pasamos el resto del viaje hasta Londres hablando del hospital de Sai Baba y de Sus enseñanzas. El hombre se olvidó de su puro y

yo estaba tan completamente enfrascado en hablar de Swami que no me molestó ningún otro humo de tabaco. Swami se preocupó por mí de esta manera entre Dubai y Londres.”

Después de aterrizar en Heathrow, Bhatia tenía que viajar hasta otro aeropuerto para abordar el avión a Nueva York. Describe lo que sucediera cuando presentó su tarjeta de embarque a la mujer en el mesón : “Me pidió ver mi pasaporte, luego miró con detención la foto en él y luego a mí, miró otra vez la foto y me miró a mí. Comencé a asustarme. Pensé que mi viaje habría sido cancelado por alguna razón. ¿Qué iba a hacer aquí? Pensé. No conocía a nadie. No tenía lugar alguno a donde ir. Entonces, la mujer me dijo, ‘Dr. Bhatia, la British Airways se complace en transferirlo de la clase turista a la ejecutiva. Es usted huésped de la British Airways.’ ‘Hermana –dije - ¿y quién me hace este honor?’ ‘¿No lo sé. Las instrucciones me fueron enviadas por altos ejecutivos’, dijo. Me condujeron hasta la clase ejecutiva y mi asiento quedaba justo después de la cabina de los pilotos. Era comodísimo y quedaba en una zona de no fumadores. Entonces se me acercó un señor y dijo, ‘Dr. Bhatia, tenemos buenas noticias. ¿A qué hora le gustaría cenar?’ ‘A cualquier hora’, respondí. ‘Tenemos comida india para Usted’ dijo y me trajo una cena con los platillos que más me gustan. Ni mi mujer me había servido todos mis platillos favoritos de una sola vez.

“En el aeropuerto de Nueva York, mis anfitriones me recibieron con amor, que sabía venía de Swami a través de ellos, porque eran devotos Sai. Todo el tiempo que pasé en los Estados Unidos estuve rodeado del amor de Swami. Cuando fuimos de hospital en hospital, hablando con los encargados en los bancos de sangre, la mayoría de ellos quería saber acerca de Swami, de Sus enseñanzas y de Su gran hospital. Expresaron abiertamente sus deseos, diciendo, ‘En cualquier momento que requiera de nuestros servicios, por favor, háganoslo saber. Viajaremos hasta allá para trabajar.’ Respondí, ‘No soy la persona que pueda arreglar esto para ustedes, pero en el momento que Swami les quiera, llegarán allá, sin que yo necesite pedírselo.’ Sentía al Señor en torno a mí todo el tiempo y mi visita a los Estados Unidos transcurrió con alegría y muchos sucesos de interés. Me gustaría narrar uno de ellos :

“Fui invitado a una reunión Sai Baba en una residencia privada en Miami. La dueña de casa que organizaba muy buenas reuniones en ella, era la señora Bettina Biggart. Era una antigua devota que había conocido a Sai Baba en 1964. Por otra parte, parecía creer que todos sus paisanos eran locuaces y pedantes cada vez que llegaban a hacerse de un estrado. Yo sabía que se esperaba que hablara, mas quedé atónito cuando me dijo, ‘Dr. Bhatia, ¿quiere hablarle a los presentes por unos dos o tres minutos?’ Me quedé callado por unos instantes y entonces repliqué, ‘Todo lo que puedo hacer en dos o tres minutos es ponerme de pie, decir Sai Ram y sentarme.’ Respondió, ‘Bueno, es que tenemos nuestra propia disciplina’. Le dije, ‘Sí y no quisiera transgredirla, pero me gustaría tener un tiempo suficiente para decir algo que valga la pena’. Entonces, como asumiendo un gran riesgo, dijo, ‘Muy bien, puede hablar por diez minutos.’ Generalmente, es ese el tiempo que toma sólo entrar en calor. Repliqué, ‘Tengo algunas bellas historias sobre el gran amor de Swami y quisiera compartirlas con ustedes, si estuvieran interesados.’ De modo que me puse de pie y comencé a hablar. Mirando mi reloj, pude ver que habían pasado veinte minutos. ‘Se terminó mi tiempo’, dije. Pero la audiencia dijo, ‘¡No, no, Dr. Bhatia! Por favor, continúe, queremos saber más acerca del amor de Sai Baba.’ De modo que seguí y seguí. Cada vez que trataba de terminar, me presionaban para que continuara. Después de haber hablado durante dos horas, vi que se estaba haciendo tarde. Dije, ‘Ahora debo poner punto final’. ‘No, no, siga’, rogaron. Mas les dije, ‘No, tenemos nuestro trabajo mañana y debemos terminar.’

“Cuando nos estábamos yendo, la Sra. Biggard tomó mi mano, ‘Quiero mostrarle algo’. Pasamos por una puerta hacia un balcón con la playa de Miami extendiéndose abajo y el océano al frente. Me dijo, ‘Desde aquí se pueden disfrutar tanto hermosos amaneceres como puestas de sol.’ De pronto me inundó un recuerdo y sentí mis piernas tan débiles que a penas me pude mantener de pie. Por años Swami me había estado dando una visión de un hermoso lugar como este, en donde, mirando hacia el océano hacia el este y el oeste, había gozado de magníficos amaneceres y atardeceres. Ahora repentinamente la visión se había hecho realidad. ¿Qué significaba? ¿Me iba a suceder algo increíblemente maravilloso?

“Con el corazón rebosante de amor por los hermanos y hermanas que dejaba en los Estados Unidos, retorné a Prasanthi Nilayam el 20 de noviembre, justo antes del Cumpleaños de Swami – el 23 de noviembre de 1993. Anticipaba la celestial experiencia de compartir las alegrías de mi mes en los Estados Unidos con mi muy amado Señor. Esta, pensé, era la experiencia suprema que me esperaba. Mas, para mi consternación, me encontré con que el siempre amoroso Señor no me dirigía la palabra. Ni siquiera me miraba. Sus ojos se paseaban por encima y por detrás de mí, mas ni siquiera me veían. ¿Qué más podía hacer, sino callar y preguntarme qué habría hecho? ¿De qué manera Le habría disgustado? De seguro que me hablaría pronto. Pasaron días – una semana, dos semanas, tres semanas. Seguía ignorando mi existencia. Lloraba en mi fuero interno, ‘Swami, Swami, mi Señor. No puedo vivir sin que reconozcas mi existencia. Sin Tu amor la vida ya no tiene encanto. Preferiría morir a estar así sin Ti.’ Esa era mi súplica y comencé a pensar realmente en que si Swami no me hablaba, le pondría fin a mi vida.

“Pasaron un mes y tres días de silencio después de mi regreso. El 23 de diciembre, justo antes de Navidad, Swami llevó a una familia a la salita de entrevistas, sólo una familia – una pareja de ancianos, su hijo, su hija y sus familias. Después de unos momentos Swami abrió la puerta, miró hacia las filas de hombres en la veranda y pronunció sólo una palabra, ‘Bhatia’. Sobresaltado, repliqué con voz entrecortada, ‘Swami’. ‘Bhatia, ven’. Me levanté y tambaleándome fuí hacia la puerta. Adentro, Swami dijo, ‘Siéntate. Te lo voy a mostrar todo’.

“La pareja de ancianos celebraba sus bodas de oro, de modo que me senté y observé como Swami producía *mangala sutras*, anillos y otras cosas, bendiciendo a la familia de diversas maneras. Finalmente, Swami les condujo hacia la habitación privada. Esperé solo. Por último, salió la familia, tomó asiento y Swami me hizo entrar.

“Finalmente estaba con Swami en la sala de entrevistas personales. Se sentó en Su sillón y me senté en el suelo frente a Él. Me miró a los ojos y me hizo una pregunta, ‘¿Por qué sientes que no te amo?’ Me quedé quieto ahí, con las manos unidas. Repitió la pregunta, ‘¿Por qué sientes que no te amo? En tu mente esto y aquello. Swami no me habla; Swami no me ama, Tu eres mi hijo. Eres mi niño, Yo te amo.’ Tomó mi cabeza y la apoyó en Su falda y comenzó a darme palmaditas y a acariciarme, como lo hace una madre con su bebé. Mientras lo hacía, decía, ‘No, Bhatia. Nunca sientas que no te amo. Te amo, hijo mío. Recuerda, Yo soy Dios, Yo soy Amor. Vive en el amor. Vive en el Amor y vivirás en Dios.’ Mirándole, dije, ‘Sí, Swami, viviré sólo en Tu amor. No hay nada más en mi vida.’

“Entonces me dijo, ‘¿Qué es lo que quieres?’ Repliqué, ‘Swami, no quiero nada’. Pero repitió, ‘¿Qué es lo que quieres?’ ‘Swami, Te quiero sólo a Ti. Tu me lo has dado todo. No hay nada más que pudiera querer.’ Pero no quiso aceptar esta respuesta y siguió preguntando. Finalmente, dije, ‘Swami, ¿prometes darme cualquier cosa que desee?’ ‘Sí, ahora de daré cualquier cosa.’ Y dije, ‘Bueno. Deseo fundirme en Ti aquí y ahora. No quiero abandonar este cuarto, Swami. Por favor absórbeme en Ti.’ ‘¿Qué?’ dijo, ‘Tienes mujer, tienes hijas, tienes tu trabajo. ¿Quieres desertar de tus responsabilidades? En la plenitud de los tiempos te daré lo que quieres. Mas es egoísta el quererlo ahora eludiendo tus responsabilidades.’ Vi que lo que decía era cierto. Yo era un egoísta queriendo la liberación aquí y ahora. Retiré mi petición y dije, ‘Swami, dime ¿por qué me has traído a un mundo tan sucio, tan lleno de confusión y de caos? Dime eso, por favor.’ Mi maestro me dio otra bella lección cuando dijo, ‘Te he traído aquí para hacer Mi trabajo.’

“De modo que es esto lo que le digo a mis hermanos y hermanas que están trabajando para Sai. Él nos ha traído acá, a encarnar, para hacer Su trabajo. Cuán bendecidos somos. Cada uno tiene un trabajo especial que hacer para Su misión. Debemos encontrar nuestra labor Sai y llevarla a cabo de todo corazón y con todo el amor que podamos poner en ella. Y debemos seguir estricta y continuamente las enseñanzas de Swami.

“Ahí estaba, solo a los pies de Swami, empapando literalmente Su túnica y Sus pies con mis lágrimas. Él seguía dándome palmaditas con amor. Cuando pude hablar de nuevo, dije, ‘Te lo ruego, Swami, por favor dame la fuerza y la voluntad y el amor y el entendimiento para llevar a cabo mi trabajo como instrumento Tuyo.’ ‘Lo haré. Lo haré’, dijo. Luego puso su mano debajo del cuello de mi camisa y

comenzó a masajear mi columna vertebral con Sus dedos. Sentí como si mi *kundalini* ascendiera y ascendiera. Pareció llegar justo hasta el Chakra Coronario y sentí que no existía ni el espacio ni el tiempo. Mientras me masajeara la columna, repetía, 'Bhatia, eres Mi hijo y te amo'. Entonces, cuando me tuvo en este estado de cuasi-*Samadhi*, se puso de pie y dijo, 'Mira lo que te estoy mostrando'. Yo había soltado el borde de Su bata y estaba de rodillas, con la manos unidas y mirándole. Mientras Le miraba, desapareció de mi vista. Simplemente, ya no estaba allí. Yo no podía darle crédito a mis ojos. Swami había desaparecido de donde estaba parado; había desaparecido de la habitación. Me comenzó a invadir el pánico. ¿Qué podía hacer? ¿Qué sucedería si saliera de allí solo y les dijera que Swami había desaparecido? No me creerían. Me matarían. Me sentía muy confuso y temeroso. Entonces, créanlo o no, ví a la Madre Parvati parada frente a mí, justo ahí en donde había estado Swami. Ella estaba en una forma que no solamente podía ver, sino que también sentir y tocar con mis manos. Una bella mujer, con una tez blanca como la nieve y una expresión llena de amor, gracia y compasión. Vestía un *sari* verde amarillento con bordados de oro. Caí a Sus pies de loto y los besé. Cuando me volví a arrodillar, puso Su mano sobre mi cabeza y me habló de la manera en que lo había hecho Swami, 'No te preocupes, eres mi hijo', dijo, 'Yo cuidaré de ti. Te amo. Hijo mío, siempre te amaré. Nunca te preocupes'."

El Dr. Bhatia parecía casi arrobado con el recuerdo de la visión. Yo también me sentí transportado a los pies de la bella Parvati, una diosa por la que siento mucho amor. Me parecía casi escuchar el dulce tono de su divina voz. "¿De qué edad parecía?" le pregunté al Dr. Bhatia. Se quedó pensando unos instantes y respondió, "De unos treinta y dos años". Y continuó :

"Pronto ella desapareció y ví al Señor Siva parado en su lugar. Su estatura era como de 1.93 metros, con una inmensa barba negra y pelo oscuro largo que le llegaba hasta los hombros. Su rostro era como el de un gran yogi. Mientras Parvati era muy blanca, Su tez era oscura. Sólo puedo decir que si ella fuera la 'ella' perfecta del universo, Siva era el perfecto 'él'. Parecían hechos el uno para el otro. Él llevaba una vestidura como un '*dhoti*' ajustado a la cintura, y llevaba el torso desnudo. Caí a Sus pies y besé Sus tobillos. Me quedé ahí unos dos o tres minutos. No dijo nada, pero mantuvo Su mano sobre mi cabeza, igual que lo había hecho la Madre Parvati. Sabía que me estaba impartiendo Sus divinas bendiciones. Podía sentir los latidos de la enérgia, la gracia y el amor que fluían de Él; podía escuchar el sonido creador del universo proviniendo desde Él... *Aum...aum...aum...*

"Justo cuando sentía que ya no podía resistir más de Su gloriosa abrumadora presencia, les vi a ambos parados frente a mí – Siva y Parvati, uno al lado del otro. Ella puso de nuevo Su mano sobre mi cabeza y dijo, 'Hijo mío, ambos te amamos. No te preocupes, siempre cuidaremos de ti.' Se acercaron el uno al otro y comenzaron a fundirse en una sola forma. Cuando se hicieron por completo uno, *Siva-Shakti*, Swami Mismo emergió de ellos.

"'Puedes ver – dijo – no soy sólo un hombre o una mujer.' Entonces, golpeándose el pecho, dijo, 'Yo soy Dios'. Entonces me tomó la cabeza y la acercó a Su pecho – pude escuchar el mismo sonido de la creación que escuchara en Siva. Era como si el *Aum* del *Pranava* sonara con cada respiración. Puso Su mano sobre mi cabeza y parecí ser transportado hacia un lugar que no conocía. No había lugar, ni tiempo, ni identidad, ni él, ni yo, tu ni nada – no había sino Dios, una luz fresca y bienaventuranza. Eso fue todo lo que me mostró ese día.

"Comencé a sollozar y a musitar, 'Swami, por favor, no puedo resistir nada más.' Me miró afectuosamente y dijo, '¡Ea, tranquilízate! ¿Qué va a pensar la gente en la otra habitación? Pensarán que Swami está reprendiendo de tal modo a Bhatia que le hace llorar.' Estuvimos repentinamente de regreso en la tierra y me llevó fuera del cuarto, pasando por la cortina hacia la otra habitación. Quedándose allí parado junto a mí, le dijo a una de las personas que tenía una cámara, "Toma una foto de nosotros". Más tarde me dio la fotografía. ¿Era un recuerdo o un recordatorio? Mas, cómo podría olvidar alguna vez la mayor y más reveladora experiencia de mi vida?"

Cuando el Dr. Naresh Bhatia terminó, reinó un completo silencio en la habitación. La historia, el vibrante tono de entusiasmo y de alegría en su voz, su genuina humildad y amor en el relato, nos habían transportado a la realidad trascendental del ser. Fue difícil volver al mundo terrenal.

Mis dos amigos australianos – Neville Fredericks y Sheba Walker – quienes estaban en la habitación y yo, no teníamos duda alguna respecto a la veracidad de la experiencia de Bhatia. Ni nadie que hubiera tenido el privilegio de escucharlo, podría dudar del genuino y joven discípulo del Señor Sai – el Dr. Naresh Bhatia.

*Al ver de nuevo la dorada túnica
moverse por la línea del Darshan,
estamos volviendo a Ti, decimos,
mas en verdad ¿podemos volver
cuando nunca nos hemos ido?*

*Tu mansión es el universo,
Tu mansión es mi corazón,
Tu rebasas el objeto más grande,
Tu eres la partícula más pequeña.
En donde las huellas sobre las arenas sagradas
escriben alfabetos de amor,
volamos de vuelta a Ti, decimos,
mas ¿cómo, Señor, podemos volar de vuelta,
cuando nunca nos hemos ido?*

*Tu eres el pasajero extra en el bus, el coche o el tren,
Tu voz está en los vientos que pasan
y el 'Sai Ram' canta en la lluvia.
El ver una vez más el rostro de Dios
Le da sentido al día.
Volvemos a Ti, decimos,
mas ¿cómo podríamos regresar
cuando nunca nos hemos ido?*

-0-0-0-0-0-0-0-0-

16

SALUD, ARMONÍA Y SANACIÓN

Para servirle a cada uno de nosotros durante nuestras vidas en la tierra existen tres instrumentos principales, llamados a veces cuerpos, envolturas o kosas. Las tres son el cuerpo físico, el cuerpo astral y el cuerpo mental. La salud del cuerpo físico significa armonía en el funcionamiento de sus diferentes partes; de manera similar, la salud de los otros dos cuerpos requiere del funcionamiento armónico de todas sus partes. Mas los tres cuerpos o instrumentos del alma, se encuentran estrechamente entrelazados, vinculados o trabados entre sí, de manera que una desarmonía en uno causará desarmonía en los otros. Si se manifiesta una dolencia en el instrumento físico, la causa básica podría estar radicada en alguna desarmonía en el cuerpo emocional o el mental. De manera similar, el tipo de problema en los cuerpos emocional o mental podría radicar en una desarmonía en alguno de los otros dos instrumentos. Cuando el individuo goza de una perfecta

y radiante salud, significará que los tres instrumentos están funcionando en sintonía y divinamente entrelazados – serán como una orquesta de tres instrumentos tocando armónicamente.

¿Quién controla esta pequeña orquesta que tan a menudo se desafina y pierde armonía? Aquel a quien ella sirve. Aquel conocido como “el alma” o el *Atman* para hindúes y teósofos. Consideramos al dueño de la orquesta como el verdadero y real Uno Mismo. En las enseñanzas del *Avatar* Sai Baba este es el Dios interno. Es justo preguntar ¿por qué esta alma divina que despierta dentro de nosotros hasta la conciencia plena de su Divinidad, no puede controlar los instrumentos que la sirven? ¿Por qué no puede asegurar el Sí Mismo real del individuo que los instrumentos que utiliza en la vida terrenal se mantengan afinados y armonizados? Esta es una buena pregunta que no resulta fácil de responder.

Echemos una mirada a algunos casos de real sanación o de rearmonización, para ver que podemos entender acerca de ellos.

Las Rodillas de Dorothy

“A menos que se le reemplacen ambas rodillas, estará muy pronto en una silla de ruedas para el resto de su vida”, dijo el cirujano ortopédico. Este desagradable prospecto resultaba aún peor que las muletas que Dorothy O’Brien había estado usando por algunos años. El médico le explicó que con las nuevas rodillas de material plástico podría llegar a caminar sin necesidad de muletas. Mas no van a durar para siempre, agregó – después de unos años se desgastarán y requerirán ser reemplazadas. A Dorothy que aún no cumplía setenta años, no le gustó el prospecto de la intervención quirúrgica y de más operaciones en los años por venir. Pero la vida en una silla de ruedas resultaba todavía menos agradable. ¿No habría otra respuesta, ya fuera en la medicina ortodoxa o la alternativa?, se preguntaba. Por diez años había intentado todas las curas posibles para la artritis invalidante en las articulaciones de sus rodillas. Le preguntó al médico, un hombre bondadoso y compasivo, “¿Es la cirugía la única vía posible para que pueda caminar de nuevo?” y él replicó, “A menos de una intervención divina, no hay otro camino”.

Las palabras “intervención divina” encendieron una pequeña luz de esperanza en su mente. Una década antes, ella misma, su hermana gemela Moyia y su muy amada madre Ruth O’Brien, habían hecho una visita al Ashram de Sathya Sai Baba en la India. Cuando llegaron a Su presencia, las tres habían reconocido de inmediato en Sai Baba a un hombre de poderes divinos. En los años intermedios, Moyia había hecho visitas anuales a Sai Baba. Ruth, la madre, estaba demasiado vieja para hacer el viaje; Dorothy estaba a cargo de la Asociación de Bienestar y Rehabilitación ‘Sunshine’ (SWARA) en Brisbane, y no podía alejarse por más tiempo que una visita más. Moyia dedicaba todo su tiempo a ayudarle a Dorothy en el trabajo de terapia ocupacional de la Asociación. Mas ambas acordaron que podría tomarse un tiempo cada año para ir a sentarse a los divinos pies de su maestro espiritual en la India. Swami siempre parecía encantado de verla y le hablaba afectuosamente de su hermana gemela y de su piadosa madre. Las hermanas eran tan dedicadas a su labor de ayudar a los discapacitados que ninguna de ellas se había casado. Viviendo una desinteresada vida de servicio, parecían no tener defecto alguno. Sin saber ni aceptar el *karma*, y sus efectos que se pueden prolongar por más allá de una vida, uno podría preguntarse por qué la dulce y pura Dorothy estaría sufriendo una enfermedad tan invalidante. Una vieja amiga de las gemelas, Valmai Worthington, quien también colaboraba en SWARA, se encontraba en el Ashram de Sai en los momentos en que Dorothy escuchaba el veredicto médico sobre sus rodillas. Valmai supo que Dorothy estaba con muchos dolores y que amistades la estaba urgiendo para que se sometiera a una operación. Consciente de que Dorothy anhelaba la divina ayuda de Swami, Valmai Le pidió ayuda a nombre de su amiga.

En una entrevista de grupo, justo después que Swami le preguntara acerca de las gemelas – a las que Él llamaba sus “hermanas – Valmai Le preguntó valientemente, “¿Te puedo hablar de las rodillas de Dorothy, Swami?” Swami la animó a continuar, de modo que Valmai prosiguió, “Está sufriendo de terribles dolores y el caminar se le ha hecho muy difícil. Un cirujano ha recomendado

una operación. ¿Debiera someterse a ella, Swami?” “¡No!” – replicó Swami con firmeza – “Nada de operación”.

Inmediatamente después de la entrevista, Valmai telefonó a Brisbane para darle la noticia a las gemelas. La recibieron con alegría, porque su decidida respuesta les daba la esperanza cierta que el Señor Mismo le ayudaría a Dorothy. De vuelta en Prasanthi Nilayam, Valmai quería asegurarse que había entendido correctamente las palabras de Swami y Su intención. Mas, preguntarle de nuevo parecería como estar verificando Sus palabras. Vaciló hasta que, unos días después, estando de nuevo en la salita de entrevistas, se armó de valor y Le dijo, “Quiero asegurarme de haberte entendido correctamente respecto de las rodillas de Dorothy. El cirujano dice que debe operarse. Por favor, dime de nuevo lo que dijeras.” Swami respondió muy decididamente, “No. Nada de operación. Yo voy a operar. Yo la voy a curar.”

Oyendo esta segunda respuesta, a Dorothy no le quedó duda alguna acerca de las intenciones de Swami de curarla. Estaba rebosante de alegría y telefonó de inmediato para cancelar los planes para la programada intervención. El cirujano, un hombre excepcionalmente comprensivo, dijo que se sentía feliz por ella, pero que siempre estaría a su disposición para el caso que requiriera de su ayuda en el futuro.

Pareció providencial que una de sus colaboradoras de medio-tiempo, aunque muy confiable, Elma, pudo organizarse como para dirigir la SWARA mientras Dorothy y Moyia estuvieran en la India. Llenas de alegría y de fe, las gemelas y su hermana espiritual Valmai, llegaron a Prasanthi Nilayam en septiembre de 1992.

Mi mujer Iris y yo estábamos residiendo en el Ashram cuando llegaron ellas, en la tarde, a la unidad que les asignaran, vecina a la nuestra, en el Edificio Redondo Cinco. En el *Darshan* de la tarde, cuando Swami pasó frente a ellas, le dijo a Valmai en un tono animado, “Ah, has llegado y has traído a las gemelas contigo”. Esto sonaba a bienvenida y todas albergaron esperanzas para una pronta entrevista.

Ella llegó unos días después. Dorothy fue llevada en silla de ruedas hasta la puerta de la salita de entrevistas y esperó allí entre las demás damas que habían sido llamadas. Cuando Swami volvió del *Darshan*, abrió la puerta y las llamó a entrevista. Valmai empujó la silla de ruedas de Dorothy hasta el lado del sillón de Swami. Después se sintió culpable por ello, mas Swami se preocupó de que todos estuvieran cómodamente sentados, materializó Vibhuti para las damas, y luego se sentó en Su sillón y le sonrió cálidamente a los rostros que tenía al frente. Dorothy cuenta que la miró con gran compasión e hizo varios comentarios acerca de la mala condición de sus rodillas. Mas dijo, consolador, “Yo ayudaré, Yo ayudaré.”

Después de haber hablado con varias personas en la salita, se levantó y pasó la cortina hacia la habitación de entrevistas privadas, indicándole a Valmai y a las gemelas que le siguieran. Valmai empujó nuevamente la silla de ruedas, acercándola a los pies de Swami, quien se había sentado en Su sillón. Unas pocas personas más habían sido llamadas a este cuarto y se sentaron expectantes, en sillas o en el suelo, esperando en silencio para ver lo que podría suceder. Swami se puso de pie. Apoyando firmemente Sus manos en las rodillas de Dorothy – una mano sobre cada rodilla, con las palmas hacia abajo – comenzó a hacer movimientos circulares, sin levantar las manos. Después de unos instantes, levantó las manos y continuó con los movimientos circulares a unas pocas pulgadas por sobre las rodillas. Esto continuó por unos momentos, mientras presumiblemente, el divino poder sanador del Avatar pasaba de Sus manos a sus rodillas. Luego dejó caer la manos a sus costados y le preguntó a Dorothy con una voz dulce y compasiva, “¿Puedes ponerte de pie?” La respuesta suya fue, “Pienso que puedo, con Tu ayuda, Swami”. Él empujó la silla de ruedas algo hacia atrás para darle espacio donde poner los pies, luego tomó sus manos en las Suyas para ayudarle a levantarse. Sintiendo que el dolor había desaparecido de sus rodillas, Dorothy se puso confiadamente de pie. La próxima pregunta fue, “¿Puedes caminar ahora?” y su respuesta, “Creo que puedo, con tu ayuda, Baba”. “Ven entonces”, dijo Swami tomándola suavemente del brazo. Sin dolores y con absoluta confianza, Dorothy caminó a través de la habitación con el Señor, a través de la

puerta, subiendo el peldaño y caminando hacia la salita de entrevistas donde las demás personas estaban esperando. Abriendo la puerta principal, Swami la condujo afuera hacia la veranda. Allí se quedó parada por unos instantes, con Swami a su lado y todos los ojos de la multitud puestos en ella. Se sentía entusiasmada. Hacía años que no había caminado sola, sin muletas, y después de unos instantes, Swami le dijo, “¿Puedes caminar sola ahora?” “Por Tu gracia y por Tu poder, sí puedo.”

Y caminó – a través de las líneas de gentes que esperaban que comenzara el canto de *Bhajans*. Cuando terminaron los cantos, Dorothy recorrió lentamente todo el camino de regreso hasta el Edificio Redondo Cinco, donde su unidad se encontraba en el primer piso. Fue una caminata triunfal. Durante todo el trayecto la gente trataba de tocarla y de hablar con ella; algunos con sus filmadoras registraban la primera caminata larga de la sanada inválida.

Iris y yo la esperábamos en el rellano del primer piso. La observamos subir las escaleras hacia nosotros, sujetándose del pasamanos pero sin necesitar de otra ayuda. Su dulce rostro estaba iluminado de alegría mientras se acercaba. Pensamos que iba a doblar a la izquierda hacia su unidad, pero dobló hacia la derecha para venir a la nuestra. Moyia, Valmani y otros que la seguían, también entraron. Algunos con sus filmadoras y cámaras y hubo mucho jolgorio y celebración. En mi corazón – y sospecho que también en el de Dorothy y de otros – fluía una corriente de agradecimiento al Señor por Su divina curación de esa mañana.

He sido testigo de otros casos en los que Swami ha hecho caminar a minusválidos, pero nunca he sabido qué ha sido de ellos después. Mas, siendo que las gemelas O'Brien se cuentan entre nuestras amigas más íntimas, puedo prestar testimonio respecto a que la adorable Dorothy O'Brien está caminando aún, sin ayuda de una silla de ruedas o de muletas, tres años después de su sanación.

Susan y el Pequeño David

Un joven médico y devoto de Sai a quien conozco, me dijo que creía que toda curación genuina viene de Dios, que el sanar cuerpo o mente es básicamente una sanación espiritual. Los doctores en medicina y los sanadores alternativos pueden creer que han curado una enfermedad, pero no han desempeñado sino una parte – usualmente una pequeña parte – para facilitar el flujo de la sanación divina. Puesto que Dios vela por el verdadero bienestar del sufriente, no puede haber una curación física a menos que lo permita el *karma*, porque el *karma* mismo produce una sanación eventual, al incluir, como lo hace, una restauración del equilibrio y la armonía. Si se necesitara una sanación a través del *karma*, la continuidad del sufrimiento físico podría ser la mas verdadera sanación. También necesitamos entender que el Dios único actúa de variadas maneras – como el Divino Jesús, como el Divino Sai Baba etc. Puede actuar a través del Dios dentro del paciente o a través del centro divino más evolucionado del sanador. De hecho, el regreso a la armonía, la calma y la buena salud puede venir a través de más de un canal. Además, puede que se produzca un terrible sufrimiento en más de una persona antes de darse vuelta la página del *karma* y de que la sanación plena venga a eliminar el sufrimiento.

Este fue el caso de Sue y el pequeño David. En la época que empezaran sus sufrimientos, Sue Cotis, su marido Barry y dos pequeños – una hija de siete años y el hijo de cinco, David – vivían en la Gold Coast, una hermosa parte de Queensland, en la que treinta millas de playas doradas son acariciadas por el Océano Pacífico. Sue vivía feliz y apaciblemente, sin sospechar que los dioses, no los del Olimpo, sino los del Karma, estaban por asestar un golpe devastador.

Hacia fines de 1988, cuando David tenía cinco años y medio, recibió las inyecciones de inmunización que reciben todos los niños de su edad – cuatro en total. Dos días antes de recibir estas inyecciones, le habían obturado dos caries dentales con amalgama. Susan piensa que ellas pueden haber gatillado los terribles desórdenes nerviosos que siguieron, aunque ninguna autoridad médica se lo haya dicho. Pocos días después, David comenzó a sufrir, a diario, unos leves ataques que afectaban a su cabeza, sus ojos y sus brazos. Después de una batería de exámenes, no se pudo encontrar ningún indicio para determinar su origen. Pensando que se podía tratar de un

comienzo de epilepsia, los médicos recetaron las drogas standard. Mas, en lugar de mejorar, los ataques empeoraron. Frecuentemente, David caía repentinamente de espaldas. Cuando los especialistas médicos no parecían poder ayudar, Sue y Barry intentaron todos los tratamientos médicos alternativos disponibles. En Brisbane la gama de ellos no era muy amplia. Trataron con homeopatía, acupuntura, hiebas chinas. Consultaron a dietistas y neurocirujanos. Mas al niño parecía haberlo atacado algo peor que una epilepsia común. David se volvió más ausente, más agitado e iracible, y sus ataques de caídas aumentaron en número e intensidad.

Puesto que cuidar de él se había transformado en una labor de tiempo completo, Sue tuvo que renunciar al trabajo que había tomado para aportar al presupuesto familiar. Para compensar esta baja, Barry trabajó más horas como consejero de seguros, dejándole la mayor parte del cuidado de David a Sue. David era violento. Atacaba a su madre y a María su hermana; rompía los juguetes propios y los de su hermana. María que sólo tenía siete años y no entendía lo que pasaba, comenzó a pegarle a su hermano. Culpaba a sus padres por el cambio, diciendo, “¿Qué han hecho con mi hermano chico? – como si él se hubiera ido y un demonio hubiera tomado su lugar.

Sue continuaba yendo donde cualquier sanador que un amigo le recomendara; algunos se encontraban a grandes distancias. Ello resultaba muy difícil, porque el niño se mostraba hiperactivo en todo momento y, además, había perdido tanto el control de su vejiga como del esfínter. Al igual que los facultativos médicos, los sanadores sacudían la cabeza y declaraban como incurable al niño. Mas Sue no quería perder la esperanza. A veces oía decir a sus amigos que estaba demasiado apegada a David, que lo estimulaba a exagerar sus síntomas para llamar su atención. Otros decían que debía aceptar el veredicto de que era incurable.

Se encendió para ella una pequeña luz, cuando una clarividente le dijo que, eventualmente David mejoraría, pero que, antes de eso, estaría mucho peor. Empeoró y las cosas en el hogar se convirtieron en una pesadilla. Sue intentó tratamientos con un psicólogo oficial del gobierno, un consejero cristiano, un centro de sanación holística. Nada ayudaba. Los desesperados intentos por lograr una cura eran costosos y, aunque Barry trabajaba por larguísimas horas, sus entradas se hacían insuficientes. También iba desapareciendo la energía de Sue – estaba cerca de un punto de quiebre.

En febrero de 1990, quince meses después que comenzara el problema, David dejó por completo de hablar. Su lenguaje se había ido deteriorando – a la edad de seis años y medio estaba completamente mudo y todos los demás síntomas de su misteriosa e indignantolable dolencia se iban haciendo cada vez peores. ¿Cuánto más podremos resistir esto y mantener el juicio? Se preguntaba Sue. Había sido miembro de la Iglesia Unificadora, pero no encontraba ayuda en la religión.

En esta época, Sue oyó hablar por primera vez de Sai Baba. Un antiguo profesor de Yoga le aconsejó llevar a David directamente a la India al *Ashram* de Sai Baba. Le dijo con gran confianza, “Si el *Karma* lo permite, Baba ciertamente curará a tu David.” Le indicó que buscara el Centro Sai Baba en Brisbane, que leyera todos los libros que pudiera acerca del maestro y sanador divino y que le rezara a Baba pidiendo Su ayuda. También le anotó los detalles acerca de cómo llegar al *Ashram* y le indicó el costo aproximado. Ni ella ni Barry tenían dinero como para comprar pasajes a la India, y aunque el dinero apareciera milagrosamente, Sue sabía que no tendría la fuerza como para manejar sola al niño durante el largo viaje en avión hasta la India.

Mas encontró el Centro Sai en Brisbane y conoció a la positiva ayudante Valmai Worthington. Valmai le prestó a Sue todos sus libros Sai Baba y le dijo que había de escribirle cada día una carta a Sai Baba y rezarle desde lo profundo de su corazón. Además, debía darle a su hijo, dos veces al día sin falta, media cucharadita de te de *Vibhuti* (la sagrada ceniza de Sai) en agua. Le dijo, “Ten fe, Swami ha curado enfermedades incurables por sanación a distancia.” Valmai le inspiró confianza a Sue con su tono asertivo.

A partir de ese día, Sue estudió los libros de Sai Baba y le dio al pequeño David el tratamiento diario prescrito. Le rezó con todo su corazón a Swami y le escribió a diario cartas solicitando Su ayuda.

Por alguna razón, las esperanzas de Sue comenzaron a remontarse y sintió internamente que había cosas positivas que estaban por suceder. Mas se molestó cuando su marido le relató la historia de David a un reportero y esta apareció en uno de los principales diarios de Brisbane. No obstante, aunque ella detestaba la publicidad, esta trajo un resultado muy positivo, lo que la llevó a pensar que tal vez Barry había sido inspirado por Sai Baba. Susan recibió una carta de una señora que había leído el artículo, en que le decía que era una sanadora cristiana y que estaría feliz de tratar gratuitamente a David. Agradecida, Susan comenzó a llevarle a su hijo para tratamiento dos veces por semana. La sanadora le daba masajes y usaba terapia de colores; también sugirió juegos que la madre podía jugar con David cada noche y recomendó música para acompañarlos.

La cura no fue inmediata. Los ataques continuaron a diario, pero parecieron perder intensidad. Entretanto, Sue siguió religiosamente la terapia Sai sugerida por Valmai, de los rezos y la carta diaria al Señor y la dosis de *Vibhuti* dos veces al día.

Entonces amaneció el gran día. Noviembre, 1990. La sanadora que se había convertido en una buena amiga, le dijo a Sue una mañana, “Voy a llevar a David a la playa hoy y voy a jugar con él mientras tu haces tus compras.” Sue aceptó la oportunidad. Nadie le había ofrecido nunca cuidar del niño para darle a ella un descanso. En la tarde, la sanadora volvió con David. Dijo, “Sue, vas a creer que soy tonta, pero llevé a David al mar y le dí un bautizo cristiano, le lavé por completo con agua de mar, pronunciando, mientras lo hacía, las palabras del sacramento”. Susan se sintió contenta con esto, porque con todos los problemas, nunca se habían dado el tiempo para bautizar a David. “Desde ese mismo día – recuerda Sue – cesaron los ataques que le daban a David regularmente de noche y en la mañana.” En un comienzo, Susan y Barry casi no podían creer que la horrenda pesadilla de su hijo había llegado a su fin. Mas, al pasar los días y las semanas sin señales de los síntomas, supieron que Dios les había hecho un gran milagro de sanación. Sus corazones se llenaron de contento y gratitud.

Cuando Sue terminó de contarme su historia, le pregunté si le daba el crédito de la sanación a Sai Baba o a Jesús. Me respondió, “A ambos. Le doy las gracias a ambos desde el fondo de mi corazón.”. Luego, en un instante de inspiración, agregó, “De seguro que ambos son lo mismo.” “Si, tienes razón”, le dije, “Swami nos enseña que todos nosotros somos uno y, por ende, los Hombres-Dios son uno, sea cual fuere el momento en el tiempo en que hayan venido a la tierra. De esto se desprende que puedes ser, al mismo tiempo, una verdadera cristiana y una devota de Sai.”

La devastadora experiencia de David y su feliz término convirtió a Susan en devota de Sai Baba – e, indudablemente, una cristiana más comprensiva y genuina. Lo demostró llevando a cabo trabajos de voluntariado con las gemelas O’Brian y Valmai Worthington en el SWARA.

Una cosa que debemos comprender claramente es que no existe la rivalidad ni los celos entre las manifestaciones *avatáricas* de Dios.

Misterios de la Sanación

A veces me pregunto qué es lo que sabemos realmente acerca de los misterios de la sanación – sus procesos, la profundidad y alcance de su significado. En 1990, Isaac practicaba la medicina en Sydney, Australia, cuando se produjo lo que él denomina “el incidente”. Sus padres vivían en Melbourne en donde, pese a haber nacido en la Europa del Este, Isaac se había graduado en la Universidad de esa ciudad.

El incidente comenzó cuando su madre, una química de investigaciones industriales de sesenta y cinco años, salía de un concierto multitudinario. Caminando por el pasillo, tropezó en un paraguas o un bastón y cayó pesadamente al suelo fracturándose la cadera. Este malhadado

accidente marcó el climax de tres infortunios. Se había caído fracturándose la muñeca algunas semanas antes; poco después, habían entrado ladrones a su hogar en Melbourne y se habían llevado numerosos objetos de gran valor personal para ella y su marido; y ahora se producía esta caída suya en la sala de conciertos.

Era una mujer frágil y delicada. Los doctores encontraron que se había fracturado gravemente la cabeza del fémur cerca de la cadera. El Dr. Isaac dice, que, no obstante, fue afortunada porque un excelente cirujano estaba de turno para efectuar la operación. El padre de Isaac le llamó desde Melbourne para contarle del accidente, asegurándole que su madre estaba en las manos de un cirujano competente y en un muy buen hospital. Isaac telefoneó al hospital y habló con su madre justo cuando esta venía saliendo de la anestesia. Bajo las circunstancias, parecía estar bien e Isaac no se preocupó. Telefonó nuevamente al otro día para chequear su progreso. Le comunicaron primero con la sala de enfermeras y se alarmó al oír que habían surgido tres complicaciones. Su diabetes estaba fuera de control; su presión arterial era alta, y había desarrollado una neumonía. Isaac pidió hablar con su madre. Le pareció que sonaba muy débil y distante. Su experiencia médica y su intuición le indicaron que su madre estaba por morir – este devastador pensamiento lo dejó aturdido. Trataba de pensar, mas los pensamientos no llegaban. Todo lo que podía hacer era sentir con certeza que no quería perder a su madre. Como lo explica, quedaban muchas cosas por arreglarse entre ambos – no podía perderla. De pronto se le pasó algo por la mente, buscó el número telefónico de una amiga en Melbourne – una clarividente que también era sanadora. Había aprendido en el pasado a respetar sus visiones del lado interno de la enfermedad y la curación. La llamó, en la esperanza que le pudiera dar algunas instrucciones que le ayudaran a salvar la vida de su madre.

Y, en verdad, eso fue lo que hizo. El Dr. Isaac cuenta, “Me indicó que entrara en un estado de meditación y que mantuviera un monólogo mental con mi madre. Debía intentar resolver nuestros conflictos del pasado, perdonándole las cosas que yo considerara como injusticias para mí. A lo largo de todo, había de enviarle mucho amor, lo que no me fue difícil, porque realmente la quería mucho de modo que me concentré en ello. Me indicó que contactara también a la entidad de la enfermedad y le hablara directamente. Yo estaba determinado a sanar a mi madre, porque no estaba preparado para perderla sin haber solucionado los problemas entre nosotros. Las cosas no siempre habían sido fáciles entre nosotros, aunque ahora traté de dejar todo eso de lado, de desecharlo y de perdonarla completamente. Conversé con la entidad de la enfermedad de manera muy franca – haciendo uso de toda mi fuerza y voluntad, la enfrenté y le ordené dejar tranquila a mi madre. Cuando entré en esta meditación, estaba preparado para tomar todo el tiempo que fuera necesario – aunque fuera toda la noche. Mas, después de unos cuarenta minutos, supe que la tarea había sido cumplida. De alguna manera había sido capaz de vencer a la entidad de la enfermedad, convenciéndola para que dejara a mi madre. Aunque podría haber continuado con esta actividad interna en la que había puesto mi corazón, mi mente y mi voluntad, sentí que la tarea estaba cumplida. La entidad se había retirado y todo lo demás que yo hiciera sería supérfluo. Terminé como a las once y me fui a dormir.

“A la tarde siguiente telefoné a mi madre para saber como estaba. El sonido de su voz me indicó que había sanado. Sonaba positiva, llena de energía de vitalidad. Después de conversar un rato, me contó de una experiencia que recién había tenido. Mientras yacía en la cama del hospital, tuvo la experiencia de una luz azul que parecía emanar de un punto con forma de diamante situado en su entrecejo. No lo había visto con sus ojos físicos, sino con una visión espiritual. Esta luz había llenado su cuerpo y con ella llegó la dicha – un tipo de dicha que nunca había vivenciado antes. La experiencia la llenó de gozo, pero me pidió que no le dijera nada a papá, porque él iba a pensar seguramente que había sufrido una alucinación.” Ella no supo como entender la experiencia, porque no había practicado religión alguna. Su única actividad religiosa se había reducido a mantener ritualmente las festividades judías, cosa que se enmarcaba más en lo social que lo espiritual. Al igual que su marido, su formación y educación habían sido científicas y ambos eran agnósticos.

El Dr. Isaac cuenta que cuando le telefoneó a su madre al día siguiente, ella le dijo que estaba feliz, porque se le había repetido la experiencia de la luz azul en su entrecejo. Aunque no había sido

tan intensa como la primera vez, había sido exactamente la misma. Ahora, en lugar de mostrarse desanimada, deprimida y sumiéndose hacia su muerte, sonaba jovial y dichosa. A partir de ese día fue progresando lenta pero seguramente y se recuperó bien.

Con la formación ortodoxa que había tenido como doctor en medicina, Isaac podía muy bien haberse burlado de la idea de hablarle a una entidad de una enfermedad, mas fue lo suficientemente receptivo como para seguir el consejo de la psíquica. Se siente muy seguro respecto a que fue esto lo que le hizo recuperar la salud a su madre – siente que, de lo contrario, seguramente ella hubiera muerto.

Los teósofos habrían dicho que, probablemente, él habló con el elemental físico que es como el administrador de la factoría del cuerpo humano físico. Los curanderos de los aborígenes australianos podrían decir que le habló a los órganos mismos del cuerpo físico para que tomaran sus lugares y se sanaran a sí mismos [Al respecto los refiero al Capítulo 13 del libro “*Mutant Message Down Under*” de Marlowe Morgan]. Mas existen sobresalientes maestros espirituales, incluyendo al Sai Baba de Shirdi, que hablan de la realidad de estas entidades de las enfermedades. A diferencia de sus padres, el Dr. Isaac está profundamente interesado en la dimensión espiritual de los macro y microcosmos. En su camino hasta llegar al *Avatar* Sathya Sai Baba, pasó tiempo absorbiendo las enseñanzas de Paramahansa Yogananda y de Ramakrishna Paramahansa. Ahora es un devoto plenamente comprometido de Sathya Sai Baba.

Concuerdo con mi joven amigo médico que toda curación verdadera viene de Dios, pero Dios no se encuentra necesariamente por allá, en algún lugar lejano a nosotros mismos. Está dentro de nosotros y, de hecho, es nuestro verdadero Uno Mismo. Por ende, en resumen, nos sanamos a nosotros mismos. Mas al parecer se requiere de técnicas. La técnica que conozco y que he probado por experiencia personal para mantener saludables al cuerpo y a la mente es una que he aprendido de varios tipos de *Yoga*. En pocas palabras, es la siguiente. Existe una energía cósmica disponible para nuestro uso. En sánscrito se la llama *prana* y está por este nombre en todos los *Yogas*. Esta energía, este *prana*, va a dondequiera que la mente lo dirija. La conciencia es el vehículo en el que viaja; la intención, más el poder de voluntad de nuestros divinos sí mismos internos, es el motor que mueve ese vehículo. Para mantener saludables al cuerpo y la mente – para superar o prevenir bloqueos en el flujo de las energías a través de nuestros vehículos físico, etérico y mental – se debe mandar el *prana* a cada parte del cuerpo, ya que va a dondequiera que nuestra conciencia lo lleve. Para mantenernos saludables, debemos hacer esto cada día. Si sintiéramos una dolencia en cualquier parte del cuerpo, lo cual indicaría que hay un bloqueo de energía allí, habríamos de dirigir en mayor medida al *prana* hacia allá. Este es el secreto de los grandes yogis. Si fracasáramos en llevar a cabo eficazmente esta terapia, deberemos buscar una ayuda terapéutica externa. Aunque almas no realizadas – o lo que denomino los dioses menores con amnesia – pueden proporcionar alguna ayuda, la única curación verdadera viene de Dios. Y la mejor fuente de esa ayuda divina es el *Avatar* Sai Baba. Así como muchos saben de su labor como el gran sanador, puede que algunos pregunten por qué sanando muchas enfermedades, incluyendo las incurables, hay algunas que deja de curar. ¿Es posible que un *Avatar* pueda fracasar en lo que se propone hacer? Hay momentos en los que asegura a los parientes de un enfermo que se está haciendo cargo de él y, si alguien le pregunta directamente, “¿Vas a sanarlo, Swami?”, puede que responda, “Sí, sí, voy a sanarlo”. Sin embargo, algunas veces, a pesar de esta clara afirmación, el paciente muere. ¿Cómo podemos entender y aceptar algo así, si creemos que el *Avatar* no puede fracasar?

Por cierto que sanar no puede significar sino una cosa : el devolver la armonía a la enfermedad o desarmonía, para permitirle a la persona funcionar normalmente en la tierra. ¿Más existirá otro significado? Descubrí que en verdad existe otro cuando leí recientemente la traducción de la obra de Platón, “*Los Últimos Días de Sócrates*”. La clave se encuentra en las pocas páginas finales. Sócrates está bebiendo la cicuta, a que lo condenara el gobierno de Atenas. Reunidos en la habitación en que está bebiendo el veneno, se encuentran algunos de sus muchos amigos íntimos. Uno de ellos es Crito. Mientras la cicuta va actuando, ascendiendo lentamente por el cuerpo de Sócrates, comenzando por sus pies, el gran maestro trata de enseñar a los que le rodean acerca de los significados más profundos de la vida y la muerte. Crito le pregunta qué es lo que quiere que se

haga con él después de su muerte. Sócrates replica, “Lo que quieran, si es que logran atraparme”. Luego comenta que Crito no quiere entender que Sócrates no es su cuerpo. Sólo su cuerpo morirá y a él no le importa lo que hagan con eso. Justo antes que la mortal cicuta llegue a las áreas vitales y le quite la vida al gran filósofo, dice algo que, para mí, clarifica el problema frente a nosotros. El frío se extendía ya hasta su cintura cuando Sócrates dejó a la vista su rostro, al que había cubierto antes, y pronunció sus últimas palabras, “Crito, habríamos de ofrendarle un gallo a Esculapio. Encárgate de ello y no lo olvides.” Crito respondió, “Así se hará. ¿Estás seguro que no hay nada más?” Sócrates no respondió la pregunta. Había cubierto su rostro de nuevo. Después de unos momentos, Crito se puso de pie y lo descubrió – vió que los ojos estaban fijos. Viéndolo, procedió a cerrar la boca y los ojos de Sócrates. “Así fue la muerte de nuestro camarada – dice el escritor – quien fuera, podemos decir en justicia, el más valiente y también el más sabio y el más íntegro de todos los hombres que conocimos en nuestro tiempo.” Hay una nota al pie de la página que explica que Esculapio era el dios de la curación para los antiguos griegos. El sacrificio de un gallo que Sócrates pide en el momento de su muerte, representaba una ofrenda de agradecimiento al dios, porque Sócrates consideraba a la muerte como la curación de la enfermedad de la vida. No me cabe duda que el misericordioso Sathya Sai Baba la ve de igual manera cuando iguala la muerte de alguna persona con la sanación.

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

17

BANGAROO

Mi muy querida Iris,

He tenido mucha evidencia de amigos más sensibles a otros mundos que yo, que vienes a visitar nuestro viejo hogar aquí en Hazelbrook y otros lugares cada vez que tienes un buen propósito para hacerlo. De modo que me pregunto si estás aquí ahora, leyendo esta carta mientras lucho por escribirla. Digo ‘lucho’ porque la carta es para ser publicada. Deseo evitar cosas que ya he dicho en otros libros. Mi objetivo es enfocar aspectos de nuestro grandioso viaje juntos, en el que desempeñabas una parte tan importante. Deseo proyectar un retrato más verídico de ti de lo que haya hecho en escritos previos. Por eso deseo compartir contigo, en el recuerdo, unos pocos aspectos no narrados de eventos que disfrutamos juntos durante nuestros felices vagabundeos. Imaginaré que estás sentada aquí, a mi lado, como en verdad muy bien podrías estarlo.

Recordarás, sin duda, que Swami nos dijo, en los primeros días, que en nuestras últimas vidas habíamos sido niños indios y amigos muy íntimos. Dijo en otro momento que habíamos vivido en la misma comunidad de los padres del Sai Baba de Shirdi. Debido a que me salvaras la vida una vez, cuando éramos muchachos indios, yo había prometido, dijo Swami, buscarte en nuestra próxima vida y darte todo el apoyo que pudiera. Aunque me pregunto ahora, ¿quién apoyó a quien? No piensas que, en retrospectiva, fue un apoyo mutuo – dando y recibiendo, enseñando y aprendiendo.

Nuestro Señor subrayó que casi nos habíamos encontrado en varias ocasiones antes del encuentro definitivo. Lo conversamos, ¿recuerdas? Pensamos que nuestros caminos se habían cruzado como diez veces, en el norte de Inglaterra, en los primeros días, a comienzos de la II Guerra Mundial.; más adelante, qué notable fue que fuéramos alumnos de la misma Escuela de Yoga en Sydney por dos o tres años, antes de encontrarnos en 1958 – porque ambos cometimos el mismo error acerca del día de reiniciación de clases después del feriado de Navidad. Nadie fuera de nosotros dos cometió esa equivocación. Me pregunto ahora si el evento no fue montado por Swami. Él señala

frecuentemente que todos los eventos importantes en esta vida han de producirse en el momento preciso – el tiempo es un elemento esencial. Se que fue así en esta ocasión, porque no habría estado preparado antes para el gran evento. Estábamos destinados, tu y yo, a ser compañeros cercanos en los vitales capítulos de la búsqueda espiritual que llevó al descubrimiento de nuestra resplandeciente estrella, nuestro *sadguru* Sai Baba.

Recordarás cómo buscamos una iglesia que le otorgara una dimensión espiritual a nuestro matrimonio. Pensamos que era una tarea más bien imposible, mas, indudablemente por la gracia de Dios, la encontramos finalmente en la Iglesia Católica Liberal. Aunque tuviéramos en 1959 lo que mi madre llamaría un matrimonio planeado en el cielo, pienso que encontrar y hacernos miembros de la Iglesia Católica Liberal fue importante, convirtiéndonos en parte del divino designio que gobierna nuestras vidas o, como lo expresa Shakespeare : “Esa divinidad que modela nuestros extremos, por muy toscos que sean.” Al hacernos miembros y amigos del clero de esa Iglesia, llegamos finalmente a convertirnos en miembros de la rama australiana de la Sociedad Teosófica y ese, como bien sabes, fue un eslabón en la cadena que nos condujo a Adyar, a la India y a Sathya Sai Baba.

En libros anteriores he descrito nuestro viaje a través de medio mundo para encontrarle a Él – nuestra estrella de trascendencia – de modo que no lo repetiré aquí. Voy a saltar, en cambio, al viaje durante nuestro primer invierno en el sur de España. ¿Recuerdas la casa morisca que se abría hacia la playa en la Costa del Sol? Aunque el arriendo era bajo en la pequeña aldea de Rincón y las compras de almacén eran baratas en la bella Málaga, a diez millas de distancia, la gasolina era muy cara, salvo en Gibraltar, que quedaba muy lejos para visitarlo a menudo. Teníamos que cuidar nuestros peniques.

Me sentaba a escribir feliz en la habitación que miraba al mar, pero ambos sabíamos que mi trabajo no produciría dinero alguno antes de visitar Inglaterra, la primavera próxima. Por ende, sería razonable para nosotros el ganar algo de dinero en España. Mas, ¿cómo hacerlo en la soñolienta y remota aldea? Tu pensaste en enseñar *Hatha Yoga*, para lo que estabas bien calificada. Mas el Generalísimo Franco estaba aún a caballo en la montura española, lo que implicaba que la iglesia era poderosa y cerrada. El *Yoga* era considerado como hechura del demonio y, por ende, tabú. El publicitar clases en Málaga no sería seguro. Afortunadamente, sin embargo, había un buen número de hibernadores de otras partes – Canadá, Inglaterra, Suiza y Estados Unidos. Todos parecían ansiosos por aprender *yoga*. Tal vez el más interesado de todos era Sandy, un psicoanalista de Nueva York.

Muy pronto comenzaron y florecieron tus clases en una de las habitaciones de nuestra casa. Rafael, un joven español de Málaga, oyó de ellas y no perdió ni una sola clase, llegando en su motoneta por la sinuosa carretera que bordeaba la costa. El se convirtió en tu más constante alumno y nuestro más íntimo amigo. Dos sacerdotes que vivían en una casa en los límites de la aldea, oyeron hablar de estas extrañas cosas que estaban sucediendo en nuestra casa. Vinieron enfundados en sus largas y negras sotanas para ver de qué se trataba el *yoga*. Mas nuestra vecina, una joven estadounidense, les interceptó advirtiéndoles que si atisbaban dentro, iban a ver mucha desnudez femenina. Esto era cierto, porque una de las alumnas, una suiza, hacía *yoga* en bikini. En todo caso, los sacerdotes decidieron que la discreción era lo más valioso de la valentía, de modo que, con la desilusión pintada en sus rostros, emprendieron la retirada hacia su casa en la colina.

Sin duda recuerdas cuando Rafael llegó un día con un joven muy asustado en el asiento de atrás. Puesto que sabíamos *yoga*, Rafael pensó que podríamos ayudarlo. El joven había comenzado a despertar en medio de la noche para encontrarse flotando cerca del cielo raso, mirando hacia su cuerpo que yacía en la cama. Aterrado, fue donde su sacerdote el cual le dijo que ello era obra del diablo y que todo lo que podía hacer, era rezar. Le aseguramos al muchacho que muchas personas viajan fuera de sus cuerpos de esta manera – y que muchas más desearían poder hacerlo. Le indicamos que la experiencia, conocida generalmente como ‘experiencia extracorpórea’ (o EEC u OBE en inglés) era tema de estudio para la respetabilísima Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres y, en particular, para la rama de Oxford de la Sociedad. (Más adelante visitamos esta rama, conducida por jóvenes graduados de Oxford, y escribí un artículo sobre esto para un periódico

femenino de Fleet Street). Le aseveramos al asustado joven español que el demonio no tenía nada que ver con la OBE y que él era ciertamente afortunado al poseer este don. Su angustiada expresión cambió en sonrisas y se volvió feliz a su casa en Málaga. Fue una inesperada bonificación extra para las clases de Yoga el prestarle ayuda a este aproblemado joven, además de cumplir su propósito de ayudarnos a superar un período de estrechez económica.

En otro momento, durante la primavera de 1961, en Inglaterra, le ayudaste de manera práctica a nuestro viaje. Llegamos a Coomb Springs en Kingston-on-Thames, a unas pocas millas de Londres. Tu tomaste un curso breve de banquetería para poder oficiar como funcionario de comedores para la comunidad del Subud de la localidad. Además de ayudarnos financieramente, esto tuvo un efecto a largo plazo – y uno muy importante. Cuando viajamos posteriormente a la sede de la Sociedad Teosófica en Adyar, cerca de Chennai (Madrás en aquel entonces – N. de la T.) en la India, ello te aseguró el empleo de superintendente de los Leadbeater Chambers, lo que nuevamente constituyó un apoyo por el lado financiero de nuestra empresa.

Mas ese empleo tenía una arista para la que no tenías experiencia previa : el manejo de un numeroso equipo de sirvientes locales contratados en Leadbeater Chambers. Algunos eran honestos y confiables, pero otros eran hipócritas y astutos y dados al arte de hurtar y ocultar artículos pequeños, como joyas, que tomaban de los dormitorios de las personas que venían de los países occidentales y alojaban allí. Forzosamente, habías de ser detective al mismo tiempo de contralora, banquera y superintendente.

Pese a todo, lograbas asistir a las charlas en la Escuela de la Sabiduría. Cuando el Director de Estudios, el Dr. I.K. Taimni, te excusó de dar el examen de investigación que era parte del curriculum, lo diste de todos modos, eligiendo el tema del Amor Divino. Recuerdo lo encantado que estaba el Dr. Taimni cuando leiste tu trabajo en voz alta, con sus citas de muchos maestros espirituales diferentes de diferentes siglos.

Recuerdo algo de lo que me di cuenta recién cuando Swami me abrió a la realidad y la experiencia del Amor Divino : la forma en que el rostro de nuestro director se iluminaba cada vez que hablaba sobre el tema y como trató una vez de enseñarnos los *Bhakti Sutras* de Narada, que se refieren a la senda del amor y la devoción del Yoga. Mas, estando algo atorados en cuanto a la expansión de la conciencia, ninguno de los estudiantes, incluyéndome, demostraron mucho interés. Tengo la sensación que el buen doctor en ciencias, un docto ocultista también, debe haber estado, en algún momento con un gran maestro que abrió su corazón al amor divino.

Ciertamente esos seis meses absorbiendo la antigua sabiduría, representaron un tiempo feliz, elevador y edificante en la Escuela, y el oír las instructivas charlas pronunciadas por los delegados a la gran convención internacional durante esa época de Navidad.

Más tarde, cuando realizamos nuestra gira por los Ashrams de la India y llegamos donde Sai Baba, las cosas tuvieron que cambiar. Queríamos pasar tanto tiempo como fuera posible con Él, tanto en Su Ashram como Sus viajes, de modo que se hizo necesario que renunciaras a tu empleo en los Leadbeater Chambers.

Entonces comenzó nuestra época en el hermoso Bungalow Olcott, en un rincón remoto de la propiedad teosófica de 250 acres que miraba hacia el mar. Los trabajos de ambos de aquel entonces representaron una investigación interesante y esclarecedora. Yo había renunciado a la Comunidad de Escritores para dedicarme a las biografías de los fundadores de la Sociedad, Madame H. B. Blavatsky y el Coronel H.S. Olcott. También debía redactar charlas radiales para los Estados Unidos sobre aspectos de la Teosofía. En el estudio de los libros de la gran biblioteca y de los documentos en los archivos, aprendimos mucho acerca de la Sociedad Teosófica – sus orígenes, propósito, significancia y la labor que realizara en los primeros años. También supimos de la parte que desempeñaron los grandes Maestros de la Logia Blanca en la fundación y mantención de la Sociedad en sus primeros años. Parecía como si los fundadores vivieran aún y como si los dos grandes Maestros que desempeñaran los papeles más importantes en llevarla a la existencia, pudieran

aparecer ante nosotros como lo hicieran algunas veces ante los primeros colaboradores : el alto y majestuoso Maestro Morya montado en un caballo, o el Maestro Kuthumi materializándose repentinamente ante ellos, como salido de la nada. Los viajes astrales y la materialización de los cuerpos astrales eran como una segunda naturaleza para ellos. Recuerda que tuviste algunas visiones de Madame Blavatsky, en las que te hablara. Esto fue como un premio por la inmensa ayuda que me prestabas en las indagaciones para mis escritos. Un premio para ambos fue el incremento de la conciencia en las profundidades de la teosofía y la organización que la llevara al mundo. Pienso que concordarás en que ello nos proporcionó una buena base para lo que habría de seguir : la maravillosa presentación y demostración de Swami del *Sanathana Dharma* o la Antigua Sabiduría.

Aunque los años que pasamos con el Avatar pueden no haberte dado la dicha constante de la que estás gozando ahora, sí que estuvieron llenos de felicidad y tuvieron ocasionales cumbres de alegría. ¿Recuerdas, por ejemplo, un picnic con Swami y unos pocos más en el luminoso y asoleado bosque, cuando preparaste una naranja para Él, separándola en gajos para que los tomara con facilidad? Entonces, cuando pasó, se la ofreciste – Él rechaza a menudo tales ofrecimientos, mas esta vez tomó un gajo, con la palabras, “Gracias, Bangaroo”. Yo estaba cerca y me emocioné por ti, como debes haberte emocionado tu misma. Él nunca había usado el término ‘Bangaroo’, que significa ‘el de oro’, conmigo ni se lo he oído decir a nadie más, aunque indudablemente debe de haberlo hecho. Siempre representa una suprema alegría el tener a Swami cerca, hablándote, pero pienso que el oírle llamarte ‘de oro’, debe haberte conmovido más allá de todo límite. Ahora que estás siempre con Él, allá en los ámbitos de oro, ¿te molestas alguna vez en pensar acerca de alguna de las pequeñas cosas que nos agradaban, nos hacían reír o nos confundían, cuando éramos Sus compañeros en la tierra? ¿Cruza alguna vez por tu mente cómo, en los primeros días, cuando viajábamos con Él en Su coche, te enseñó una canción hindi? Luego, en nuestro viaje de regreso de una conferencia en Bombay – la primera gran Conferencia Sai – tuviste el honor de sentarte junto a Swami en el gigantesco salón de un palacio real. Una gran multitud de invitados estaba sentada para comer y Él te alarmó al pedirte que entonarás la canción en hindi que te había enseñado. Eras demasiado tímida y no querías, hasta que Él te dijo que te ayudaría. Cantó contigo para empezar, y luego te dejó cantando sola y las gentes de todas las salas vecinas se amontonaron en ese salón para escuchar a la discípula occidental de Swami cantando en hindi. Pasaste la prueba con la bandera al tope. Fue entonces que alguien le preguntó a Swami quien era yo, y Él contestó, “Es un pundit alemán en sánscrito”. Nunca lo entendí y tampoco lo entiendo ahora. Aunque sé que ninguna palabra Suya puede ser estéril o carente de sentido.

Dos años después, a mediados de 1970, decidimos finalmente, con desconsoladora determinación, dar el paso de dejar a Swami y volver a casa en Australia. Nos sentimos incapaces de cortar el nexo con Swami de inmediato, por lo que resolvimos viajar via Inglaterra y Estados Unidos en donde teníamos amigos de la grey de Sai. Cuando nos despedimos de Él (parecía entender de inmediato y completamente las razones prácticas para nuestra partida), sentí que sería bueno para mí el lograr una perspectiva más alejada de Sai Baba, India y todo lo que nos había sucedido allí. Habíamos cambiado, nuestras vidas habían cambiado, mas en el frío, objetivo y aterrizado mundo del occidente, ¿iría a creer que había estado viviendo en algún tipo de sueño hipnótico? ¿Me reiría de mi idea, mi convicción de que Sathya Sai Baba era Dios en la tierra? Sería una buena prueba el pasar algún tiempo lejos de Él en un entorno muy diferente. Tu, sin embargo, pareciste ver las cosas de manera muy distinta. Todo lo que te preocupaba era cuan pronto podríamos retornar a Él. Incluso se lo preguntaste. No tenías dudas sobre que querríamos regresar. Esto me demuestra que tenías más fe y entrega que yo. O, debiera decir, tal vez, habías trascendido la mente más de lo que yo había logrado. Te habías “decapitado” como lo expresara el gran Kabir, más completamente que yo.

Echemos un breve vistazo a lo que sucediera a nuestro retorno a casa en Australia. Siempre había pensado que íbamos allá más por tus raíces que por las mías. Aunque naciste en Inglaterra, sentías un amor mayor por el panorama australiano que yo. Incluso admirabas la cultura aborígen, en tanto que yo no sabía nada sobre ella. Me pregunto ahora si no habrías pasado alguna vida anterior entre los aborígenes – es muy posible, ya que han estado aquí por los últimos cuarenta o cincuenta mil años. Además, tu madre y tu hermana esperaban en Australia, en tanto que mi familia

inmediata había desaparecido. Mis padres y mi hermana habían “cruzado el Jordán” como solía expresarlo el General Montgomery, y mi hijo Richard estaba en una universidad extranjera.

Desde un punto de vista económico y financiero, vivir en Australia era diferente a vivir en la India. Yo había llegado a la edad de pensionarme, sesenta y cinco años, cuando nuestro avión aterrizó en Sydney. No tenía sentido buscar algún empleo. Tal vez podía conseguir algún trabajo independiente como periodista en alguna revista o diario. Mas, para ello habría de escribir sobre temas que reportaran alguna compensación monetaria. Deseaba fuertemente seguir escribiendo sobre temas espirituales, los que significan poco o nada de dinero. Tu también querías que hiciera eso. De modo que resolviste el problema consiguiendo un trabajo como supervisora de un hospicio para ancianos. Estos empleos comprendían un apartamento como residencia para uno y su familia, usualmente unido al hospicio o en las cercanías. El primero de ellos se ubicaba en las bellas Blue Mountains, no lejos de Sydney. Mas, incluso con tus habilidades administrativas y de enfermera, sumadas a una pequeña ayuda de mi experiencia publicitaria, nos tomó dos años hacer funcionar el hospicio a capacidad plena. Para entonces, nos habíamos saturado de lo que parecía ser, en tus palabras, “el desierto espiritual de Australia”. Anhelábamos estar de vuelta con Swami, de modo que conseguiste un permiso para ausentarte por seis meses.

Rumbo a la India volamos, para llegar justo a tiempo para uno de los deleitables y elevadores Cursos de Verano de Swami sobre la cultura y la espiritualidad indias.

El estar con Swami le devolvió sentido a nuestras vidas. Sobrepasamos nuestra estadía de seis meses y le comunicamos a los propietarios del hospicio que nos quedaríamos tres meses más. Justo antes que partiéramos de regreso a casa – al final de los nueve meses – tuvimos una charla de despedida con Swami. Comentaste que tenías que volver al trabajo. Swami nos sorprendió a ambos, diciendo, “Sí, consigue trabajo”. Como ya tenías un empleo al cual volver, nos preguntamos qué había querido decir. Pero, como de costumbre, Él sabía algo que nosotros ignorábamos.

Un cambio en la situación política y económica de Australia había llevado a que los tres dueños-directores del hospicio, lo vendieran. Mas, a las pocas semanas de regresar, estabas de directora de un hospicio más grande, con un apartamento más amplio para nosotros, en los suburbios del oeste de Sydney.

El período pasado en la India me había dado material suficiente para un nuevo libro. Con las comodidades habitacionales que nos había brindado tu nuevo empleo, pude dedicarme a trabajar. Durante el período en las Blue Mountains, ayudados por una hipoteca a un muy bajo interés especial gracias a mi servicio durante la guerra, habíamos podido adquirir una pequeña y encantadora casa en la parte baja de las Blue Mountains. La arrendamos y esta renta redondeó nuestros ingresos, proveyendo todo lo que necesitábamos para la simple forma de vida que habíamos adoptado. Durante los próximos tres años tu manejo del hospicio fue tan eficiente, que el dueño nos mandó a ambos en dos giras por los Estados Unidos para asistir a conferencias y para visitar lugares de interés en los Estados Unidos, en Canadá y en México.

Dos alegrías especiales surgieron de este regalo de viajes. Nos permitió pasar un tiempo con aquella a la que Swami llamaba ‘mi alma gemela’, vale decir mi hermana Leone y también con la piadosa Hilda Charlton, ya fallecida. La habíamos conocido durante nuestra primera visita a Swami, en Madras en 1965, y cuando la vimos de nuevo, doce años después, ella dirigía el que debe haber sido el mayor de los Centros Sai en el mundo, que ella reunía en la gran Catedral de San Juan el Divino, en Nueva York.

Recuerdo que a fines de los setenta, dejamos el hospicio y le hicimos otra visita a Swami, por una larga estadía. Al mismo tiempo, yo esperaba seguir adelante con el libro que estaba escribiendo. Recuerdo que después de haber estado un tiempo con Él y de habernos trasladado a una bella casita que nos había dado en el Ashram de Brindavan, podíamos pasar varias horas al día en Su compañía. Pero no pude escribir el libro que había planeado. No dudo que recuerdas la impresión que sufrimos ambos cuando, sentados en la casa un día, te dije, “Encuentro imposible estar sentado aquí frente a la

máquina de escribir, cuando podría estar en la compañía de Swami. Pienso que tendremos que ir a Madras, tomar un apartamento en la Sede de la Sociedad Teosófica en Adyar, en donde pueda estar cerca de una biblioteca para referencias. Allí podré contar con muchas horas sin interrupción para escribir en una atmósfera tranquila. Podemos volver acá donde Swami después de unos pocos meses.” Tu te entristeciste pensando en dejarle, pero accediste. De hecho, ambos nos apenamos, aunque sentíamos que era algo que debíamos hacer. Más tarde, aquel mismo día, Swami nos hizo una visita y casi lo primero que dijo fue, “Si, concuerdo con que tienes que ir a Adyar para continuar con tu libro.” De hecho, siguió con la conversación que habíamos sostenido antes, como si hubiera participado en ella. Sabíamos que podía estar dondequiera y escuchar cualquier cosa que deseara, pero nos produjo una impresión fuerte el que demostrara Su omnipresencia en forma tan específica y puntual.

Nos fuimos, tal como lo planeáramos y Él lo consintiera. Mas llegó un momento en que, aunque estaba ya escrito el libro, lamentamos los meses que habíamos perdido de la compañía de nuestro Señor. “Pero Él está siempre con nosotros”, nos decíamos mutuamente, aunque ambos sabíamos que la presencia física del Avatar es algo muy especial y escaso.

Decidimos entonces que, a nuestro regreso a Australia, te retirarías de la administración del hospicio y que nos iríamos a vivir en nuestra casita en medio de sus extensos prados y jardines, a los pies de las Blue Mountains. Sin embargo, tu fama te había precedido; un propietario te descubrió y te rogó hacerte cargo de dos hospicios, ambos situados en medio de un enorme jardín, en el suburbio norte de Sydney. Accediste hacerlo por un año, a condición de que pudiéramos regresar los fines de semana a las Blue Mountains.

El año pasó bastante gratamente y luego nos instalamos con tranquilidad en nuestro hogar de montaña. Mas Swami no le permite a Sus devotos que hayan venido a la tierra especialmente a trabajar para Él, que se duerman en sus laureles. A los pocos meses, ayudamos a iniciar un Centro Sai Baba en el hogar de un médico indio del área. Y luego, cuando ese médico partió para llevar a su familia a vivir en el Ashram y para trabajar para Swami, le ayudamos a otro médico indio a comenzar con un Centro en su hogar. Ese centro aún funciona.

Comenzaron a aparecer Centros Sai en Sydney y sus alrededores, al igual que las flores que brotan en el desierto en primavera. Sentimos que los jardines Sai continuarían expandiéndose y que Australia nunca más sería tildada de desierto espiritual.

Vale la pena compartir con los lectores de esta carta, como Swami, quien a menudo es un sanador ausente, puede también ser un ausente corredor de propiedades. No te voy a recordar, querida, las dolorosas razones que nos llevaron a vender nuestra casita y a trasladarnos más arriba en las montañas. Estuvimos en la India, visitando a Swami, justo después de nuestra decisión para hacerlo. Él siempre pareció estar muy cerca nuestro, como un buen padre y madre y queridísimo amigo. Fue así que un día, nos atrevimos a decirle, “Swami, ¿nos ayudarías a vender nuestra casa?” Mostrándose algo sorprendido, dijo, “¿Qué? ¿Ahora? El mercado en Sydney está deprimido, muy deprimido. Debieran postergarlo por un año.” ¿Es que conoce del estado del mercado de propiedades en todo el mundo?, nos preguntamos. Le dijimos que teníamos que venderla de inmediato. De modo que dijo, “Muy bien. ¿Cuánto quieren por ella?” Cuando se lo dijimos, dijo, “Muy bien, van a conseguir eso. No la vendan por menos.”

Luego después de nuestro regreso, pusimos la casa en venta con un agente. Cuando nos preguntó sobre el monto que queríamos, se lo indicamos – era el precio dado por Swami. Pareció algo sorprendido, pero se sorprendió más aún cuando la primera persona a la que llevo a ver la casa, la compró – sin regatear. Era el precio de Swami. Después de buscar montaña arriba, encontramos y compramos una casa en Hazelbrook. Entonces, en nuestra siguiente visita a Swami Le agradecemos por ayudarnos a encontrar la casa. “Sí – replicó – y les queda bien.” Luego describió la casa y el terreno como si estuviera viviendo con nosotros, lo que, por supuesto, hace, aunque de manera invisible.

En los diferentes Centros Sai que iniciamos en las Blue Mountains, se esperaba que tu y yo, como equipo, dirigiéramos los círculos de estudio y de discusión. Después de varios años, pensamos que habría de hacer cambios, mas la gente no quería darnos un descanso. Pienso que era porque podíamos relatar anécdotas acerca de nuestros momentos con Swami, para ilustrar las enseñanzas que estudiábamos. Según decían, esto les hacía sentir a Swami más próximo.

La otra manera en que siento que hiciste una labor muy valiosa para la misión de Sai, fue la de la consejería telefónica. A través de mis libros, mi nombre era bien conocido. Puesto que mi número telefónico podía ser ubicado fácilmente en el directorio de las Blue Mountains, frecuentemente llamaba gente con problemas. Tu atendías los llamados y me sacabas de mi trabajo sólo cuando se trataba de casos que no podías manejar por ti misma. Esto era raro, y nunca parecías cansarte de ayudar ni de aconsejar. Si las personas que llamaban insistían mucho en querer hablar conmigo, tu solías decirles que vinieran a la reunión semanal de Sai, prometiéndoles que les hablaría entonces. De esta manera me evitaste muchas interrupciones en mi trabajo. Además de ayudarlo a muchísima gente, llevaste a muchos a hacerse miembros de nuestro Centro Sathya Sai.

¿Recuerdas que, durante nuestra última visita a Swami juntos, nos dijo que Él estaba firmemente establecido en nuestros corazones y en nuestras vidas de modo que no necesitábamos hacer el extenuante, complicado y oneroso viaje a la India para verle? Me dijiste después, que incluso así, debías viajar alguna vez a verle de nuevo, contemplar Su rostro y sentir la felicidad de Su presencia.

Como resultara en el divino designio para nuestras vidas, el siguiente viaje que hicieras a la India no necesitó del gasto ni de la incomodidad de viajes por aire y por tierra.

Cuando enfermaste por primera vez tan seriamente como para tener que ser llevada al hospital, a comienzos de abril de 1994, ninguno de nosotros pensó ni por un instante que era una enfermedad mortal. De hecho, muy frecuentemente habías dicho que yo moriría antes que tu, no sólo porque fuera mayor, sino porque tu eras más capaz que yo de seguir adelante sola – lo que era cierto. Mas los planes del hombre y los de Dios usualmente difieren. Incluso hasta una semana antes de que murieras, mantenías con determinación y fuerza de voluntad que no ibas a morir. Yo te apoyaba, creyendo que te sostenía en tu pensar positivo y te ayudaba a aferrarte a la vida. Mas, al final, me dí cuenta que estaba ayudando a aferrarte a una vida de dolor y de debilidad. Realicé que había de entregarlo a la Voluntad de Swami y no debía ser tan egoísta como para retenerte, simplemente porque no podía imaginar una vida sin ti. De modo que fue mi amor y mi compasión por ti lo que me hicieron decir un día, “Te libero. Quisiera que te quedes, mas lo que sea la voluntad de Dios ha de cumplirse. Así es que te libero.” Tu me miraste con una expresión de gratitud en tus ojos y replicaste simplemente, “Gracias”.

Creo que fue la noche siguiente o tal vez la subsiguiente, cuando, yo estaba sentado junto a tu cama en la clínica. Linda Walker quien parecía ser nuestra hija-Sai, tenía su brazo alrededor de tus hombros y, apoyándote contra su cuerpo, hacía lo posible por alimentarte. Dijiste con una voz tranquila, “Me voy ahora”. Y, al dejar tu cuerpo, hubo un resplandor de luz dorada sobre la foto de Swami que colgaba sobre tu cabecera. Supe que te habías ido; el médico lo confirmó; pero me quedé por largo tiempo mirando tu cuerpo. Ahora no era sino un cascarón vacío, lo sabía, mas era la apariencia a través de la cual te había conocido y amado por treinta y seis años.

Al día siguiente, obtuve una mejor y más completa descripción de tu tránsito, Iris, de alguien que ni siquiera había estado allí. Vino de Jane Moylan. Me telefoneó de alguna parte en Queensland para decir que Swami había enviado un rayo dorado por sobre el lecho, envolviendo a Iris y a los dos que estábamos con ella, y reflejándose en Su retrato colgado sobre la cabecera. Swami había estado de pie en medio de ese rayo dorado y recibió el alma de Iris cuando abandonaba su cuerpo físico e iba hacia Él.

Desechaste tu adolorido cuerpo la noche del 22 de agosto de 1994, y veinticuatro horas después, el 23 de agosto, te apareciste en la noche ante tu clarividente amiga Rhonda Gates, en su

hogar en el norte de Nueva Gales del Sur. Tus palabras, como me las transmitiera más tarde, fueron, “Tuve una maravillosa transición. Estoy en un estado de inmensa dicha, pero el pobre Howard quedó devastado.” Gracias por esas palabras asegurándome que estabas en un estado de dicha. Ellas me quitaron de encima mucho del peso de mi pesadumbre.

Tiempo después recibí una carta de nuestra amiga espiritual Julie, quien reside ahora en Estados Unidos, diciéndome que te había visto en lo que ella denomina “el ámbito dorado”. Es así, querida, que estas informaciones de amigas clarividentes, revelándome que te encontrabas en un estado de gloriosa y alegre realización, hicieron que se desvaneciera la lástima que sentía por mi mismo. Pero aún había una gran herida abierta en mi vida y anhelaba saber más acerca de tu vida al otro lado. Como sabes, por la gracia de Swami y algunas de sus clarividentes hijas, descubrí algunas cosas interesantes que reproduciré más adelante en este capítulo.

Quisiera cerrar esta carta con algunas frases de una elegía escrita después de tu muerte por el poeta de nuestro Centro y gran amigo tuyo, David Whiteman. La elegía completa fue publicada en las “Australian Sai News” poco después de irte.

*“Nunca la ví fruncir el ceño; siempre sonreía con contagiosa alegría.
¿Cuántos más fueron tocados también por su amor?
La observaba semana tras semana : siempre era la misma.
En silencio la miraba cerrar sus ojos y cantar
con tal alegría que elevaba mi corazón...
A menudo pensaba, ¿podría yo u otro cualquiera
alcanzar una sabiduría como la suya?
Algún día tal vez, mas no en esta vida.
Es un viaje del que ella conocía el destino final.*

*Ella miró a Dios cara a cara y vió la Luz,
se convirtió en la Luz y brilló sobre todos los que encontraba.
Para aquellos de nosotros que hemos visto la Luz,
ella estará siempre a sólo un pensamiento de distancia...*

*Así, uniendo mis manos en oración y con una sonrisa en mi rostro,
digo suavemente, “Om Sai Ram, Iris. Extraño el amor de tus abrazos,
pero siempre serás mi adorable dama... una devota del Cielo.”*

La muerte parece llevarse todo y cortar todos los lazos, mas no puede romper el vínculo del amor que es para siempre. Por ende, aún puedo terminar firmando, tu siempre amante marido,
Howard.

Puntos Destacados del Más Allá

Después de muchos años de investigar aquello que Shakespeare denomina “el territorio no descubierto”, por caminos como el espiritismo, el ocultismo popular y la indagación psíquica – llamada a menudo parapsicología – escribí un libro sobre el tema, el cual aún circula, titulado, “*Más Allá de la Muerte – El Territorio No Descubierto*”. Me daba cuenta perfectamente que después de todos mis estudios y sumando mi propia experiencia, no había logrado sino ver algunos aspectos de un terreno que aún permanece en gran medida sin descubrir. Grandes áreas tuyas aún esperaban ser exploradas.

Debido a que no recordamos el tiempo pasado allá entre nuestras vidas terrenales, tal vez sea imposible obtener un panorama completo. No obstante, siempre me complace descubrir nuevas facetas de la vida detrás del velo. De modo que, además de la alegría de saber, a través de comunicaciones que Iris se encontraba en un estado de gran felicidad – más allá de lo que es posible experimentar en la tierra – me alegró descubrir algunas facetas nuevas de la vida después de la

muerte, como también confirmar otras que había descubierto a través de mis investigaciones anteriores. Tal vez lo que más me emocionó fue el descubrir un nuevo concepto de lo que denominamos liberación y fusión con lo Divino.

Las experiencias más dramáticas y alentadoras que tuve al respecto se produjeron con la excepcional clarividente y devota de Sai, Joan Moylan. Considero a Joan como a la misma altura de cualquiera de las clarividentes que conocimos en la Sociedad Teosófica y, en verdad pareciera ser comparable al gran científico/vidente Swedenborg del siglo XVIII. La experiencia que ganara con ella sobre la existencia después de la vida de Iris, fue complementada por dos otras amigas-Sai. Pero voy a hablar primero de mis sesiones con Joan Moylan.

He conocido a Joan tanto personalmente como por su reputación, desde hace muchos años. Me sentí afortunado cuando me telefoneó para anunciarme su visita unas semanas después del tránsito de Iris. Una soleada mañana a comienzos de la primavera de 1994, llegó desde su casa en Queensland. Lo primero que dijo, sonriendo feliz, fue "Iris va a venir". "¿Cómo lo sabes?" le pregunté. "La vi más temprano hoy de mañana y me dijo que iba a venir". Fue así que con una feliz expectación, conduje a Joan a mi estudio en el jardín, que pensé sería un lugar adecuado para una tranquila sesión con mi difunta mujer.

Nos sentamos adentro, nuestras sillas a unos dos metros frente a un cómodo y gran sillón que esperábamos ocuparía Iris. Después de conversar por algunos minutos, Joan dijo muy contenta, "Iris acaba de entrar y ha tomado asiento en el sillón. Luce muy bella." Joan describió su tenue vestimenta, su rostro y su pelo – que mostraban la radiante belleza de la juventud, como dijo. "¿Cómo qué edad dirías que tiene?" pregunté. "Oh, unos veintisiete años", dijo. Esto era un gran salto atrás de los setenta y uno a su muerte, mas confirmaba lo que había aprendido en mis investigaciones sobre el tema, que las personas fallecidas asumen una apariencia con la edad que quieran. Son muy pocas las que eligen aparecer como el viejo cuerpo físico que han dejado atrás. Aquí el guru de Paramahansa Yogananda, Sri Yukteswar Giri, fue una excepción. Volvió luciendo exactamente como el anciano yogi que había muerto.

Antes de haber avanzado en nuestra conversación con Iris, Joan comentó excitadamente, "Swami ha entrado en la habitación e Iris se ha fundido en Él. Está de pie junto al sillón, solo." Entonces, algunos instantes después, dijo, "La forma de Iris ha vuelto saliendo de la de Swami y ahora están de pie uno junto al otro. Esto es para enseñarnos algo." La forma sutil de Swami se movió por la habitación por unos momentos y luego desapareció. Iris se sentó nuevamente en el sillón y, conversando con ella, dijo que esta demostración había sido para mostrarnos que, aunque estuviera fundida en Dios, contaba con su propia forma para viajar a varios planos y subplanos de los otros mundos para llevar a cabo el trabajo de Swami. Su trabajo, explicó, era el de ayudarlo a las gentes con dificultades o afligidas. "De modo que allá vas donde ellas, en lugar de usar el teléfono como aquí", comentó. Respondió, "Puedo ir dondequiera que se necesite en un abrir y cerrar de ojos, pero si sintiera que me necesitas, también puedo venir a la tierra con igual velocidad. Mi principal trabajo, empero, está actualmente en mundos más allá de la tierra."

Le pregunté, "¿Recuerdas una entrevista que Swami nos diera antes de que dejaras la tierra? Le pregunté si podía reencarnar para ayudarlo cuando estuviera aquí como Prema Sai y me respondió, '¡Sí, ven!' Cuando Le hiciste la misma pregunta, apuntó hacia ti con Su dedo y dijo, 'Para ti, *Moksha*.' Al principio te sentiste rechazada y luego te diste cuenta que te había dado la mayor merced. ¿Sientes ahora que tienes *moksha*?" Respondió, "Sí, sin lugar a dudas tengo *moksha*." De modo, pensé para mis adentros, aquí hay una forma de liberación o de iluminación que combina las dos formas descritas por el Budismo, vale decir el *ahat* el que permanece sumido en el Nirvana, y el *boddhisatva*, que retiene su propia forma para ayudar a sus congéneres. Por supuesto que debemos recordar que, aunque las formas parecieran dividirse, no lo hacen el realidad.

Había pensado en base a mis estudios previos que en el estado post-mortem el alma permanece en el subplano al que va después de la muerte, hasta que haya progredido lo suficiente como para moverse a un nivel superior. Sin embargo, parecía que Iris se movía a donde deseara.

De modo que le pregunté, “Puedes, en tu trabajo, moverte a cualquier plano que desees?” “Sí, puedo ir a cualquier parte que Swami permita”, dijo. Entonces dije, “En tus viajes o exploraciones, has llegado a tomar contacto con alguno de nuestros seres amados que te han precedido?” Su respuestra mostró que había encontrado a muchos de ellos, incluyendo a sus propios padres, a mi madre y a dos hermanas, mas no había encontrado a mi padre. “Pienso que debe haber reencarnado”, dijo. Yo esperaba que no fuera así, porque anhelaba verle cuando, a su debido tiempo, me fuera al mundo del más allá. Según se oía, parecía ser un lugar maravilloso, aún siendo misterioso. Recogiendo mi pensamiento, Iris dijo, “Te llevaré a una gira por muchas áreas bellas cuando estés aquí, aunque habrá una buena cantidad de trabajo que debas hacer acá arriba, Howard.” “¡Vaya! –repliqué – Voy a querer descansar.” “Podrás hacerlo en un comienzo – me dijo – como lo hiciera yo. Pero estaba tan llena de dicha y de amor de Dios que quise trabajar. Creo que tu también lo querrás. Hay mucho que hacer por Swami en algunos de los sub-planos.”

Hablamos de muchas cosas durante la mañana y, en un momento dado, hablamos de la India. Le dije que tenía la esperanza de viajar allá dentro de unas semanas puesto que Swami me había invitado a ir. Pareció complacida con eso y comentó que también estaría allá. Le dije, “Mi viaje va a ser largo y cansador. Tu, sin duda, irás en un abrir y cerrar de ojos, sin requerir de un avión.”

Mientras hablábamos de la India, Joan comentó que Iris había cambiado de indumentaria y vestía ahora un hermoso sari de un color verde dorado. “Se cambió estando sentada en el sillón, sin duda” indiqué, recordando lo que había aprendido en parapsicología acerca de manifestar la vestimenta que uno desee sólo a través del poder de la mente y la voluntad.

“¿Has notado mi nueva imagen de Krishna en la pared?” pregunté. “Sí”, dijo. “Voy a mirarla más de cerca.” A moverse a través del estudio, tenía que pasar muy cerca de donde estaba sentada Joan. Me tuve que sonreír al ver que Joan se quitaba de en medio, por así decir. Supongo que fue algo automático, porque Joan sabía incluso más que yo que el cuerpo sutil de Iris no requería de espacio físico en el cual moverse.

Las horas pasaron demasiado rápidamente esta mañana de feliz reunión y de revelaciones. Joan, quien era mi instrumento para ver y escuchar detrás del velo, parecía estar disfrutando grandemente. Cuando le recordé que tenía una cita algo más arriba en los cerros y que debía almorzar antes, respondió, “¡No me voy a molestar almorzando! Sigamos hablando con Iris.” Mas inevitablemente esto había de terminar. Cuando íbamos caminando por el jardín de vuelta a la casa, Joan –quien estaba a mi derecha – dijo, “Iris está caminando a tu izquierda”. Tuve la sensación de que estaba allí y extendí mi brazo como para tomar su cintura, pero no sentí más que el aire. En todo caso era bueno saber que estaba caminando conmigo de nuevo, a sólo un pensamiento de distancia, como lo expresara nuestro poeta. Joan prometió que, tan pronto como le fuera posible, regresaría de su hogar en Queensland para que tuviéramos otra alegre sesión.

Mas, antes de mi siguiente sesión con Iris, vino mi visita a Swami en la India, en la época de Navidad de 1994. Aunque no dijera mucho, Su comportamiento reveló Su empatía por mi pérdida de Iris. La alabó en unas pocas palabras, como solía hacerlo durante su vida y confirmó que ella estaba ahora con Él.

Algunas semanas después, cuando llegara Joan para su segunda fiesta con Iris, me dijo que Iris había estado parada en la entrada de autos y había dicho, “Bienvenida, Joan” cuando se bajara del coche. Lo llamo una ‘fiesta’, porque en esta ocasión vinieron algunas personas, una de ellas un ser de gran importancia espiritual.

Nos dirigimos al estudio y a los pocos minutos llegó Iris y se sentó de nuevo en el mismo sillón. Yo había pensado en preguntarle si mi madre, al otro lado, sabía algo acerca del paradero de mi padre. “Iris, tal vez podrías preguntarle”, dije mas Iris respondió, “Ya lo sé. Tu padre reencarnó y está viviendo ahora en un país de Europa, un pequeño país montañoso. No puedo recordar el nombre.” Sin embargo, yo iba a descubrir algo más antes del fin del día. Aunque aquí informaré sólo de aquellas cosas que puedan ser de interés para el lector.

En algún momento, Iris simplemente desapareció de la habitación. De modo que nos quedamos conversando y esperando tranquilos, confiando en que volviera. Después de unos minutos volvió y se disculpó por su súbita partida, explicando que Swami la había llamado para una tarea urgente – eso no le había tomado sino algunos minutos y su viaje real no había tomado tiempo alguno.

Cuando hablábamos de gentes al otro lado, Iris solía preguntar si las quería ver y, si yo asentía, llegaban a la habitación en cuestión de minutos. Una de aquellas que llegó, fue mi hermana Rita, mi compañera de juegos cuando niño, la que había fallecido años atrás, en 1958. Le pregunté acerca de su marido, el marino Jack. Después del fallecimiento de Rita, el dolor de Jack había sido incontrolable. Cuando le dije que la vería de nuevo, rechazó violentamente y hasta con ira, el que yo dijera que había vida después de la muerte. Por eso me preguntaba si Rita lo habría visto allá. “Sí – me respondió – he ido a verle numerosas veces. Se encuentra en el tercer nivel y le va bien.”

Otra visita de ese día fue la piadosa madre de las gemelas O'Brien que residen en Brisbane y pasan mucho tiempo con Swami. Su madre, Ruth, había fallecido unas semanas antes que Iris. Joan la vió caminar hacia el estudio a través de un jardín 'del otro lado' – un bellissimo jardín, como dijera. Entonces Ruth entró al estudio y abrazó a Iris, como era su costumbre cuando se encontraban aquí en la tierra. Luego, respondiendo preguntas, Ruth habló algunos momentos acerca de sus hijas y su hogar y jardín en Toowoomba en Queensland, diciendo que le gustaría que se usara como un retiro para devotos Sai. Este y otros mensajes pude transmitírselos más tarde a las gemelas.

Otra visita importante del otro mundo fue, ese día, mi hermana Leone, de quien Swami había dicho que era mi alma gemela. Era de imaginar que se paró muy cerca de mí. “¿Qué has hecho con papá?” le pregunté, recordando lo cercanos que habían sido entre ellos dentro del círculo familiar. Su respuesta fue, “Él ha reencarnado en el pequeño principado de Lichtenstein, en Europa y es ahora un muchacho de diecisiete años.” “Me pregunto ¿por qué diantres un ex granjero de Tasmania habría de renacer en ese pequeño país montañoso?”, pregunté, recordando la belleza del pequeño territorio cuando había pasado en coche por él durante mis años en Europa. Recordé también haber conocido al Príncipe de Lichtenstein en Alemania poco después de la guerra. Mi hermana Leone parecía saber la respuesta. “Ha nacido de nuevo en una familia de allí que le puede ayudar con un problema”, replicó. “También cree que él les puede ayudar a ellos”. Ella que una vez fuera su regalona hija menor, parecía saber claramente qué le había sucedido y por qué. Volví a sentir la proximidad de nuestras almas mientras estuvo parada junto a mí en el estudio.

Mas la cosa más notable que sucediera ese día se produjo después que todos mis visitantes se hubieran retirado, salvo Ruth e Iris. Comenzó con Joan, aspirando bruscamente y con expresión de absoluta incredulidad, al tiempo que se inclinaba. Noté que brotaban lágrimas de sus ojos. Sus manos se unieron en actitud de veneración. “¿Qué pasa, Joan?”, pregunté. Después de unos instantes me respondió con voz entrecortada, “Hanuman está aquí. Tiene un brazo puesto en torno a los hombros de Ruth y de Iris y su cabeza toca el cielo raso. Tengo la sensación que se trata de encoger para caber aquí.” El cielo raso de mi estudio esta a unos tres metros de altura. “¿Está haciendo o diciendo algo?”, pregunté. Podía sentir una presencia divina y mis propias palmas se unieron en oración mientras me inclinaba en mi silla hasta casi arrodillarme. “No”, respondió Joan. “Simplemente nos mira con una maravillosa sonrisa y ojos dulces y luminosos.” Sin mucho éxito, trató de describir la tiernamente bella expresión en su rostro y la prodigiosa, aparentemente infinita profundidad en sus ojos. Pasó por mi mente el que en varias ocasiones había oído a Swami llamar a Hanuman – quien le había servido al Avatar Rama – el mayor de los devotos que jamás viviera. ¿Por qué había venido a visitarnos aquí este supremo devoto de Dios?, me preguntaba, y ¿por qué rodeaba con sus brazos a mi mujer y a Ruth? ¿Estaba poniéndole su sello de aprobación a su devoción y servicio a Dios? O, ¿habría algo más que ninguno de nosotros entendía? Todo lo que sentíamos era que nos envolvía una enorme sensación de alegría. Entonces, toda esta escena frente a nosotros se disolvió en una blanca luz divina. Después, también eso desapareció y sólo la luz quedó. Luego también la luz se fue y, a través de la ventana pudimos ver la penumbra que se disolvía en oscuridad. Habíamos llegado al final de un maravilloso día en el que habíamos vivenciado

la dicha de dos mundos. “¿Tendremos alguna vez más de esto?”, me pregunté en voz alta. “Sí, lo tendremos”, expresó Joan con seguridad.

Había otros que poseían la percepción extrasensorial y que tuvieron contactos con Iris después de su muerte. Entrego aquí la experiencia de dos de ellos. Ambos eran devotos de Sai Baba y testigos muy dignos de crédito.

Maurice Terragano, quien reside en las Montañas Azules de arriba, es un cabalista y posee una clarividencia bien desarrollada. No alcanzó a conocer a Iris durante su vida, pero se integró a nuestro centro de Lawrence después de su muerte. Vino para los cantos de Bhajans en su memoria, que organizamos para el primer aniversario de su tránsito. Más de una persona vió a Iris moviéndose entre nosotros en la sala llena de cantantes de Bhajans, aunque Maurice tuvo la experiencia más prolongada e interesante. Vio las formas separadas de Swami y de Iris y, al no conocerla, pensó que era un ángel de Swami. Después de hablar con él acerca de los bhajans, ella se alejó y se fundió en la forma de Swami. Más tarde, la vio de nuevo por separado. Ella se acercó a cada persona en la sala y les puso a todas algo que parecía un puñado de oro derretido en el corazón. Debemos haber estado allí unos treinta de nosotros.

Otro que fuera testigo de la dualidad de formas y la fusión en este tipo de *moksha*, fue mi viejo amigo Elvin Gates. Se encontraba en la India, en el Ashram de Prasanthi Nilayam y estaba sentado, por vez primera en semanas, en la fila delantera para el Darshan, cuando Swami pasaba y se detenía frente a él. Obteniendo Su permiso para tocar los pies del Señor, Elvin se arrodilló y lo hizo. Swami siguió caminando y Elvin, lleno de gozo por la experiencia, se echó para atrás y retomó su posición sentada con las piernas cruzadas. Entonces sintió el leve toque de una mano en su hombro. Levantando los ojos, se sintió sorprendido y encantado de ver a Iris de pie detrás de él. Lucía muy bella, me contó, e hizo uno de sus habituales comentarios que él recordaba de su vida en la tierra. Entonces, cuando Swami se acercaba a la veranda del mandir, ella dejó a Elvin y subió con Swami a la veranda y luego fue con Él hacia la puerta de su habitación. Justo antes de entrar, su forma se fundió en la de Swami y entraron como una sola forma. “Tu relato me llena de alegría”, le dije, “y confirma las experiencias de otros buenos psíquicos Sai. Me pregunto cómo es que sentiste su mano sutil sobre tu hombro.” Elvin, quien es muy experimentado en estas cosas, dijo, “Obviamente ella materializó su mano con este propósito.”

Me gustaría teminar con unos versos de un poema escrito por el poeta inglés William Johnson Cory, para el filósofo griego Heráclito :

*Calladas están tus gratas voces, aunque las alondras estén despiertas,
porque la Muerte aunque se ha llevado mucho, a ellas no las pudo tocar.*

-O-O-O-O-O-O-O-O-

18

PERDÓN, AMOR Y LIBERACIÓN

*Empiecen el día con amor, pasen el día con amor, llenen el día con amor,
terminen el día con amor. Ese es el camino hacia Dios,
porque Dios es Amor.*

Sathya Sai Baba

“Perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden”. Estas conocidas palabras del Padrenuestro tienen implicaciones más profundas de lo que parece a primera vista. En su misión en la tierra, Jesús mostró que había una conexión muy estrecha entre el perdón de una ofensa o pecado y la sanación de enfermedades. Después de sanar a alguien, decía cosas como, “Tus pecados te han sido perdonados. Sigue tu camino y no peques más.” En el centro de sanación de una iglesia en Australia que conozco, el ministro cristiano encargado de ellas, le indica a la persona enferma que busca sanación que antes que pueda llevarse a cabo cualquier curación, el paciente deberá pedirle perdón a Dios. Previamente, habrá de perdonar a cualquiera que él piense que le haya ofendido o haya pecado en contra suya. El perdonar a aquellos que le han ofendido, requerirá, sin lugar a dudas, una indagación retrospectiva a través de años para descubrir a quienquiera contra el que guarde aún algún resentimiento, alguna ira oculta u otros signos de no haber perdonado. Una vez que haya localizado a la persona contra la que mantenga estas emociones negativas, deberá declarar sinceramente, en su corazón y su mente, que la perdona de veras. Mas, esta declaración de perdón no será tal, si también se dijera mentalmente, “pero no puedo olvidar” – el verdadero perdón, el perdón efectivo, incluye el olvido. Por cierto que en algún rincón de la mente le puede quedar a uno el recuerdo de algún error cometido – no resulta tan fácil como borrar una palabra de un pizarrón o de un pedazo de papel. No obstante si uno ha perdonado en el sentido más profundo, no pensará en este recuerdo ni le dará vueltas en su mente. Habrá perdido su anterior impacto emocional. Al perdonar a quienes nos han ofendido, deberemos olvidar en verdad al no volver a reflexionar nunca más sobre las injusticias que pensamos se han cometido con nosotros. Hasta que esto no se haya logrado cumplir sinceramente, no podemos esperar que lo Divino perdone nuestras ofensas.

Algunos de los pacientes preguntan, “¿Significa esto que Dios no nos puede perdonar hasta que no hayamos verdaderamente perdonado nosotros a todos quienes nos han ofendido o es que no quiere perdonarnos?” Debemos recordar que Dios es omnipotente y que puede hacer todo lo que sea Su voluntad. Al mismo tiempo de ser omnipotente, también es omnisciente y compasivo; responderá a cualquier plegaria que no sea contraria al bienestar espiritual último de quien ora. Entonces ¿por qué este requerimiento de que debemos perdonar antes de ser perdonados? Y, ¿por qué es esencial todo este proceso de perdonar y de ser perdonado, antes de la sanación verdaderamente efectiva de la enfermedad de una persona?

Para entenderlo, deberemos echar una mirada profunda a lo que conocemos como el amor divino, incondicional. Deberemos tener cuidado en no confundir este amor con el así llamado amor romántico, que resulta de los irresponsables flechazos de Cupido. Ese amor es un estado emocional que mantiene al hombre y a la mujer en una condición de agitación constante – una gran alegría y éxtasis seguidos por desdicha y sufrimiento. Aún así, el amor romántico entre hombre y mujer podría representar un eco del amor genuino, porque también produce algunos chispazos de la inmensa dicha que se sitúa por encima de las alegrías y penas pasajeras. Es así, que en cierto sentido, viene a ser como una promesa del amor de verdad que llegará algún día. Tal vez el mejor de los ecos del amor divino que siempre están buscando, tanto el hombre como los demás animales, es lo que llamamos el amor maternal. En su más alto nivel, es completamente desinteresado, está siempre dando y perdonando; en su estado más puro, no exige reciprocidad. No obstante, al igual

que Dios Mismo, la madre ciertamente goza de una respuesta de amor por amor. El amor materno es valeroso, incluso puede llegar a ser guerrero en la protección de sus crías. He visto a madres gansas atacar a grandes caballos de granja que se acercaran, pastando, demasiado a sus gansarones – la madre gansa enfrentará casi cualquier peligro por proteger a sus crías. Cuando era niño, pensaba que las urracas eran exageradas como madres – si inadvertidamente me acercaba demasiado a un árbol en el que estaban las crías recién nacidas, la madre me atacaba desde el aire. Otros pájaros, incluyendo a los chorlitos, tomaban las mismas actitudes protectoras y agresivas cuando, sin querer, pasaba cerca de sus nidos. Este amor es igualmente fuerte entre los humanos y, además, es de mayor duración. No obstante, puede corromperse con el tiempo y transformarse más en apego que amor, cuando le brotan egoístas tentáculos que contaminan el desinterés original del amor maternal.

¿Es posible, nos preguntamos, encontrar el amor puro, desinteresado, invariable que perdona y da y no pide nada a cambio? Sí, es posible encontrarlo y experimentarlo. Primero, tratemos de entender lo que es. Como dijera el gran poeta y visionario Dante, “El amor es la energía que mueve al sol y a los demás astros.” De hecho, es el poder primordial que creara el universo y que lo mantiene unido como un sistema. Podría ser denominado el gran magneto cósmico que mantiene girando las ruedas del universo. Como dice Swami, Dios es Amor y la energía que Él emitiera al crear el universo – la energía primordial para iniciar la creación y mantenerla unida – es el amor.

En sánscrito este puro amor de Dios es llamado *Prema* y en la plenitud de los tiempos este divino magneto que llamamos amor, atrae a todas las cosas de regreso a la unicidad consciente con el gran Creador. Aquellos que tienen ojos para ver dan testimonio de su realidad en torno a ellos en cuanto la verdad interna del Uno dentro de los muchos. Puede que sus ojos se llenen de lágrimas cuando su visión interna capte esta esencia de unicidad divina en la belleza de una flor o una nube o las palabras de un poema. Por sobre y más allá de estos ocasionales destellos de la gran verdad, empero, hay una manera de experimentar como fluye dentro del ser de uno este *prema* o amor divino original. Es decir, cuando uno cae en el aura o la influencia de alguien que es considerado divinidad viviente, porque alguien así es una verdadera fuente de amor. El mayor entre ellos, en mi experiencia, es el *Avatar* viviente, Sri Sathya Sai Baba. Indudablemente hay otros en la tierra hoy en día que pueden hacer, en alguna medida, lo que Baba hace en plenitud, vale decir abrir el corazón humano para liberar la corriente de amor que espera allí. En mi experiencia personal, otro abridor de corazones es la santa Mata Amritanandamayi, que viaja por el mundo. Cuando uno llega a ella se siente envuelto por un poderoso rayo de puro amor. Es la maravillosa influencia de hombres y mujeres Divinos como estos, la que encuentra y abre las escondidas fuentes de amor, de amor puro e incondicional, encerradas en el corazón de cada persona.

Mas no todo el que haya puesto su pie en la senda espiritual tendrá la buena fortuna de encontrar a uno de estos divinos cirujanos del corazón espiritual que lo abran para que salga la corriente de amor. Tal vez sea más prudente decir que no será así para la mayoría. Por ende, debiera haber otro camino. Sí, hay varios. Por lo menos, un profundo estudio de la filosofía concerniente a la realidad y verdad del amor divino es de gran ayuda. La siguiente historia ilustra el que este *Prema* es la fuerza primordial dentro del universo y que es el gran magneto que mantiene todo en unidad.

Esta experiencia no trata de la sanación del cuerpo por medio de perdón y el amor, sino de la sanación de relaciones personales. Ocurrió durante los primeros meses después del fin de la II Guerra Mundial. Yo viajaba en automóvil desde mi cuartel general en la zona británica de Alemania hacia Berlín. Esto implicaba abandonar la zona británica en el punto de control en Helmstedt, para entrar a la zona rusa. Toda la señalización de las entradas y salidas de la Autobahn habían sido cambiadas al alfabeto cirílico, pero yo conocía la salida que me llevaba de la Autobahn a un camino que conducía a la granja de una familia alemana a la que conocía y que deseaba visitar. Era ya tarde cuando llegué y pasé la noche allí, esperando seguir hacia Berlín al día siguiente. Mas, después del desayuno, me encontré con dos caballos ensillados y atados cerca de la puerta. El granjero me explicó que uno era para mí y el otro para una de sus hijas, la que me guiaría. No pude resistir la tentación. Era una granja muy grande, que abarcaba unos dos mil acres que se extendían en todas

direcciones. Me hacía recordar mi propio país. Pero a la chica alemana le inquietó el paseo, insistía en que había un ruso a caballo siguiéndonos. Pensé que estaba loca, mas cuando regresamos a las casas, había un grupo de unos seis o siete rusos uniformados esperando vernos. El resultado fue que al final me encontré camino a la oficina del General ruso que estaba a cargo de toda esta zona de Alemania. Yendo en mi coche, además de mi chauffeur, venían un Mayor ruso de un pueblo cercano y un soldado ruso que no se había afeitado, y que llevaba un rifle. Sin duda él era el que aseguraba que no me escaparía.

En el camino me acordé haber oído decir que dos oficiales británicos de la Real Fuerza Aérea se habían extraviado entrando en la zona rusa y habían sido hechos prisioneros. No había creído la historia, pero ahora comencé a preguntarme si eso me podría pasar a mí. Parecía inexplicable que nuestros aliados durante la guerra pudieran tratarnos de esta manera. En la gran ciudad de Magdeburg llegamos al cuartel general y fui conducido a la oficina del General en cuestión. Me paré frente a su escritorio, mas él continuó escribiendo y me ignoró por completo. Después de unos momentos, levantó la cabeza y me miró con una expresión hostil y suspicaz. Había dos intérpretes alemanes, uno traducía mi inglés al alemán y el otro, el alemán al ruso. Parecía que algún malentendido podía ser muy probable.

El General me preguntó de donde había venido y le nombré la ciudad en la zona británica en donde se encontraba mi cuartel general. Se puso de pie y se dirigió hacia un gran mapa que cubría la pared detrás de su escritorio, para buscar el lugar desde donde yo había partido. Le vi mirar hacia el Este, hacia Polonia. De alguna manera, a través de esta traducción en cadena, debía haber recibido mal el mensaje. Mi impulso fue el de pasar hacia su lado del escritorio y mostrarle el punto en el mapa, mas un oficial ruso parado cerca de mí, bloqueó mi intención. El General volvió y se sentó frente a su escritorio de nuevo, mirándome con expresión de mayor sospecha – como si pensara que era un espía. Quiso saber qué era lo que estaba haciendo en una granja alemana en la zona rusa. Traté de explicárselo a través de los dos intérpretes, mas pude observar que no creía la historia y que sospechaba más que antes.

Comencé a enojarme bastante. Estaba en una posición en la cual él, el dictador soviético, tenía todo el poder. Había oído hablar de extrañas historias. En una, un conductor de un general soviético en Alemania, había sufrido un accidente – el general, simplemente extrajo su pistola y mató de un tiro a su conductor. Por supuesto, puede que eso no hay sido cierto, pero este general que estaba frente a mí podía, si lo decidiera, hacerme llevar a campo abierto y hacerme matar por la sospecha de ser espía. Nadie sabría nada del incidente y el sólo pensar en ello me hacía sentir loco de ira y de temor.

Mas entonces se produjo un cambio repentino. En esa época, yo no había conocido aún a Sai Baba, pero tengo pruebas en cuanto a que Él estaba cuidando de mí desde mucho antes que nos encontráramos. Debe haber sido Swami o alguno de Sus ángeles el que llevó el cambio a mi mente. De pronto, sentí lástima por el general y su aparente estupidez – viéndolo más como un hermano ruso que como un servidor de la dictadura bolchevique. Le perdoné sinceramente y le envié amor desde mi corazón al suyo. No me fue difícil perdonar y amar a un hermano de Tolstoi y de las otras magníficas almas rusas que encerraba en mi corazón.

Con mi cambio de mentalidad se produjo un cambio milagroso en el oficial. La mirada del General se volvió cálida y amistosa mientras yo me disculpaba por haber entrado a su zona, explicándole que ignoraba que estuviera prohibido. Le dije que si perdonaba mi equivocación, me iría derecho a la Autobahn y seguiría a Berlin para completar mi misión allá. Esto debe haberlo suavizado, porque firmó y timbró un documento permitiéndome otras dos horas en la zona rusa antes de volver a la carretera internacional rumbo a Berlin. Yo no había pedido tanto, pero me sentí feliz de poder volver a la granja para asegurarle a mis amigos que estaba a salvo, agradecerles su hospitalidad y despedirme.

El General se puso de pie, hizo chocar sus talones y me tendió el documento con una sonrisa. Los rostros de los otros oficiales rusos en la oficina se transformaron en expresiones afables y fue un aliado de la Madre Rusia el que salió escoltado de la oficina hasta el coche.

En algo menos que las dos horas concedidas, estaba de vuelta en la Autobahn en dirección al sector británico de Berlín. Había aprendido una importante lección en relaciones humanas.

Manteniendo este entender en la mente – e incluso con leves atisbos de fugaces experiencias del amor divino en nuestros corazones – haremos todo lo que podamos por practicar y fomentar el importante poder del amor en nuestras vidas. ¿Cómo hacemos ésto? Como le dijera el anciano obispo francés a un joven sacerdote, acerca de esta enigmática pregunta : “Aprendes a nadar, tirándote al agua e intentándolo hasta que aprendas. Hay muchas cosas que deberás aprender simplemente haciéndolas, y amar es una de ellas. Aprendes a amar, amando. Mientras más practiques el amar, más será el amor que desarrolles, hasta que al final seas un maestro en el arte de amar.”

Esa es la clave. Dense cuenta que es la cosa más importante en la vida de uno y comiencen a practicarlo con sus semejantes. Empiecen por aquellos que resultan fáciles de amar. Al final, estarán amando a aquellos para quienes ustedes son indiferentes. Eventualmente, hasta el odio será reemplazado por amor. Además, esta gotera de amor por sus semejantes puede llegar a convertirse en un gran río a través de la adoración y devoción sentidas de corazón por uno de los príncipes del amor que ya no están en el cuerpo – dos de ellos son el Cristo y Krishna. El pronunciar sus sagrados nombres y el pensar en sus formas, ayudará a liberar el amor divino contenido en el corazón humano.

Finalmente, debiéramos estar conscientes que en nuestro propio plan individual y divino de amar no sólo a todo el género humano sino a toda la vida, el perdón es el mayor generador de amor. El perdonar a otros – y ser perdonados por Dios – reparará los canales bloqueados por los que están destinadas a fluir las unificadoras y sanadoras corrientes del amor. En el divino asunto del perdonar, hay un aspecto que debiéramos tratar de entender y de recordar. Deben haber oído que la gente dice que es importante el perdonarnos a nosotros mismos. Eso es cierto, mas ¿quién perdona a quien en nosotros? La psicología nos divide en muchas partes diferentes, cuyo número y denominación dependerá del sistema de psicología en particular que estudiemos. La ciencia Divina divide al ser humano en dos partes principales : el sí mismo inferior, usualmente llamado el ego, y el Sí Mismo superior, sinónimo con el Dios Interno – o lo que los budistas llaman el Centro de la Iluminación. Ambos habitan un cuerpo humano.

Una interesante analogía se muestra en el relato indio acerca de dos pájaros que viven en el mismo árbol. Uno tiene su nido en las ramas bajas del árbol. Es una avecilla muy activa que sigue su vida instintiva de recolectar alimento, de aparearse y de luchar con los enemigos que tratan de usurpar su territorio. A veces está feliz, a veces enojada y a veces trágicamente triste. En su activa vida, logra atisbar ocasionalmente a otro pájaro que vive entre las tupidas ramas de la parte alta del árbol. Este pájaro de brillante plumaje, parece llevar una vida muy calma y contenta, no luchando nunca con otros pájaros por territorio o por algún alimento. De hecho, aunque están en el mismo árbol, el pájaro de arriba pareciera vivir en otro mundo. Su canto no encierra entonaciones sexuales dirigidas a una pareja o de guerra dirigidas a un enemigo – son melodías de alegría que surgen naturalmente de él. Con el tiempo, la avecilla de abajo, en comparación a la otra, ve su propia pequeña vida como una continua lucha en medio del tráfigo de los deseos. Anhela ser como el pájaro de brillantes plumas – el ave calmada, bella y sabia de las ramas superiores. El pájaro sabio observa todo lo que hace su pequeño hermano en las ramas bajas. Sabe que, con el paso del tiempo, su hermano aprenderá las vitales lecciones que le lleven a descartar sus agitadores deseos y a ascender por las ramas. Allí podrá vivir la vida serena y apacible del ave superior, la vida de luz y de alegría. El pájaro de arriba hace todo lo que puede para ayudarle a subir a su hermano de abajo, hasta que en el amor, ambos se funden finalmente en uno. El activo pajarillo de las ramas bajas representa al sí mismo inferior del hombre o ego; el ave en las ramas altas simboliza a nuestro Sí Mismo superior, nuestro verdadero Sí Mismo divino.

Lo que se conoce como “perdonarnos a nosotros mismos” debe significar que el Sí Mismo divino – que no tiene pecados sino que es testigo de la mala conducta, las trasgresiones y necios errores del ego irreflexivo y lleno de deseos – deberá ser quien perdone los pecados del ego. El ego pecador habrá de ser perdonado por el Sí Mismo divino – el perdonarnos a nosotros mismos es igual a ser perdonados por Dios. Nuestro Dios interno no es diferente del único gran Dios eterno y omnipresente en el universo. En resumen, ser perdonados por Dios es lo mismo que perdonarnos nosotros mismos.

El Dios interno perdona al ego equivocado. En tanto que los dos pájaros en la historia son simples figuras en una parábola, la historia China que sigue, revela a un pájaro con las cualidades suprahumanas que son el tema de este capítulo. Se titula “El Emperador y la Alondra” y se dice que se basa en hechos reales :

Una pequeña alondra solía venir a posarse en el antepecho de la ventana del dormitorio del Emperador. El pajarillo cantaba su trino inmortal para deleite del Emperador que caía en un sueño celestial arrullado por esa música. Esto se repitió por varios meses, antes que un rico cortesano que quería ganarse el favor del Emperador, pensó en enviarle una hermosa alondra hecha a mano con alas recamadas de piedras preciosas y plumaje ricamente colorido. Esta ave podía cantar casi tan melodiosamente como la alondra real, y entregaba su canto cada vez que se hacía funcionar el mecanismo. El Emperador se mostró tan fascinado que no esperó que llegara la verdadera alondra esa noche e hizo funcionar la de juguete y escuchó su canto.

La alondra real, al ver que el Emperador la despreciaba y no la necesitaba más, dejó de venir hasta su ventana. Sin embargo, tiempo después, el Emperador cayó enfermo y gradualmente fue empeorando. El pájaro mecánico se descompuso y nadie en la corte supo como arreglarlo. El Emperador iba empeorando cada vez más, insomne por largas noches sin nada de música. Anhelaba que su verdadera alondra volviera. Aunque era un pajarillo de aspecto humilde, sus cantos eran de una belleza sin igual y le había sido fiel hasta que él la tratara de manera tan despreciable.

Cuando el Emperador estaba al borde de la muerte, su nostalgia por escuchar a su pequeña alondra se hizo más fuerte. Mentalmente, le rogaba que lo perdonara y que volviera. Inesperadamente una noche, se produjo el milagro – la alondra apareció en el antepecho de la ventana y entonó su glorioso canto. Cantó con todo su corazón y, en los trinos, el Emperador pudo escuchar el perdón y el amor de su pequeña amiga. Cada noche, sin falta, su pequeña amiga emplumada venía a repetir su maravilloso canto sanador. Pronto el Emperador se recuperó, tanto de cuerpo como de mente, porque su amiga le había enseñado la lección del perdón.

Esta historia ilustra, no sólo el hecho que aquel que es perdonado es sanado, sino también que la sanación llega a quien perdona, porque también él es llevado a la realización de la unicidad de toda vida. Dios está en toda vida, enseña Swami, y cuando llega a abrirse nuestro ojo espiritual, Le veremos ahí.

El proceso de perdonar y de ser perdonado – al remendar como lo hace la destrozada verdad de la unicidad – representa uno de los caminos más importantes hacia el estado de vivir en el amor universal. No está muy lejos de – y puede muy bien serlo – la liberación que buscamos. Se dice que cuando un individuo alcanza el estado de la iluminación, o la liberación de la servidumbre a todo deseo mundano, se abren dos sendas frente a él. Una es que puede descansar en el *Nirvana* – que, en otras palabras, significa estar fundido para la eternidad en el Absoluto Divino. El otro camino es que, a través del poder del amor divino que ha llegado a constituir ahora su ser mismo, pueda, aún estando fundido en Dios, ayudar a llevar a cabo la labor de Dios. Puede ayudar a sus hermanos y hermanas en la tierra a reparar los puentes rotos que los mantienen aislados en los sufrimientos de la existencia mortal, para llevarlos así hacia la verdad y la alegría que él ha encontrado. El primer camino podría denominarse ‘el *Nirvana* del descanso’ y el segundo, ‘el *Nirvana* de la acción Divina’. El intentar describir lo que es este estado de *Nirvana*, sería un intento por describir lo indescriptible.

Paramahansa Yogananda ha entregado un concepto sobre esto que merece nuestra contemplación. Parafraseando, dice que, con el tiempo nos cansamos de todo, incluso del placer y la felicidad. Incluso de los elevados cielos de la bienaventuranza, hombres y dioses vuelven a la tierra en busca del trampolín que habrá de hacerles llegar más allá de los altos cielos – en otras palabras, hacia la unidad con Dios o *Nirvana*. Esto, dice, es “la Bienaventuranza siempre cambiante, siempre nueva, eterna.” Esa alegría o bienaventuranza, pese a ser eterna es siempre nueva.

Lo que sigue, pienso, es un intento valioso por explicar lo inexplicable :

*Cuando despierto de mañana tu amor está ahí,
como un amanecer dorado en el claro aire de la montaña
y, protegido todo el día en un aura de azul,
descanso en la belleza y en en amor tuyo.
Iluminando las horas a medida que el día avanza,
acércate más y más, gran Señor divino,
hasta que Tu ser sea mío y el mío, Tuyo,
hasta que este ego pueda en verdad dejar de ser,
y yo sea para siempre sólo uno en Tí...
Entonces, aunque los átomos se desintegren y las montañas se derrumben,
ningún desastre terrenal podrá importar ya,
e incluso la oscuridad de la noche cósmica
brillará con Tu amor en una una luz eterna.*

-0-0-0-0-0-0-0-0-

EPÍLOGO

He tratado de presentar de la manera más clara posible, en las páginas anteriores, experiencias esclarecedoras – tanto externas como internas, tanto propias, como de otros – que he sido bendecido en compartir a lo largo de mis tres décadas con Sathya Sai Baba, y de ofrecerle al lector un entendimiento como el que yo he ganado de ellas. Cuando hablo de haber estado tres décadas con Swami, no quiero decir que haya estado continuamente en Su presencia física todo este tiempo. Mas, como estoy plenamente consciente ahora, desde la mañana en que Él me sonriera por primera vez a través de una puerta abierta, ha estado siempre conmigo y yo con Él. La terminación del proceso de unificación es el objetivo de sea cual fuere el número de años terrestres que le queden a esta vida. Es, como lo he dicho tan a menudo, la meta de toda vida humana aunque para muchos no sea aún una meta consciente.

Cuando completo cualquier libro sobre Sai Baba (este es el quinto), siento como se sentía San Juan cuando completó su evangelio sobre Jesús. Siento como si todas las cosas que le han sucedido a todas las gentes cuyas vidas Él ha tocado se pudieran escribir en libros, ellos llenarían una biblioteca más grande que cualquiera que exista en la tierra. En todo el mundo están ocurriendo continuamente experiencias profundas acerca de la gracia y la guía de Swami. Acerca de algunas de ellas he oído hablar. Unas pocas que querría compartir con mis lectores, las he llegado a saber desde que completara el capítulo 18. Mas no deseo alargar este libro, porque dieciocho es un número bueno y significativo. Swami señala con autoridad que dieciocho es el número de capítulos del inmortal *Bhagavad Gita*. Numerológicamente, suma nueve – nueve y sus múltiplos parecen ser los números elegidos por mi *Sadguru*. En tanto que siete era el número del Antiguo Testamento y doce el del Nuevo, respondiendo a alguna fórmula esotérica, nueve es el número que pertenece al Testamento de Sathya Sai Baba para el género humano. Es así que estoy recopilando un canastillo

de historias cuyo significado e importancia puede que se profundicen en el futuro. Si los años que se me han asignado me lo permitieran, los compaginaré más adelante en un pequeño libro.

Hay amigos que me han pedido explicar más claramente qué efecto ha producido Sai Baba en mi vida y que cambios ha forjado en mí. Siempre había supuesto que esos cambios eran obvios, que los había demostrado claramente, aunque fuera de manera indirecta, en todo lo que he escrito sobre Él desde finales de los años sesenta – cuando usé por primera vez una vieja máquina de escribir en la India para escribir “*Sai Baba, el Hombre de los Milagros*”. Aparentemente, empero, para muchos lectores esto no es así. Con la ayuda de Swami, trataré de definir estos cambios.

Los cambios que han intervenido en mi pensar, actitudes, sistema de valores y entendimiento del sentido y objetivo de la vida humana – incluyendo mi propia relación con gentes, animales, vida vegetal y todas las cosas de la tierra; mi conducta correcta hacia todo mi medioambiente; el tipo de labores, estudios, ocios y actividades recreativas que llevo a cabo – son todos una indicación de los profundos cambios que Sai Baba ha forjado en mí. Debo admitir, sin embargo, que los cambios en la acción llegan con cierto retardo respecto de los cambios en entendimiento de los verdaderos valores que Swami moldea en la mente y el corazón. Antes que Dios llegara a mi vida como un hombre, mis valores eran auto-centrados – egoístas más que desinteresados. Yo era ambicioso, no tanto de dinero o poder, como de fama. Sentía hambre y sed, no de alimentos exóticos o bebidas estimulantes, sino de nuevas experiencias que podrían definirse como una sed por entender la vida. Aunque no puedo aseverar que haya sentido amor por todo el género humano, sentía como un anhelo por conocer al género humano en todas sus variantes de raza, color y nacionalidad. Uno de los jefes en mi vida de negocios mundana, lo denominaba simplemente “comezón en los pies”.

Toda buena tendencia que uno posea, Baba la amplifica. Nunca he sentido violencia o crueldad hacia alguna forma de vida. Cuando niño, solía llorar cuando había pisado accidentalmente una araña. Cuando me impuse a mí mismo colocar un gusano en un anzuelo para ir de pesca, internamente me retorció más que el gusano. Solía jugar con serpientes mucho antes de hablarle a mi padre o madre acerca de su presencia, porque sabía que decirlo significaría la muerte de la serpiente. Odiaba matar a un conejo, perdiz o codorniz o cualquier otra presa de caza. Mas me acorazaba a mí mismo para hacer tales cosas, porque la pesca y la caza eran consideradas deportes masculinos – yo deseaba hacerme hombre como mis pares. No veía la fealdad de este tipo de hombría. Mi madre era un alma amable y piadosa, de modo que tal vez estos asomos en el ideal de la no violencia provenían de ella. No obstante, mi *ahimsa* (no violencia) innata era débil y se rendía con poca resistencia a los ejemplos de violencia predominantes entre mis compañeros y en las costumbres de los jóvenes en mi vida de campesino. Sin embargo, con pocos años de influencia y de enseñanzas de Swami, mi inicial desagrado por infligirle dolor a cualquier clase de vida animal o de insecto, se transformó en una fuerte repugnancia frente a la violencia de cualquier clase – con lo que se acrecentó mi compasión frente a todas las formas de sufrimiento. Supe – a medida que la luz espiritual Sai continuaba brillando sobre mí – que la ternura que sentía de corazón hacia mis hermanos menores en el mundo animal no era simplemente una flaqueza o una debilidad femenina, como la consideraban la mayoría de mis compañeros, sino que era en verdad un elevado valor humano que debía ser practicado por todos y cada uno. Sai Baba me ha llevado a adentrarme profundamente en el terreno de la no violencia, aunque enseña que el *ahimsa* debe practicarse con sentido común. Cuando alguien Le preguntó, “¿Qué haces con un mosquito que está dispuesto a picarte, Swami?”, respondió simplemente, “Matarlo”. Swami ha dicho en muchas oportunidades que el sentido común viene antes que el sentido divino.

Tal vez la manera mayor en la que Sai Baba ha cambiado mi vida en sus actitudes y valores, es en el llevarme a entender – en verdad a la convicción absoluta – que toda vida es una con Dios. Esta convicción muy profunda ha hecho posible que llegue a hacer aquello que no estaba antes en mi disposición ni temperamento. Vale decir, que ahora soy capaz, sin la resistencia interior de antes, de extenderle amor a todas las formas de vida de cualquier parte – incluso a gentes que no me gustaban y que, hasta cierto punto, me siguen disgustando. Me digo a mí mismo que el disgusto apunta a ciertos rasgos de carácter, en tanto que el amor que envío desde el corazón va hacia el Ser divino, el verdadero Sí Mismo oculto en cada individuo. El amor es de Dios a Dios, en tanto que el amor mismo

es *prema*, o amor divino. El nexo de unidad que siento hacia las variadas especies animales, pareciera ser una mezcla de amor paterno y fraterno. En cierto sentido, esto se extiende a un nivel más bajo hacia la vida de las plantas. Me encuentro a mi mismo a veces hablándole a las plantas y he tenido comprobación de que responden. No estoy tratando de dar la impresión de que he llegado al glorioso final del trayecto en donde se han alcanzado los más altos niveles en este amor divino, pero he llegado lo suficientemente lejos en este camino como para sentir sus efectos en mi vida. La práctica del *prema* se va haciendo más fácil con el tiempo, y la meditación y la contemplación en las manifestaciones más elevadas del amor divino me han mostrado que es la hermana gemela de esa profundísima Verdad que he anhelado conocer desde mi juventud y que me ha llevado a viajar por el mundo para encontrarla. Sai Baba, mi Avatar *Sadguru*, ha revelado mucho de esa Verdad acerca del significado de la vida – tanto como, en la actual coyuntura, soy capaz de recibir y de entender.

Los efectos de esta creciente luz de entendimiento conllevan una paz mayor – aunque no perfecta aún – y una mayor calma interna, que se extienden hacia fuera en mi vida de acción. El *Sadhana* (disciplina y práctica espiritual) de Sai ha traído consigo intuiciones que han cambiado o que están cambiando mi vida. A medida que la luz de la verdad, por ejemplo, va iluminando horizontes cada vez más amplios, comienzan a decrecer en número los temores. Lo que es considerado por la mayoría de las gentes como el mayor de los temores – el miedo a la muerte – ha desaparecido por completo para mí. Siento que soy muy afortunado al respecto y sé que todos los miedos menores están desarmando de mala gana sus tiendas y se están escabullendo silenciosamente, como lo expresa Longfellow. Uno comienza a lograr una espléndida visión de cómo podría ser la vida libre por completo de temores.

Hace muchos años, ya en la senda Sai, deseché enteramente el impulso de escribir por dinero o fama. Escribo por completo como un servicio a Sai Baba, porque Él me ha hecho saber de alguna manera que este es el rol que debo desempeñar en Su gran misión. Siento a veces que el grado de fama que me ha llegado gracias a mis libros, es no deseado y, así y todo, me produce la satisfacción de ver que no estoy perdiendo mi tiempo. Entretanto, trato de cuidarme del peligro de la expansión del ego.

En general, tomando la visión interna tan objetivamente como sea posible, diría que Sai Baba ha puesto completamente ‘patas arriba’ muchos de mis valores anteriores. Aunque aún tengo una distancia por recorrer para alcanzar los ideales de las motivaciones completamente desinteresadas y del vivir *dhármico* o correcto, estos ideales son muy claros para mí y me esfuerzo por alcanzarlos. Los antiguos placeres y pasatiempos competitivos y egoístas de hace mucho tiempo, ya no me atraen en absoluto. Los amigos de mis días mundanales, han ido quedando por el camino. La compañía que disfruto ahora es el *satsang* de gente espiritual. Mi gozo más grande es que algún amigo me lea un libro que sea elevador – los mejores son sobre temas espirituales, aunque ciertamente considero que algunos de los clásicos literarios pueden entregar alimento espiritual y solaz.

En líneas generales, mi vida ciertamente se ha simplificado. Menos cosas y cosas más simples se requieren para llenar mi día de satisfacción. “No te preocupes por nada. Simplemente sé feliz”, me ha dicho Swami a menudo. Me esfuerzo por ese ideal. Me estoy diciendo constantemente a mí mismo, que el *ananda* o la bienaventuranza, es uno de los ingredientes básicos de mi Yo Mismo verdadero y que debiera brillar a través de mi vida diaria, como lo hacen los dos otros ingredientes – conciencia y existencia. Las circunstancias no debieran tener efectos sobre la continuidad de la dicha interna, que podemos llamar felicidad. Aunque estoy muy consciente de esta gran verdad y me esfuerzo por alcanzarla, no puedo afirmar que soy capaz de practicarla de continuo. En otras palabras, soy aún un *sadhak* o estudiante, luchando a lo largo de la senda espiritual.

Pero puedo decir lo siguiente : Hoy día soy muy diferente del peregrino cuyos pasos fueran guiados por vez primera hasta este astro en la India, en 1965 – cuando no lo podía ver claramente debido a la niebla del *Maya*. Las diferencias más significativas son demasiado sutiles como para ser especificadas y nombradas. Así, en la esperanza que el lector encuentre algo de interés y de valor en este inadecuado boceto, daré fin a este epílogo con un breve diálogo :

Recientemente le dije a un amigo que había anotado para mis lectores algunos de los grandes cambios que Swami había producido en mí y en mi vida. Me hizo dos preguntas : “¿Puedes dar amor? ¿Puedes recibir amor?” Cuando mi respuesta a ambas preguntas fue afirmativa, dijo : “Bueno, eso es, entonces”.

-0-0-0-0-0-0-0-0-

Traducido por Herta Pfeifer
Santiago, octubre de 2005

INDICE

	Pag.
DEDICATORIA	
RECONOCIMIENTO	2
PREÁMBULO	4
1. ¿Quién eres?	5
2. La Cruz	8
3. Una luz del Renacer y el Karma	11
4. Atravesando el mundo	15
5. Las Piedras Vivientes	20
6. Él ha venido de nuevo	23
7. ¿Por qué temer?	27
8. Encontrar y guardar la Perla insustituible	29
9. ¿Necesitamos un Guru?	32
10. El renacimiento de Vivekananda	35
11. Una vida en la verdad y la práctica	39
12. Junto al corazón destrozado de una ciudad	43
13. Un distinguido erudito y devoto	50
14. Hombres-Dios y Madres	55
15. La notable historia del Dr. Bhatia	58
16. Salud, armonía y sanación	63
17. Bangaroo	71
18. Perdón, amor y liberación	83
Epílogo	88

